

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

---

EL ROMANTICISMO  
EN LAS NOVELAS DE  
JUAN DIAZ COVARRUBIAS

T E S I S

QUE PRESENTA

*Rafael Rivera del Valle*

para optar el grado de  
*DOCTOR EN LETRAS*

Especializado en letras Hispanoamericanas

1952

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

# *Dedicatoria*

A MI ESPOSA MARGARITA COLLAZO DE RIVERA.

A MI MADRE.

A LA MEMORIA DE MI PADRE  
RAFAEL RIVERA COLLAZO.

Este humilde ensayo que presentamos como tesis doctoral constituye el más cálido homenaje que pudiera tributarle un extranjero a un prócer hijo de este pequeño cosmos de cultura hispánica. Extranjero sí de nacionalidad pero emocionalmente vinculado a esta tierra mexicana, como a toda Hispanoamérica, por los nexos de la raza y de la lengua.

Nuestra residencia por casi cerca de dos décadas ha sido en los Estados Unidos, en contacto con su cultura y consagrado a la enseñanza del español. Alejado todo ese tiempo de las corrientes literarias de nuestra patria y con la esperanza de un mejor conocimiento y comprensión de nuestra cultura hispánica, tornamos nuestra vista hacia México en pos de ese alegre despertar.

Solamente disponíamos de un año para realizar nuestro propósito, ya que la licencia concedida por nuestra Universidad no nos otorgaba un margen mayor de tiempo. Este hecho nos lanzó en una búsqueda desenfrenada de un autor mexicano, representativo de un período histórico y literario en la historia de esta culta y hospitalaria tierra. Afortunadamente, tras cinco meses de estudios y concentrada lectura, de peregrinaciones a bibliotecas, y de cambios de impresiones con nuestros estimados maestros y amigos, llegó a nuestras manos un ejemplar de las OBRAS COMPLETAS del joven novelista y poeta, el escritor Juan Díaz Covarrubias. Al concluir de leer su obra teníamos pleno conocimiento de que ya estaba encauzado nuestro propósito y que la obra de este autor atesoraba lo que anhelábamos. Sirva este ensayo como testimonio de admiración al joven poeta mártir de Tacubaya y a la vez como contribución nuestra a las letras hispanoamericanas.

Aprovechamos el resto de estas palabras iniciales para hacer patente nuestro eterno agradecimiento y admiración a todos los

maestros que hemos tenido, durante nuestra permanencia en esta prestigiosa Casa de Estudios, que con sus sabias doctrinas han abierto ante nosotros nuevos y más ricos horizontes. Muy particularmente nos honra mencionar a los profesores doctores Julio Jiménez Rueda, Consejero Técnico de la Facultad de Filosofía y Letras y Director del Departamento de Letras, Francisco Monterde, Catedrático de la misma Facultad y Director de la Escuela de Verano y Consejero de Tesis; Amancio Bolaño e Isla, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Escuela de Verano; Manuel García Díaz, Catedrático de la Universidad de Puerto Rico; Modesto Rivera Rivera, Catedrático de la misma institución. También deseo reiterar mi gratitud a la Universidad de Alabama, por el privilegio de otorgarme una Licencia Sabática que hizo posible nuestros estudios en la Universidad Nacional Autónoma de México, al asistir a la cual nos hemos sentido honrados. A los allegados y amigos; entre ellos, muy especialmente al probo caballero don Jorge Azize, que desde los confines de nuestra patria siempre tuvieron voces de aliento y esperanza.

# CAPITULO I

## VIDA Y OBRA

*Padres. Nacimiento.*

En la historia de la humanidad se encuentra un sinnúmero de páginas escritas con la sangre de sus próceres que han luchado por su porvenir. Cada principio de tonalidad dogmática que tiende a su mejoramiento se halla estampado con sangre de inocentes víctimas, vertida en las hecatombes.

Desde los albores del Cristianismo dió principio una época sangrienta contra los apóstoles del porvenir de la humanidad; contra aquella pléyade de mártires del pensamiento, de la ciencia y de la palabra. El precursor fué Jesucristo, el protomártir que al dar su vida en el Calvario nos enseñó que la muerte material de los reformadores constituye el nacimiento de sus ideas y las almas de estos mártires viene a ser la semilla que no germina sino después de enterrados los últimos. Así la primera hecatombe fué la del Monte Calvario en que el Divino Creador de la humanidad sucumbió, vertiendo su sangre para sellar el principio de la redención humana.

La marcha inalterable de los siglos y de las generaciones, no ha podido ni relegar al olvido ni hacer infecundo este sacrificio. Los sagrados principios del Cristianismo perdurarán mientras haya creación.

No hay pueblo con historia que no pueda recordar a sus víctimas sacrificadas. Roma, la antigua Grecia, todas las naciones del Viejo Mundo conservaron hasta sus últimos días las reminis-

cencias sagradas de sus dioses, de sus héroes y de sus mártires inmolados en el altar del sacrificio.

Los gloriosos tiempos bíblicos no han sido los únicos en dar al mundo héroes y mártires; también este mundo moderno ha dado miles de víctimas a los cadalsos; muchas de ellas sacrificadas por odio y por proscripción social. El infortunado joven poeta mexicano Juan Díaz Covarrubias, fusilado por los conservadores en Tacubaya, el 11 de abril de 1859, merece el calificativo de mártir del liberalismo.

El 27 de diciembre de 1837 nació Juan Díaz Covarrubias, en la ciudad de Jalapa. Su padre fué don José de Jesús Díaz (1809-1846), poeta estimable y autor de romances de la guerra de Independencia. Su madre fué la señora doña Guadalupe Covarrubias. A los pocos días de haber nacido Juan, su padre fué desterrado y su madre cayó víctima de la proscripción y la miseria. Tuvo así el joven una niñez llena de desventura y de escasez y a sus oídos llegaron desde muy temprano las lamentaciones de su madre.

#### *Estudios e inquietudes.*

Al retornar su padre del destierro, en el año de 1841, decidió que comenzara la educación de su vástago, y a los cuatro años se le buscó una institutriz, bajo cuya tutela aprendió a leer. En el mes de septiembre del año 1844 se presentó cierto día en la escuela de primeras letras que dirigía en Jalapa don Florencio Aburto, y sin el consentimiento de sus progenitores logró su ingreso. Fué grande la sorpresa de sus padres y este gesto tan prematuro de amor al estudio los llenó de intenso placer. Esta precocidad nos hace recordar a la gloriosa monja Sor Juana Inés de la Cruz que a la tierna edad de tres años, al acompañar a su hermana a la Amiga, le pidió a la maestra que la enseñara a leer y a escribir.

A la temprana edad de siete años empezó Juan a captarse el aprecio y la admiración tanto de su maestro como de sus compañeros de clase, por su clara inteligencia. Allí da sus primeros pasos en el periodismo, redactando un periódico manuscrito que él mis-

mo repartía entre los miembros de su familia y aquellas personas más allegadas. El periódico alcanzó tal estimación, que para estimular a su precoz redactor se suscribieron a él las personas más instruidas y distinguidas de Jalapa, entre las cuales se hallaba el docto filósofo y poeta clásico don José Joaquín Pesado (1801-1861), y don Rómulo Díaz de la Vega, y otras no menos notables del lugar. Constituía esto su primer destello de gloria y el primer paso que daba en la carrera del martirio.

La muerte de su amantísimo padre le ocasionó el primero y uno de los más hondos pesares de su vida, a la tierna edad de nueve años. La orfandad fué el patrimonio que el poeta don José de Jesús Díaz dejaba a sus hijos, todos de tierna edad, que quedaban al amparo de una madre tan virtuosa como amante. La huella tan profunda que dejó esta desgracia en el tierno corazón del futuro escritor, jamás se borró, y dulcificaba su infortunio repitiendo estos versos de su padre, en los que hallaba un lenitivo:

*“Todo perece en el falace mundo,  
Tras la dulce sonrisa de alegría  
Se oye el ronco estertor de la agonía  
Y el supremo final del moribundo”.*

Parecía que el poeta había escrito estos versos para confortar a su hijo que se lanzó a recorrer las aldeas cerca de Jalapa solo, lleno de melancolía, huyendo de sus amigos y familia, a llorar la muerte de su padre. En sus peregrinaciones por los campos, al oír a los campesinos entonar al compás de sus bandurrias los populares romances del autor de sus días, empezó Juan a sentir que le quemaba el fuego de la inspiración y allí compuso sus primeros versos, que eran una queja dolorosa, toda llena de sentimiento y fortaleza espiritual.

Su alma sensible no pudo soportar permanecer en los sitios donde se deslizó su niñez disfrutando del compañerismo de su padre y como consecuencia enfermó del corazón. Este incidente y otros asuntos de índole familiar, motivaron el traslado de la familia a México, en el año 1848. Al siguiente año se inscribió

Juan en el Colegio de San Juan de Letrán, por donde desfilaron tantas glorias de México.

Allí, como en todas partes, supo granjearse muy pronto el aprecio y las simpatías de sus maestros y el cariño de sus discípulos. Allí cultivó una sincera e íntima amistad con el joven poeta Manuel Mateos (1833-1859) y juntos se consagraban a la lectura de los poetas y de los filósofos. El simpático Mateos solía exaltar el apasionado corazón de Díaz, con la lectura de sus vibrantes composiciones. En el año 1852 concluyó Díaz sus estudios preparatorios de latinidad y filosofía y al siguiente año optó por la carrera de medicina.

A fines del año 1854 concluyó sus estudios del idioma inglés; lengua que manejaba a perfección y que aprendió en el colegio de Minería, bajo la tutela del profesor don Juan Palacios.

Este año fué para Juan Díaz Covarrubias año de dolorosa recordación; durante él conoció a la mujer que había de amargar para siempre su vida y hacerlo concebir su primera, única y desdichada pasión. Se llamaba Sofía, según propio testimonio del joven poeta, y esta joven perteneciente a la clase media, fué la Dulcinea destinada a perturbar para siempre la tranquilidad de su vida consagrada al estudio y a la gloria.

Juan Díaz Covarrubias se enamoró locamente de esta joven que no tuvo para él más que desdén y crueldad. A ella le consagró toda su fe de poeta, toda la ternura de su vehemente corazón, todo el idealismo de su porvenir. En cambio, ella sólo supo brindarle todo el cínico desprecio de una cortesana, todo el odio de una mujer orgullosa, fría y necia. Esta pasión tan desacertada contribuyó a ensombrecer su musa juvenil y entró sus íntimos amigos lloraba desconsoladamente su infortunio y sus desencuentros, productos de aquella idolatría. Al idealizar el objeto de su amor, igual a la Beatriz de Dante, a la Eleonora de Tasso y a la Laura de Petrarca, sólo hallaba en ella frialdad y orgullo desmedido. Sus más íntimos amigos se empeñaron en hacerle disipar aquel amor que debía ejercer funestas consecuencias en sus estudios y en su propio porvenir; mas este esfuerzo era inútil hasta que, sin saber

la causa, sin que ninguno de sus amigos comprendiera el motivo que enfriara esta llama, Díaz relegó casi al olvido aquel amor aciago, consagrandó las horas que a él dedicaba, al estudio y al cultivo de las letras.

Su brillante carrera literaria empezó en el año 1855. En agosto de ese año apareció en el periódico semanario *El Pensamiento*, su primera composición de género sentimental y poético. También en el periódico *La Blusa* dió a la luz pública varias otras de sus líricas y armoniosas composiciones, todas saturadas de un tinte melancólico. Más tarde, los periódicos *El Monitor*, *El Siglo* y *El Heraldo* publicaron varias de las producciones de Juan Díaz Covarrubias y algunas de ellas fueron reproducidas por varios periódicos europeos y suramericanos.

La noche del 18 de septiembre de 1855 se cantó en el *Teatro Nacional* un himno patriótico del joven poeta, que le valió merecidos aplausos.

Dos años más tarde, en enero de 1857, recibió Díaz otro terrible golpe de los muchos que recibió en su atribulada existencia. Su madre amantísima murió en sus brazos, cuando el público empezaba a leer con interés las *Impresiones y Sentimientos*, una amena colección de artículos de diverso género literario, cuyo fin dice el autor "es de no fatigar la mente del lector con un solo asunto y hacer ver algunas de nuestras llagas sociales, sin pretensión de aliviarlas". (1)

En este mismo año obtuvo una plaza de practicante en el hospital de *San Andrés*. Su amor al estudio aumentaba progresivamente y obtuvo ese año excelentes calificaciones en sus exámenes particulares. En la noche del 15 de septiembre de 1857 pronunció en la ciudad de Tlalpan un elocuente discurso patriótico, el cual fué calificado por los conservadores como de carácter subversivo y multado el editor que lo reimprimió con la cantidad de

---

(1).—Díaz Covarrubias, Juan, *Obras Completas*, Introducción a *Impresiones y Sentimientos*, de México, 1859, pág. I.

\$ 500.00. Consiguió éste que le permitieran pagar dicha multa, en abonos de treinta pesos mensuales.

*La batalla de Tacubaya. Epílogo de una vida.*

Ahora nos resta relatar el epílogo glorioso de la vida del poeta mártir. Nos ocuparemos de hacer mención de la batalla de Tacubaya y de sus mártires, ya que en esta batalla encontró la muerte Juan Díaz Covarrubias.

Don Santos Degollado, ilustre caudillo y paladín en la lucha por la Reforma, había traído un nuevo ejército organizado después de diez derrotas, para amenazar a México, que se hallaba escaso de guarnición por haberse marchado Miramón a Veracruz, con lo más granado del ejército reaccionario a sitiar aquella plaza donde se hallaba el gobierno constitucional.

El caudillo don Santos Degollado había permanecido inactivo en Tacubaya, permitiendo que entraran en México las tropas de Callejo y Mejía, que llegaron a reforzar la guarnición. No intentó Degollado nada serio contra la plaza, bien sea porque su fuerza era reducida, por falta de disciplina o porque sólo quería distraer la atención del enemigo. Además, mediante esta acción, pretendía atraer el ejército de Miramón hacia México. Esto último se logró plenamente. Miramón sitió la plaza de Veracruz, ayudado por una escuadrilla al mando de Marín, cuyas pretensiones eran bloquear el puerto y evitar que recibieran ayuda por mar. Esta escuadrilla fué apresada y destrozada, tras un combate heroico encabezado por los dos bravos generales La Llave y Juan José de la Garza, y Miramón, a pesar de sus vanos esfuerzos por tierra, no tuvo más recurso que emprender la retirada y dirigirse apresuradamente a México, cuya guarnición estaba amenazada por las huestes de Degollado.

Al llegar a México, las mejores fuerzas de la guarnición, al mando de Márquez y de Mejía, vieron la inactividad de las tropas liberales y decidieron embestir contra ellas, en la plaza de Tacubaya. Los reaccionarios emprendieron el ataque en la mañana del día 11, y a pesar de que el bando liberal luchó con denuedo

y heroísmo, los primeros lograron la victoria y entraron en Tacubaya airoosamente, después del medio día. Una vez más Degollado, siempre desgraciado en sus planes y combinaciones de índole militar, tuvo que retirar sus tropas en desorden dejando en poder del enemigo su artillería, sus bagajes, sus heridos e innumerables prisioneros.

Entre los prisioneros militares se hallaban el general Lazcano, perteneciente al antiguo ejército, y otros oficiales y jefes como Dionisio Bello y el joven abogado Manuel Mateos, a quien ya hemos mencionado cuando estudiaba con Juan Díaz Covarrubias en el Colegio de San Juan de Letrán. Tenía para esta época Manuel Mateos veintiséis años de edad y ya se había destacado como auténtico liberal participando como escritor y como soldado en las luchas que había suscitado la Reforma, desde tiempo de Comonfort.

Juan Díaz se enteró de que el ejército liberal estaba necesitado de ayuda médica y se unió a otros tres, Duval, Portugal y Sánchez: tres amigos de la Humanidad que no pensaron en huir cuando se enteraron de la derrota. Comprendieron éstos que su deber era atender a los heridos y permanecer a su lado. No sospecharon estos jóvenes que iban a ser víctimas de la crueldad de los victoriosos. Sabían que su profesión era un sacerdocio y que sería respetada por el mundo civilizado; pero no fué así, se violó este sagrado precepto. Mientras estos jóvenes asistían a los heridos y a los que yacían moribundos en sus lechos, fueron arrancados de aquel lugar por la mano brutal de los soldados de Márquez y encerrados en un cuartel, incomunicados con los demás prisioneros de guerra.

Miramón regresó a México después de su derrota en Veracruz e hizo acto de presencia en el campo donde se había librado la sangrienta batalla. La victoria le parecía poco, se la comparaba con el revés que había sufrido en Veracruz, y estaba furioso de despecho. Al darle cuenta de la batalla, Márquez le pidió órdenes acerca de la suerte que debían correr los prisioneros. Miramón sostuvo una conferencia con Mejía y luego éste pronunció la te-

rrible sentencia de que los fusilaran a todos. Oigamos la descripción detallada e intensamente dramática que nos ofrece don Ignacio Manuel Altamirano, de aquella horripilante ejecución.

“La orden se ejecutó, ya cerrada la noche. La chusma de asesinos sacó a los prisioneros de su cárcel y los condujo entre filas a las afueras de Tacubaya. Los prisioneros creyeron, al principio, que los conducían a México; pero cuando vieron que se les llevaba por senderos extraviados al campo entre barrancas que serpentean en las lomas donde está situada Tacubaya, no dudaron ya de su suerte. ¡Iban a asesinarlos! Entonces pidieron escribir, dar un adiós postrero a sus familias, hablar a algún amigo. Todo les fué negado. Era preciso que el misterio y la sombra envolviese por completo el crimen; era preciso que cerrase la boca de aquellos mártires la mordaza del silencio; era indispensable que aquello tuviese carácter de asesinato de encrucijada y no el brillo del cadalso político. ¡Callar y morir! Esa era la suerte de los enemigos de la tiranía clerical. Todavía la Inquisición tenía la ostentación del auto de fe; todavía la horca del virreinato tenía el testimonio del escribano y de la muchedumbre. La crueldad del partido del clero iba más allá; mordía, como los perros rabiosos, en silencio. No se sabe a punto fijo lo que pasó en aquella escena pavorosa. Sábese solamente que se formó el cuadro en derredor de las víctimas. Dionisio Bello ha referido que él se escapó deslizándose hasta la profundidad de un barranco y que no fué visto, merced a la obscuridad de la noche que apenas rasgaban las antorchas. Sábese también que O’Horan y Daza Argüelles mandaron la ejecución; que Angel Buenabad formó la lista de los fusilados, que Manuel Mateos dirigió con voz sonora la palabra a los soldados, que Díaz Covarrubias abrazó a Sánchez y que así quiso morir, y luego... que se oyeron varias detonaciones seguidas y que los sicarios regresaron a Tacubaya, ya en las horas de la madrugada, trayendo los cadáveres destrozados de las víctimas y que los arrojaron en la gran sala De profundis del convento de San Diego. Algunos fueron tirados en el patio en completa desnudez.

Allí los vimos el día doce cuando, mezclados a la muchedumbre, pudimos buscar a nuestros amigos que apenas podían re-

conocerse, despedazados como estaban por las balas. Mateos tenía deshecho el cráneo y saltado el ojo derecho; Díaz Covarrubias destrozado también el cráneo y un ojo y parte de la mejilla, y hecha trizas una mano. La cabeza de los demás era un conjunto informe de polvo y de sangre". (2)

Al mediar aquel trágico día, algunos soldados ayudados por varios estudiantes disfrazados, condujeron en camillas los cuerpos exánimes de las víctimas de aquella hecatombe a la pequeña iglesia de San Pedro, al sur de Tacubaya, casi en el campo, y allí se cavó una fosa larga y superficial en la que fueron colocados los cuerpos uno junto a otro y cubiertos con una ligera capa de tierra.

Hemos creído oportuno relatar los acontecimientos de este nefasto día, como un tributo de profunda admiración al héroe fusilado cobardemente, intercalar aquí antes de cerrar este capítulo la horripilante escena de la fatídica muerte del joven poeta.

He aquí a grandes trazos los últimos momentos de este insigne prócer. Atendía solícitamente Díaz Covarrubias al coronel don Juan Herrán, a quien curaba una pierna. A pesar de saber que iban a fusilar a varios prisioneros, y haber oído las descargas de las primeras ejecuciones, se mantuvo en el puesto que le correspondía, como bienhechor de la humanidad. Se le acercó un oficial, y lo arrancó del lecho del herido a quien prestaba auxilios y de una manera despótica y amenazante le dijo que como prisionero de guerra debía ser pasado por las armas. Sorprendido Juan Díaz se llevó la mano derecha al corazón y horriblemente pálido le dijo a media voz con la cabeza inclinada:

—“¡Quién lo creyera, me van a fusilar!

Soy médico, dijo al oficial.

—No importa, salga V., presto de aquí porque es tarde.

---

(2).—Altamirano, Ignacio Manuel., *Paisajes y leyendas*, México, 1949. págs. 83-84.

*Clasificación*

—Llevaré mi sabrero. *sombrero*

—Para que fusilen a V., no necesita sombrero, vamos". (3)

Lo sacaron de allí casi a la fuerza en el mismo instante en que oían nuevas descargas de ejecuciones. Un sudor frío corría por su frente y se detuvo para sacar un pañuelo y pedir permiso para escribirle a su familia, para confesarse y despedirse de su hermano menor. Todo le fué negado. Lleno de la más honda tristeza, aceleró el paso y llegó al lugar donde iba a ser fusilado.

"Allí, dijo con voz firme y tranquila.

—¿Qué oficial me va a fusilar?

—Yo, contestó cínicamente uno de siniestra figura.

—Bien, pues para que nunca olvide V., que Juan Díaz Covarrubias lo perdona, dijo éste, aquí tiene V. este relox que *reloj* es la prenda de más valor que porto, y estos pocos reales que traigo en el bolsillo repártaselos religiosamente a los soldados que me hagan fuego.

El oficial recibió todo casi llorando. En seguida llegaron unos ocho o diez soldados; se formaron silenciosamente delante de Díaz y éste abrazó a su compañero más cercano, Sánchez, y con voz ronca e inspirada, gritó estas dos últimas palabras:

—“Ya... fuego”. (4)

Un soldado disparó y Díaz se desplomó al hacer blanco la bala en el pecho del joven mártir. Su cuerpo se agitaba convulsivamente y quizás el insigne reo no hubiese muerto, si no hubiera hecho acto de presencia un alto oficial quien al verle aún con vida ordenó que le disparasen de nuevo. Hicieron fuego los soldados cerrando los ojos. El joven poeta recibió otra bala en el cráneo, y su compañero siete que le despedazaron el cuerpo. Los asesinos huyeron, pero el recién llegado jefe no había saciado su sed sanguinaria y al notar que Díaz aún daba señales de vida

---

(3).—Covarrubias, Juan Díaz., *Obras Completas*, México, 1859, págs. VII-VIII.

(4).—Covarrubias., *Op. cit.*, pág. VIII.

ordenó a su asistente que liquidara aquella víctima y éste apeándose del caballo despedazó con la culata del fusil el cráneo de la víctima. Su cadáver completamente desnudo quedó insepulto hasta que varios de sus amigos, disfrazados, le condujeron hasta el cementerio de la humilde iglesia de San Pedro de Tacubaya y allí recibió cristiana sepultura.

## OBRA

La producción literaria de Juan Díaz Covarrubias es relativamente corta. Abarca poesía, cuentos y novelas; pero se destaca más en el último género que fué el que más cultivó.

Aparte de *Impresiones y Sentimientos* (1857), colección de cuentos y narraciones fantásticas, y *Páginas del corazón* (1857), con dedicatoria a don José Zorrilla, "meros ensayos líricos, muy defectuosos los más de ellos", (5) las obras en prosa del joven mártir pertenecen a la literatura novelesca; a saber: *La sensitiva* (1859), boceto novelístico; *Gil Gómez el Insurgente o la Hija del Médico* (1859), novela histórica; *La Clase Media* (1859) y además la publicada el año de su trágica muerte: *El Diablo en México*, aparecida póstumamente, en 1860. Como romántico que era, cultivó de preferencia la novela amorosa; pero en *Gil Gómez el Insurgente* invadió el campo de la novela histórica, el período de la Independencia. En *El Diablo en México*, se reveló como un costumbrista intencionado y de cualidades.

Nuestro trabajo de investigación se circunscribe fundamentalmente al género novelesco que abarca las cuatro novelas arriba citadas. Más que obras logradas, estas cuatro novelas representan una gran promesa. A la luz de la adolescencia del autor hay que juzgarlas para hacerle justicia. Muy justiciero se revela don Carlos González Peña cuando nos dice: "advertimos en Díaz Covarrubias evidentes facultades y hasta amplia visión de novelista; faltan

---

(5).—González Peña, C., *Historia de la literatura mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días*, 4a. ed., México, 1949, pág. 243.

la madurez de estilo y de pensamiento que sólo pueden dar el tiempo y el ejercicio de artística disciplina". (6)

Como el tema que predomina en sus novelas, de las que nos ocuparemos en nuestro trabajo es el amoroso, y como al presentarlo y al tratarlo el autor lleva impreso el inconfundible sello romántico, nada más apropiado que nuestro propósito fuera exponer el romanticismo en las novelas del autor, sin querer menospreciar el resto de ellas.

Con estas aseveraciones damos por terminada la presentación de la obra de Juan Díaz Covarrubias, poeta de veintiún años, "una de las más lisonjeras esperanzas de nuestras letras", como asegura don Carlos González Peña". (7)

---

(6).—*Op. cit.*, pág. 258.

(7).—*Op. cit.*, pág. 258.

## CAPITULO II

# LA BATALLA ROMANTICA EN HISPANOAMERICA

### *Ambiente Político. Histórico.*

Hacia las postrimerías del siglo XVIII, la América hispánica había alcanzado un completo estado de madurez si no para absorber los principios fundamentales de la democracia, sí para saborear la independencia que fué el umbral de la nueva orientación literaria conocida por Romanticismo. Los artífices del movimiento de independencia que fueron los criollos, estaban hastiados de las imperantes situaciones de parcialidad en las colonias. Los impuestos que recaían sobre los españoles americanos eran insoportables, el desempeño de los altos puestos gubernamentales era privativo del español europeo; el comercio de las nuevas tierras era estrangulado por el monopolio. Tanto los criollos como los mestizos no tenían fe absoluta en los principios democráticos. Ansiaban darle protección a las colonias del rey Fernando VII, prisionero de Bonaparte, y sostener a toda costa el sistema de gobierno oligárquico.

El movimiento de independencia en la América hispánica no trajo la felicidad y prosperidad económica que se anhelaba. La mayor parte de los países o salieron arruinados o quedaron al borde de una bancarrota económica. Las cruentas luchas diezmaron la población y con este terreno fertilizado germinó el desorden y las flaquezas del régimen colonial. Se desencadenó la guerra civil y con esto los desafueros y el despotismo. Se salvaron aquellos países donde el gobernante era una persona de gran carácter y energía como Brasil, una monarquía, y Chile una república en

que el gobierno era aristocrático. Estos países hacia el 1830 habían alcanzado una paz interna. Más tarde aquellos en cuyos marcos estaba el gobierno de los demás países optaron por una forma de gobierno republicano. Cuando al fin surgieron las repúblicas, fueron, por una parte, negaciones del sistema monárquico español, y por otra, imitaciones de los sistemas de gobierno democráticos de Norte América y de Francia.

Dos fechas están muy unidas con la historia de la América hispánica y son: 1783 fecha en que terminó la revolución en Norte América y 1789 fecha en que ocurrió la toma de la Bastilla.

En el período comprendido entre 1808 y 1825, nos dice Arturo Torres Rioseco, "de los antiguos virreinos y capitanías generales surgieron una veintena de naciones: Hispanoamérica había conquistado la independencia y la soberanía bajo una espléndida fórmula democrática. La mayor parte de los nuevos gobiernos redactaron constituciones sobre el modelo de la de los Estados Unidos, como federaciones o provincias unidas: el sistema no siempre convenía al país, y Chile (entre otros) ha corregido el error y es hoy una república unitaria. Jorge Washington, como es natural, fué el ideal de los libertadores, y hasta hoy los hispanoamericanos lo consideran como el hombre más grande de los Estados Unidos". (1)

Hispanoamérica se empapó profundamente de las ideas revolucionarias de Francia y aprendió un nuevo orden de cosas. A fines del siglo XVIII radicaron en Francia un sinnúmero de criollos y se identificaron con las ideas y normas radicales: Pablo de Olavide, natural del Perú, fué amigo de Voltaire, y participó en los trabajos de la Convención Francesa. Surgieron agrupaciones políticas de tipo afrancesado en el Nuevo Mundo. Las logias masónicas asumiendo un carácter político tramaban contra los gobernantes españoles y portugueses y tanto San Martín como Alvear recibieron su bautismo revolucionario en la logia Lautaro.

---

(1).—Torres Rioseco, Arturo. *La gran Literatura Ibero americana*. Buenos Aires, 1945. pág. 58.

En México, la Logia de York cuyos miembros se denominaban los "yorkinos", (2) partidarios del régimen representativo y del sistema federal, se convirtió en un club jacobino y partidario de la revolución violenta y sanguinaria. Tanto las ideas liberales emanadas de los enciclopedistas franceses, como toda la violencia de la revolución encontró eco en nuestra Hispanoamérica: el pavor, la dictadura del Primer Cónsul y el Imperio, todos fueron factores influyentes en las recién nacidas naciones.

Veamos la situación de México al consumarse la Independencia. El ilustre historiador y literato Dr. Julio Jiménez Rueda nos brinda este cuadro de la situación política existente: "Al consumarse la Independencia surgen dos tendencias antagónicas en la lucha política. La una pretende la continuación del orden de cosas existentes en la colonia, el paso lento del régimen virreinal a uno de libertad paulatinamente lograda. Creen, los partidarios de esta idea, que el salto violento de la monarquía absoluta, centralizada, autocrática, a una república semejante a la establecida en los Estados Unidos de Norte América, traería como consecuencia, trastornos en la buena marcha de las instituciones. Participan de esta creencia los elementos de cultura rancia, la clase acomodada, el clero. No querían que la separación de México de España se realizara por medios violentos, sino, mejor, por un acuerdo mutuo: una separación biológica, por eso deseaban la venida a México de Fernando VII o de un príncipe de la casa reinante. Así no había desgarramiento. El Brasil realizó de esta suerte su independencia. Ya que esto no pudo ser, por lo menos debería tenderse al establecimiento de un gobierno de transición ni la monarquía absoluta ni la república democrática federal: un régimen moderado que, respetando los derechos establecidos, garantizara intereses creados y acabara de una vez con el fermento revolucionario pronto a envenenar el débil organismo político de México. Iturbide pareció encarnar estas ideas. Su proclamación como Emperador de México ponía en el gobierno a un viejo elemento criollo, activo combatiente de la revolución, adversario enér-

---

(2).—Altamirano, Ignacio M., *Historia y Política de México*, Empresa Editoriales, S. A., 1947, pág. 33.

gico de la demagogia que él había creído encontrar en el movimiento de 1810. Soldado y creyente, popular en un momento de la vida política y social de México, simpático como realizador de la consumación de la Independencia, fué el hombre escogido para gobernar, moderadamente a la nación". (3)

La reacción de los partidarios de la oposición fué inmediata. Aquellos cuyas luchas habían sido encaminadas a erradicar el carcomido estado de cosas de tres centurias, los criollos y los mestizos, cuyo patriotismo era incuestionable, y que luchaban por la realización de un ideal sacrosanto, asiduos lectores de la Enciclopedia, y los fieles soldados que mantuvieron vivo el ideal de la independencia, se declararon inconformes.

Como hemos anotado anteriormente la influencia de la Revolución Francesa, la estabilidad de la estructura política de los Estados Unidos había dejado sus huellas en la liberación mexicana. "Los principios revolucionarios franceses, adoptados por los patriotas mexicanos no se compadecían de un imperio sin prestigio aristocrático, ni de la gloriosa tradición épica que dió vida al napoleónico, por ejemplo.

"La organización política de los Estados Unidos era tenida, hasta ese momento, como la última palabra en cuanto al gobierno de un país. Se creía segura la felicidad del pueblo que la adoptara". (4)

Así la actividad literaria de este período revolucionario se nutrió con las ideas francesas. Las profundas ideas filosóficas repercutieron en los confines del Nuevo Mundo y despertaron las conciencias y la imaginación de los futuros paladines de las guerras de emancipación. En 1794, Antonio Nareño, precursor de la libertad colombiana, tradujo la *Declaración de los derechos del hombre*. (5)

---

(3).—Jiménez Rueda, J., *Historia de la literatura mexicana*, 4a. ed., México, Ed. Botas, 1946. págs. 154-155.

(4).—Jiménez Rueda, J., *Op. cit.*, pág. 155.

(5).—Torres-Rieseco, Arturo., *Op. cit.*, pág. 59.

Las doctrinas expuestas por el ginebrino Juan Jacobo Rousseau (1712-1778), en su libro fundamental, *Le Contrat Social* (1762), ayudaba a despertar la ideología de la juventud sudamericana que abominaba a la Corona de España, el derecho divino y reafirmaba los derechos inalienables del pueblo.

Las ideas de Montesquieu (particularmente su teoría de la separación de los poderes) era materia que se enseñaba en las aulas universitarias. Sus ideas han tenido una gran influencia sobre todas las revoluciones hasta nuestros días. La contribución más laudable de Francia fué estimular espontáneamente a la América hispánica que al romper los yugos que la ataban a España, buscaba a la vez una fuente de inspiración estética.

Juan Jacobo Rousseau, el padre del subjetivismo, el precursor de dos revoluciones: la Revolución Francesa, revolución social y el Romanticismo, revolución estética, ejerció gran influencia en la historia cultural hispanoamericana. Dicha influencia es notable en muchos de los patriarcas del movimiento revolucionario, especialmente en el gran caudillo Simón Bolívar (1783-1830), quien se nutrió de las ideas del ginebrino "y educado según sus preceptos llegó a ser el más genuino representante de la escuela romántica en amor, en lenguaje y en la busca de libertad."

De los *Discursos de Rousseau* provino lo fundamental del vocabulario de Bolívar, hasta el punto que al leer a Bolívar se llegó a veces a creer que se está leyendo una traducción de Rousseau. Cuando sus triunfos militares se tenían que celebrar con fiestas, Bolívar buscaba consejo en la *Carta a d'Alambert*. El *Contrato Social* le proporcionó un código político a lo largo de toda su carrera, y la *Profesión de fe del Vicario saboyano* le sirvió de religión. El estilo y la pasión de la *Heloísa* resaltan particularmente en *Delirios*, obra escrita después de subir al Chimborazo, 1824. Es probable que su carrera y sus hazañas constituyan el mejor testimonio que la América del Sur pueda jamás ofrecer de la eficacia del sistema educacional defendido por

Rousseau, pues logró la independencia de tres países y suscitó un nuevo espíritu en el mundo hispanoamericano". (6)

En el transcurso del agitado medio siglo entre 1820-1870 se acometió una empresa titánica. Se operaron grandes innovaciones en la estructura de la sociedad: ~~La~~<sup>la</sup> emancipación de los esclavos, en la que nuestra América hispánica se adelantó a los Estados Unidos de Norte América y con frecuencia a Inglaterra (1833). (7)

De igual modo quedó abolida por la ley la virtual servidumbre de los indios; pero algo más era necesario que la legalidad de la abolición. El sistema de economía se alteró, merced a los principios del liberalismo. Se intentó y se puso en práctica una reforma en el sistema educacional. La construcción de planteles de enseñanza, la educación para las masas, había preocupado a los dirigentes intelectuales en sus esfuerzos por la realización de los ideales de la independencia. La pobreza fué un impedimento, pero aún así se establecieron muchas escuelas y en las esferas superiores de enseñanza de la era colonial se dejó sentir la influencia de la moderna filosofía francesa, germánica e inglesa. En el campo de las letras, este espíritu renovador tan a tono con las ideas avanzadas de Rousseau causó un desdoblamiento tanto en el pensamiento como en la expresión literaria.

Las agrupaciones literarias se convirtieron en centros de propaganda revolucionaria alcanzando a la vez la literatura un amplio desarrollo. La mayoría de los hombres públicos fueron ocasionalmente oradores y periodistas furibundos. En Lima un sacerdote, el Padre Henríquez, de afinidad liberal y que había sido prisionero de la Inquisición en Lima, instaló la primera imprenta en Chile y redactó su diario titulado, la *Aurora de Chile*, y desde

---

(6).—Spell, J. H., *Rousseau in the Spanish World Before, 1833*, Austin, (U. S. A.), 1938, pág. 255.

(7).—En México, Hidalgo proclamó la abolición de la esclavitud al lanzarse a la guerra de la Independencia en septiembre de 1810; un decreto presidencial de Guerrero la hizo efectiva en 1829, con excepción que se debió a la presión del sur de los Estados Unidos. En 1823, América Central,

las columnas de este órgano desencadenó su furia en violentos ataques contra la crueldad de España y dió a luz composiciones poéticas inspiradas en temas patrióticos.

Ya hemos afirmado antes cómo las pasiones se habían ensañado hasta llegar al rencor y odio entre criollos, españoles, mexicanos y mestizos. Un grave descontento e inquietud se notaba entre el ejército y el clero de carácter criollo y mestizo, frente a los mismos elementos religiosos y militares de tipo español. Naturalmente al romperse el vínculo que los unía cuando el grito del cura don Miguel Hidalgo en el pueblo de *Dolores* en el año 1810, se desbordaron las pasiones y comienza la lucha intestina entre ambos sectores que hizo eco en todos los confines del país. Las dos facciones, realistas e insurgentes, apelan a todos sus medios para cristalizar el triunfo de sus respectivos ideales. El Dr. Julio Jiménez Rueda, ilustre crítico e historiador literario nos dice:

---

que era entonces una federación, decretó la abolición. En "la gran Colombia" quedó establecida en la Constitución de Bolivia de 1819 (ya antes había sido proclamada por el Libertador en una gran guerra en julio de 1815). Las tres repúblicas que surgieron de esta confederación ratificaron luego la medida: la nueva Colombia (esto es la antigua Nueva Granada), en 1851; Ecuador, en 1853; Venezuela, en 1854. Bolívar la declaró también para Bolivia en su Constitución de 1826. En Chile se proclamó durante la guerra de independencia en 1811 (fué completada por la Constitución de 1833). En Argentina, desde 1812, emancipación gradual, que se hizo total al través de decretos constitucionales posteriores (la Constitución vigente se votó en 1853); en Uruguay, en 1842; en Perú, 1854.

En Cuba y Puerto Rico, sometidos al dominio español, la esclavitud se mantuvo mucho más tiempo; fué abolida al fin en 1872 (Puerto Rico) y 1880 (Cuba). En Haití, la antigua Saint Domingue, situada en el costado occidental de Hispaniola, había sido abolida por la Revolución Francesa después de cuatro años de injustificable vacilación, en 1793. En Santo Domingo, el costado oriental de Hispaniola, desapareció en 1822.

También el Imperio Brasileño quedó rezagado. Ya en 1823, José Bonifacia de Andrada e Silva, el "patriarca de la independencia", presentó ante la asamblea que votó la primera Constitución un proyecto para la liberación gradual de los esclavos, junto con un plan para la educación de los indios y hacer innecesaria la esclavitud negra. Sin embargo, la abolición no vino hasta 1888, después de la supresión del comercio de esclavos, decretada en 1851 y aplicada realmente en 1850, y de la manumisión de los hijos de esclavos, en 1871. El día en que se proclamó la abolición total (13 de mayo de 1888) fué de extraordinario regocijo popular.

(Véase *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, por Pedro Henríquez Ureña, notas al capítulo V, pág. 237).

“Batallones de folletos salían de las prensas en defensa de los ideales políticos de una facción. . . anónimos o de autores desconocidos, firmados con nombres supuestos, con títulos llamativos empeñaban la acción. El abogado don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, don Ramón Roca, don Fermín Reygadas, el obispo Casaus, don Florentino Pérez y Camoto escribían panfletos erizados de agudezas y burlas y graves máximas o de argumentaciones casuísticas como la de los estudiantes que sustentaban acto público en los salones de los colegios”. (8)

El bullicio literario de carácter político que dimanaba del sector realista hallaba acogida en las columnas de *La Gaceta de México*, mientras que la que procedía del campo revolucionario la encontraba en *El Diario de México*. Más tarde aparecieron otros diarios para fomentar los ideales separatistas: *El Despertador Americano* (1811), cuyo director era don Francisco Severo Maldonado (que luego se adhirió al sector realista); *El Ilustrador Nacional* (1812) cuyo fundador fué don José María Cos; *El Semanario Patriótico* fundado por don Andrés Quintana Roo. Unido a este núcleo de periodistas se hallaba don Carlos María Bustamante (1774-1848), fundador de *El Diario de México*, abogado oaxaqueño, inteligente y apasionado, “no muy firme en sus ideas políticas, y que colaboró eficazmente en la campaña periodística primero, al lado de Morelos, después, que aconseja a Guerrero de acuerdo con Iturbide y se convierte en enemigo acérrimo de este último”. (9)

Las características del hervor patriótico que saturaba la literatura periodística y la labor que éste realizaba nos la describe el autor antes citado con estas frases: “El periodismo realizado por europeos y americanos, como se designaba a los grupos en pugna en los artículos de los periódicos, es ampuloso, finchado, oratorio. Su importancia es grande en la historia y en la literatura de México, porque, con la oratoria señala el principio, en realidad, de la vida independiente de México”. (10)

---

(8).—Jiménez Rueda, J., *Op. cit.*, pág. 126.

(9).—Jiménez Rueda, J., *Op. cit.*, pág. 156.

(10).—Jiménez Rueda, J., *Op. cit.*, pág. 130.

### *Ambiente estético y literario.*

Después de esta visión panorámica de las actividades revolucionarias, nos vamos a detener para ofrecerle al lector el ambiente puramente literario durante esta era de lucha entre los grupos ya mencionados, realistas e insurgentes. El ambiente no favorecía otra producción que no fuera literatura de intención política, pero sí se destacan algunos escritores sobresaliendo entre ellos, don José Joaquín Fernández de Lizardi (1774-1827), que encarna el auténtico espíritu de independencia en las ideas liberales y en la palabra escrita. Hombre de un arraigado sentimiento revolucionario saturado de filosofía francesa, que recurrió a la novela para diseminar sus ideas logrando fama como el primer novelista de la América hispánica.

Don José Joaquín Fernández de Lizardi, es la figura más interesante que México produjo durante la primera mitad del siglo XIX, y una de las más preclaras de toda América en este período. Ni el cubano José María Heredia, más artista, ni el venezolano Andrés Bello, de más sólida y disciplinada cultura, lo superan en tenacidad, en anhelo renovador, en el tesonero esfuerzo de crear una literatura independiente y de sabor nacional, en la sed de reforma y depuración de las costumbres y de la enseñanza, en la perseverancia heroica con que propició el advenimiento de una vida más progresista, equitativa y justa.

La pluma autorizada del Dr. Julio Jiménez Rueda nos brinda esta semblanza del autor que comentamos: "Don José Joaquín Fernández de Lizardi, espíritu travieso, decidido, ingenioso y socarrón, comenzó a publicar su hoja *El Pensador Mexicano*, en 1812. Con atrevimiento y donaire dábase a comentar los sucesos más importantes de la colonia, usando también del procedimiento indispensable de decir las cosas por aquellos tiempos. Fernández de Lizardi abandona el estilo ampuloso y oratorio de los periodistas contemporáneos. Comenta el autor en el lenguaje mismo del pueblo, sus chocarrerías, también su ingenio, su facilidad, su cómica y espontánea expresión. La frase feliz, el chiste aprendido en calles y plazuelas, el modo de decir especialísimo de los "payos",

de los "catrines", de los "currutacos", de la "pirroquita", de todos los tipos ya perfectamente caracterizados que constituían el México de principios del siglo XIX. Por este espíritu de oportunidad, por esta gacetilla sabrosa que redactaba Fernández de Lizardi, ya en su periódico, ya en el folleto o en la hoja volante que repartía profusamente entre el pueblo, tenemos la primera muestra del periodismo tal como se concibe en los tiempos modernos". (11)

El docto crítico de las letras mexicanas don Francisco Monterde, al analizar con criterio propio la obra de Fernández de Lizardi, nos dice: "es el primero en la literatura mexicana que se acerca a la expresión del pueblo, para hablar a sus lectores de modo que todos los entendieran". (12)

Al estudiar su labor más perdurable, sus novelas, se ha de recordar siempre *El Periquillo Sarmiento* (1816) y *La Quijotita y su Prima* (1818), sus dos primeras y más importantes. En la primera como en todas las otras se destacan sus ideas políticas y sociales. *El Periquillo Sarmiento*, novela de carácter picaresco, nos brinda ante nuestros ojos para deleite, una extraordinaria pintura de la sociedad mexicana en vísperas de la Independencia. Lo notable de esta novela es que hizo su aparición en América dos siglos después de que el género hubiera pasado de moda en España. Se trata de un mestizo trotamundos que al llegar a la edad senil y a las puertas del más allá, se rodea de sus hijos y les dice: "Prostrado en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando con resignación el día en que, cumplido el orden de la Divina Providencia, hayáis de cerrar mis ojos, queridos hijos míos, he pensado dejaros escritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepáis guardar y precaver de mucho peligros que amenazan, y aún lastiman al hombre en el discurso de su días" (13)

(11).—Jiménez Rueda, J., *Op. cit.*, págs. 131-132.

(12).—Monterde Francisco, *Cultura Mexicana*, Ed. Intercontinental, México, 1946, pág. 157.

(13).—Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El Periquillo Sarmiento*, vol. I, México, 1949, pág. 33.

*L. B. Rueda*

El héroe de esta novela, Periquillo, es conducido por miles de aventuras, "como estudiante, holgazán, curandero y pillo redomado, en sabroso estilo popular, verdadera antítesis del pedantesco clasicismo español del siglo XVIII". (14) La intención marcada del autor al escribir su obra fué la de que fuese popular y destinada al pueblo. En el prólogo nos da su testamento literario cuando dice: "que esta obrita no es para los sabios, porque éstos no necesitan de mis pobres lecciones: pero sí puede ser útil para algunos muchachos que carezcan, tal vez, de mejores obras en que aprender, o también para algunos jóvenes (o no jóvenes) que sean amigos de leer novelitas y comedias; y como pueden faltarles o no tenerlas a mano algún día, no dejarán de entretenerse y pasar el rato con la lectura de mi vida descarriada". (15)

Quizás si el "Pensador" se hubiera abstenido de las digresiones al sermonear, aseguran algunos críticos que su novela ocuparía hoy un sitio entre las mejores de la variedad picaresca, superada sólo por *El Lazarillo*. Con todos sus defectos es la obra de más aliento y más originalidad que durante el siglo XIX se produjo en toda la América ibera en el género narrativo. Resaltan en ella todas las cualidades del autor como hombre y escritor. Su sátira punzante, como saeta, su penetrante observación y sagacidad al observar y retratar los tipos y costumbres, su manejo y dominio absoluto del lenguaje popular, y su simpatía humana contribuyen a la amenidad y entretenimiento de la obra.

De los elementos románticos de la obra nos habla el Dr. Julio Jiménez Rueda en estos términos: "El romanticismo aparece encauzado por el realismo, lindante con el naturalismo, y por la vena satírica; no es el del Pensador un romanticismo bajo el predominio absoluto de lo subjetivo, de la rebeldía anárquica, de lo sentimental melancólico a la manera de Werther, Atala y René, Oberman y la Nueva Eloísa; por su realismo se emparenta con el romanticismo que Defoe inicia en Robinson y Juan Jacobo

---

(14).—Torres-Rioseco, Arturo, *Op. cit.*, pág. 61.

(15).—Fernández de Lizardi, José Joaquín, *El Periquillo Sarniento*, pág. 26.

Rousseau define en Emilio; de este romanticismo Fernández de Lizardi extracta la vivencia que mejor ajusta a la psicología del mexicano, y en este sentimiento compendia los principios románticos: egocentrismo, retorno a la naturaleza, fe en la bondad innata del hombre, manifestación espectacular de la vida, etc. “El personaje es un reflejo fiel de las ideas del autor. El Periquillo y El Pensador viven en la literatura íntimamente compenetrados en sus mutuas esencias”. (16)

*La Quijotita y su Prima* (1818), *Don Catrín de la Fachenda* (1819) son sus otras dos novelas de carácter satírico didáctico. La primera muy bien puede considerarse hermana de Periquillo, pero inferior. Si en la primera novela, nos dice el erudito don Carlos González Peña, perseguía Fernández de Lizardi “criticar las costumbres de los hombres extraviados y ridiculizar sus vicios más groseros”, en la segunda se propone “dar una enjabonadita a las mujeres”. Por lo cual presenta a dos: fruto, la una, “de una educación vulgar y maleada”; y producto, la otra, “de una crianza moral y purgada de las más comunes preocupaciones”. En el contraste —declara el novelista— “se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será o deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito del buen obrar”. La fábula, no obstante, es tan desmayada, y tan frecuentes sus digresiones, que peca de soporífera; sin que por ello dejemos de reconocerla como documento curioso para la historia de las costumbres. (17)

El autor hace uso de una antítesis que sugiere ya una posible influencia romántica para sermonearnos sin misericordia. Pomposa en la intención de su padre, es un atajo de coquetería y frivolidad lo mismo que sus padres; en tanto que su prima Prudenciana, como implica el nombre, es un compendio de virtudes imaginables que pueden adornar a una mujer. La antítesis por supuesto, se extiende a los padres de ambas. En éstos hay mucho

---

(16).—Jiménez Rueda, J., *Letras Mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, págs. 102-103.

(17).—González Peña, C., *Historia de la Literatura Mexicana, desde los Orígenes hasta nuestros Días*, 4a. ed., México, 1949, pág. 204.

de levadura humana y son más reales que los paradigmas opuestos. La frase lapidaria de Oscar Wilde que reza "que los buenos consejos desmoralizan siempre a quien los recibe", es aplicable en este caso.

El cuarto libro que el Pensador nos legó, *Noches tristes y día alegre* (1818), no es propiamente una novela. Inspirada en las *Noches Lúgubres*, atribuidas a José Cadalso, en una pobre imitación de esta obra del escritor español. Es la autobiografía del autor durante las tribulaciones y persecuciones que sufrió en la era revolucionaria. Tiene esta obra, al igual que la de Cadalso, manifestaciones prerrománticas.

La efervescencia libertaria de México cesó el 27 de septiembre de 1821 cuando la Nueva España tomó el nombre autóctono de México. En lo concerniente al período de hechos y aspectos estrictamente libertarios de los primeros veinte años del siglo XIX, don Luis G. Urbina lo reduce a dos fórmulas:

"1<sup>ª</sup> La literatura mexicana desde 1800 a 1810, conservó su fisonomía netamente española, la de los siglos anteriores, con los caracteres de los períodos de decadencia: culteranismo, conceptismo, pseudo clasicismo".

2<sup>ª</sup> Las agitaciones sociales y políticas que desde 1810 a 1821 sufrió la Colonia, alteraron las formas literarias, creando la literatura política, y dando entonación heroica a la poesía lírica, siempre con la indispensable y natural dependencia de los modelos españoles. En las ideas y en las expresiones, que se transformaron, se nota ya la influencia de la literatura francesa; pero esa influencia no es directa, sino que nos llega por medio de nuestro contacto con el alma española, que sufre en aquella época la sugestión y la fascinación del pensamiento francés. Nótase también una marcada tendencia a reproducir fielmente nuestro medio físico, moral y social, y a hacer entrar en la prosa, y aún en el verso, giros y modismos populares. Esta tendencia, iniciada de tiempo atrás, adquiere fuerzas y desarrollo durante la guerra insurgente, y tiene por origen la necesidad de hablar al pueblo en su lengua y con espíritu de cosas que necesariamente debía él comprender y sa-

ber, para animarlo a entrar como primer factor en la lucha por la libertad. De allí la aparición del escritor que personifica este impulso: "El Pensador Mexicano".

"Un paso falta nada más para llegar al período romántico en la poesía de mi país". (18)

El "paso" al que alude don Luis G. Urbina para arribar a la etapa romántica, es el que nos proponemos esbozar en las siguientes páginas. Es el México que por medio de la revolución se ha emancipado de España, pero que necesitaba sacudir el yugo colonial que lo oprimía. En el ciclo que abarca los años 1821 a 1867, se empieza a sentir en México las ráfagas del romanticismo europeizado. Después de una ininterrumpida lucha se añoraba una era de paz y tranquilidad; pero desgraciadamente no sucedió así. Los dirigentes de la nueva nación se enfrentaron con dos tendencias en pugna: una cuyas aspiraciones era conservar aquel régimen y la otra empeñada en destruirlo. Esto dió por resultado que la estabilidad gubernamental no se estableciera hasta las postrimerías del siglo XIX. La lucha partidaria se prolongó medio siglo. He aquí la situación vista por don Carlos González Peña: "Establecida la Regencia, la contienda de los partidos apunta en el primer Congreso Constituyente. Adoptada como sistema de gobierno la monarquía moderada constitucional con un Borbón por soberano, al rechazar España el Tratado de Córdoba, plantéase la primera cuestión: ¿Se mantendría el régimen monárquico encabezado por un príncipe de otra familia reinante que no fuera la española, o bien se proclamaría la República? No era éste en realidad, sino un aspecto secundario respecto de la todavía confusa pugna de principios ya dominantes. Lo de menos son las formas de gobierno; lo demás, las fuerzas que actúan. Había aparecido el primer caudillo: Iturbide. Lo adora la plebe; lo apoya el ejército y por el prestigio de las armas se impone al Congreso: un sargento, Pío Marcha, lo proclama Emperador. El ejército interviene por primera vez en la política. Volverá a intervenir a

---

(18).—Urbina, Luis G., *La vida literaria en México*, México, Ed. Porrúa, S. A., 1946, págs. 91-92.

poco: el mismo año de la proclamación del imperio —1822— en octubre, un general —Santa Ana— proclama la República”. (19)

Ver 17705

En torno a la República de Santa Ana, se desata la lucha de facciones políticas entre federalismo y centralismo. ¿Cuál ha de ser? Veámos lo que nos dice en su por muchos conceptos variada *Historia de la literatura mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días*, el señor Carlos González Peña sobre el primer Presidente de México: “Un general es el primer Presidente. La disputa por la presidencia se entabla, desde entonces, entre generales. A Victoria sucede Pedraza; a Pedraza por medio de un pronunciamiento, lo derroca Guerrero. Otro pronunciamiento entroniza a Bustamante. A partir de entonces sucédense sistemas, hombres, situaciones. México pasa del federalismo al centralismo; del centralismo al federalismo. Una Constitución sigue a otra. La guerra civil es incesante. Pronunciamientos, sublevaciones, “planes”, sucesión vertiginosa de hombres en el poder. Se hace un paréntesis: el de una guerra extranjera; guerra injusta —característicamente de rapiña—: la invasión norteamericana de 1847, que ocasiona la primera desmembración del territorio. Aún no se había recuperado la nación de aquella lucha desigual cuando se vuelve a la guerra civil y a la anarquía. Llega la dictadura que se arraiga y no con carácter de ser efímera. La revolución de Ayutla, en 1855 arroja del poder a Santa Ana quien lo retiene ayudado por el partido conservador. Surge más tarde la alianza Tripartita o tentativa de una triple intervención de Francia, España e Inglaterra, perdurando y queda en marcha la francesa que trae un príncipe católico, el archiduque Fernando Maximiliano, hermano del emperador de Austria, Francisco José. Los conservadores habían hecho ya la experiencia con un criollo. Iban a hacerla ahora con un europeo. El reinado de Maximiliano fué fugaz y el 19 de junio de 1867 el desgraciado príncipe, con dos generales, Miramón y Mejía, fué fusilado en el Cerro de Las Campanas. Concluye el autor que hemos citado con estas palabras: “Al sobreve-

---

(19).—González Peña, C., *Op. cit.*, págs. 209-210.

nir la restauración republicana en 1867, al menos en el orden político, México se había emancipado del régimen colonial". (20)

El cariz de las letras mexicanas durante este período, y precisando más, durante la tercera década del siglo, absorbe los latidos de luchas, triunfos y derrotas. Se destacan dos géneros literarios, la historia y la literatura de carácter político que se manifiesta en la prensa y en forma de folletos, los demás géneros propiamente literarios son escasos durante el torbellino revolucionario. Son temas predilectos la Patria y la Religión.

El estancamiento literario fué el resultado del incremento que asumió la política y la economía. Por ley natural, cualquier forma de gobierno que tomara las riendas, tenía que preocuparse por el bienestar de la recién nacida República Mexicana.

En el período de transición del siglo XVIII al XIX, se opera en Europa bajo el nombre de Romanticismo, un movimiento no solamente literario, sino de ideas en que todos los países civilizados del Continente participaron. Es en Inglaterra y en Alemania donde aparecen los primeros retoños del Romanticismo. La literatura de estos dos países durante la segunda mitad del siglo XVIII contenía ya la semilla de las corrientes intelectuales que más tarde había de germinar en el nombre del Romanticismo. Inglaterra tuvo desde el año 1742, época en que el escritor Eduardo Young empezó a publicar sus *Noches*, una literatura cada vez más influenciada por una sensibilidad afín de la romántica. Las obras de Richardson (autor de la famosa novela *Clarisse Harlowe*), de Macpherson (*Ossian*), de Henry, de Goldsmith, de Perry, de Chatterton y, sobre todo, las obras poéticas de los que formaron la escuela *lakista* entre los que encontramos a Wordsworth (1770-1850), de Shelley (1792-1822), Keats (1795-1821), Coleridge (1772-1824), y por último la obra de Byron (1788-1824), y la de Walter Scott, representan en conjunto un proceso continuo y progresivo de la evolución y la formación de la nueva tendencia que había de cristalizar el movimiento romántico. El ambiente sentimental precursor

---

(20).—González Peña, C., *Op. cit.*, págs. 210-211.

del Romanticismo se manifestó con más efervescencia en Inglaterra, por su aislamiento y superior independencia espiritual. Fué en Alemania donde surgieron los primeros teorizadores y definidores del nuevo fenómeno literario. Existe también en Alemania una producción literaria precursora del Romanticismo; y ésta es el significado que tiene el movimiento literario, artístico y sobre todo crítico, denominado "Sturm und Drang", iniciado por Herder y Goethe. Dicho movimiento se revela "contra lo tradicional, contra todo lo preceptista de influencias anteriores y contra el culto rígido de la razón, proclamando el derecho a la inspiración, a la genialidad, con exaltación del entusiasmo, luchando contra cuanto fuera coacción sobre la libertad en el arte y en la vida". (21)

Ardua tarea sería para nosotros formular una definición que abarque el desarrollo y florecimiento del fenómeno romántico. Sin temor a equivocarnos podemos decir que se han dado tantas definiciones del Romanticismo, como críticos e historiadores literarios se han ocupado de él. En materia de artes y letras lo que hay que hacer, según aconseja Voltaire, es "guardarse mucho de esas definiciones engañosas, por medio de las cuales nos atrevemos a excluir todas las bellezas que nos son desconocidas o que la costumbre no nos ha hecho familiares". (22) Las definiciones del Romanticismo han sido tan abundantes y variadas que algunos historiadores de la literatura como G. Michaut, P. Trohard y varios otros han convertido en un pasatiempo recopilarlas y oponerlas unas a otras. El periódico *Le Globe* "que por los años del 1824-1831 fué órgano exclusivamente literario, antes de convertirse al sansimonismo, dió tantas definiciones del Romanticismo como redactores tenía que se sintieran atraídos por el tema. La variedad tiene su explicación y es que las obras de la escuela romántica no se publicaron todas a la vez; el dogma literario de los autores jóvenes estaba en un proceso de formación y cada uno aportaba no sólo lo que la realidad de las obras podía justificar,

---

(21).—Mercadal, J. García. *Historia del Romanticismo en España*, España, Co., Ed. Labor, S. A. 1943. Pág. 41.

(22).—Picard, Roger. *El Romanticismo Social*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1947. pág. 11, Cit.

sino también sus propias aspiraciones, y todo lo que en un lector pueda añadir de su cosecha a lo que lee." (23).

Los siguientes caracteres pueden considerarse como esenciales entre los múltiples y heterogéneos del Romanticismo: el simbolismo, el panteísmo, el subjetivismo, el sentido religioso del amor, el optimismo sentimental, el anhelo del Infinito, la pasión por el Oriente y los países mediterráneos, la exaltación idealista de la Edad Media, el cosmopolismo intelectual, una idea profundamente religiosa de la humanidad, el nacionalismo, la devoción a todo lo popular, típico y tradicional, el sentimiento místico de la naturaleza, el sentido musical. En la literatura española del siglo XIX se aclimataron casi todas estas tendencias características con mayor o menor intensidad. Fué un movimiento revolucionario que abarcó desde la política a las letras. En la política el Romanticismo encarna el espíritu liberal en pugna con el espíritu conservador; "en la historia, la Edad Media y a veces la Moderna frente a la Antigüedad; en la religión, el Cristianismo y la fe frente a la razón; en la sociedad, el individuo libre y dueño absoluto de su yo frente al sentido colectivista del siglo dieciochesco; en la Naturaleza, lo "pintoresco y salvaje" rousseauniano frente a la simetría de los jardines versallescos; en las letras, la libre inspiración frente a las reglas y fórmulas clásicas." (24) A llevar A/ concretamente el tema al orden literario, nos encontramos con una dualidad: un aspecto histórico y uno estético. En el primero notamos una evocación de la Edad Media y valoración de ciertos aspectos del pasado, desechados por la centuria clásica anterior. En el segundo percibimos el sentimiento de la naturaleza. El siglo XVIII fué una época de reglas clásicas, el XIX había de ser "indisciplinado, anárquico." En las páginas preliminares de la obra *Herman o la vuelta del cruzado*, escritas a manera de prólogo por don Carlos González Peña, nos dice este último: "En el orden literario, lo romántico es lo opuesto a lo clásico. Frente a la poesía clásica, nacida de la imitación de los antiguos, se erige la románti-

---

(23).—Picard, Roger, *Op. cit.*, pág. 13.

(24).—García Díaz, Manuel. Cinco comedias originales de D. Manuel Eduardo de Gorostiza, Tesis doctoral, México, 1951. pág. 83.

ca, nacida del Cristianismo y la caballería. Constituyó el Romanticismo una verdadera revolución en las letras: contra las reglas estrechas de la razón, se insurreccionó la libre fantasía de la imaginación; contra la severidad del gusto ideal, la tumultuosa complejidad de la naturaleza; contra el culto fanático de la antigüedad, la evocación de la Edad Media y la simpatía por los temas del vivir contemporáneos.” (25)

Un “estado sentimental” más que una moda literaria predominó “en que, en un momento dado de la civilización, tuvo por escenario al mundo. Más allá de la literatura trascendió a todas las artes: a la pintura, a la escultura, a la música. Se infiltró en las costumbres. Percibimos un cierto modo de ver, de vestir, de hablar, de sentir. Percibimos un paisaje romántico, como un romántico atavío. Se es romántico en la parla como en el amor. Privan sobre todo, en el romanticismo, imaginación y sensibilidad.

“Y precisamente en esta forma de sentimiento —de “sentimiento romántico”— fué como aquella novedad literaria trascendió a México casi contemporáneamente ~~en~~ su entronización en Europa. Fué el elemento lírico y subjetivo el que se impuso aquí”. (26)

Durante esta época de turbulencia en la historia de México, ¿fructificaría esta nueva tonalidad literaria conocida por el Romanticismo? ¿Cómo había de influir en el desencadenamiento del torbellino romántico las vicisitudes políticas? En el palenque literario dos bandos rivales batallaban, ¿cuál sería el resultado de la lucha entre estas dos facciones, los clásicos y los románticos? ¿Podrían éstos llegar a la reconciliación? En su obra *La Vida Literaria de México*, don Luis G. Urbina nos dice de una manera muy lúcida cuál era el ambiente propiamente dicho al hacer su aparición en México el fenómeno romántico. Oigamos al autor arriba citado cuando nos dice:

---

(25).—González Peña, C. Páginas preliminares a la obra *Herman o la vuelta del cruzado*, de F. Calderón, México, 1945, pág. V.

(26).—González Peña, C. *Historia de la literatura mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días*, 4a. ed. México, 1949, págs. 217-218.

“Bien es verdad que México se prestaba entonces al desarrollo de ese modo hiperestesiado de sentir y de esa libertad de expresar que en España misma habíase apoderado de la poesía lírica y de la dramática, y desde Don José Mariano de Larra y Don Angel Saavedra, hasta Espronceda y Zorrilla, mostraba ya un cambio radical que bruscamente la apartaba del artificio neoclásico y de las odas moratinianas y de las altisonantes, de la desproporcionada sonoridad de Quintana y Cienfuegos. El romanticismo era una rebeldía contra todo eso: era una reacción. Y nos halló preparados para recibirlo. El medio de agitación y de conmoción incesante; nuestras costumbres caballerescas y legendarias; el amor de reja y serenata, de retablo nocturno y desafío; la vida popular del hampa y truhanería; la profunda división en las ideas, que engendraba delirantes afectos y frenéticos odios; la inquietud espiritual; la ancestral inclinación al sentimentalismo y el ensueño; los contrastes y antítesis de una existencia en la que iban revueltos místicos que leían a Santa Teresa y ateos que estudiaban a los Enciclopedistas; los muros claustrales que encerraban plegarias y los cuarteles de donde salían ruidos bélicos; las conspiraciones de los conventos; las citas secretas de los masones; las bendiciones de los puñales; los juramentos bajo la luna; las apasionadas historias con su escala de Romeo y su túmulo de Julieta; las mismas ciudades coloniales con sus largas tapias de jardín, sus calles solitarias, sus noches luminosas y silenciosas, hasta la misma naturaleza placida; las lejanías diáfanas; las montañas de azul cobalto; las llanuras de sendas grises y manchas de verde esmaltado, todo, la sociedad, el alma, el cielo y el suelo, eran a propósito para recibir y difundir la nueva manifestación literaria. Nuestro ambiente, el ambiente de esa parte de América, era, es incurablemente romántico. De modo es que poseíamos los elementos psíquicos; la expresión nos vino de fuera; la emoción la teníamos ya; era nuestra desde hacía muchos años. Un gran pensador —y probablemente el más alto de nuestros pensadores— afirma que toda nuestra literatura poética, desde 1830, es romántica. La forma de las obras realistas —dice en 1895— es la que ha influído sobre nosotros, no la tendencia, el espíritu no, o muy poco; románticos hemos sido

y seremos largo tiempo, a pesar de las transformaciones que sufren las escuelas de nuestros maestros de Ultramar". (27)

El Romanticismo, revolución estética, hizo su erupción en la literatura mexicana a su debido tiempo. Don José Joaquín Fernández de Lizardi, como ya hemos hecho mención, nos da una pobre imitación de las *Noches Lugubres* atribuidas a Cadalso, con su obra *Noches Tristes y Día Alegre*.

"El poeta argentino, residente en México, Juan Antonio Miralla, traduce, a principios del siglo XIX, la célebre *Elegía en el Cementerio de una Aldea* de Tomás Gray; Castillo y Lanzas vierte, por primera vez a Byron; Sánchez de Tagle y Ortega leían y vertían al castellano fragmentos de Juan Jacobo Rousseau y de Lamartine. Al consumarse la Independencia México vivía, por lo tanto, en plena atmósfera romántica". (28)

Las luchas civiles y las contiendas políticas que habían consumido parte de las energías nacionales, produjeron en México hacia el 1830 una exacerbación individual muy exaltada. Amén de las luchas arriba citadas, "el romanticismo se respiraba en todas partes: en las celdas y claustros de los conventos: en los cuarteles, en las calles ensombrecidas de la ciudad, en las plazas espaciosas". (29)

"Si la inspiración primera viene de los modelos europeos vertidos directamente al español por los poetas mexicanos conocedores del francés, del inglés, o del italiano, la influencia del romanticismo más tarde se manifiesta, casi exclusivamente, a través del romanticismo español. En la lírica: Espronceda; en el teatro, el Duque de Rivas, más bien García Gutiérrez, después Zorrilla. Sin embargo, el romanticismo francés no es ajeno al mexi-

---

(27).—Urbina, Luis G. *Op. cit.*, págs. 97-98.

(28).—Jiménez Rueda, J., *Letras Mexicanas en el Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, (1944), pág. 89. Colección Tierra Firme, Núm. 3.

(29).—Jiménez Rueda, J. *Historia de la Literatura Mexicana*, 4a. ed., México, Ed. Botas, 1946, pág. 170.

cano. Los autores traducen a Hugo, Lamartine, Delavigne. A través de Francia se conoce al pseudo Ossian. Los alemanes suelen aparecer de vez en cuando: Shiller, Heine y los italianos: Monti, Manzoni". (30) *Schiller*

Si bien es verdad que la batalla romántica fué más encarnizada en Europa que en la América hispánica, en cambio México dió al mundo un ejemplo sin igual logrando, como tan acertadamente expone don Carlos González Peña, que clásicos y románticos "opuestos en política, pudieran convivir pacíficamente" en el palenque literario. Ambas tendencias artísticas bajo los influjos de ese "estado sentimental" a que hemos hecho alusión, comulgaban en el único centro literario de aquel entonces: la Academia de Letrán. Bellísimo gesto éste, símbolo de un sentimiento imperecedero de nacionalidad que no cabe duda ayudó a entronizar de un modo permanente ese acentuado sabor de mexicanidad que se saborea en la literatura de este país. Dicha actitud romántica invadió todos los campos y géneros literarios: la historia, la poesía, la novela, el teatro, la prosa y la literatura política. El romanticismo en la literatura mexicana, tema este rico y ameno a nuestro juicio, sería muy extenso a la vez para agotarlo en este trabajo, razón por la cual nos vemos obligados a ceñirnos al plan que nos hemos trazado, enfocando entre todos los géneros arriba citados, el de la novela romántica del joven escritor Juan Díaz Cevallos, quien ante todo fué un novelista "que aparece ser dentro de la incipiente novela mexicana de entonces el más genuino romántico".

Desde la desaparición de Lizardi, hasta la caída de Maximiliano (1827-1867), la novelística mexicana sufrió un eclipse inevitable como todos los demás géneros literarios y artísticos. Fueron cuarenta años de caos político, desorientación y pauperismo, que constituyeron el período romántico de la literatura mexicana. (31)

---

(30).—*Op. cit.*, pág. 171.

(31).—González Peña, C., *Historia de la literatura mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días*, 4a. ed. México, 1949, pág. 259.

Aparecen tres novelistas que aunque mediocres son representativos de la era romántica. Todos pasaron a mejor vida a muy temprana edad y quizás se hubieran superado de haber alcanzado más larga vida: uno murió a los 22 años, otro a los 29 y el tercero a los 35. Con Fernando de Orozco y Berra (1822-1851), hace su aparición la novela de tipo romántico. Fué médico, comediógrafo, periodista, poeta y novelista. Solamente nos legó una novela que gozó de mucha popularidad en su época: *La Guerra de Treinta Años*, historia de su vida en la que relata sus propias experiencias con las mujeres a las que el título hace alusión.

Al igual que Orozco y Berra, Florencio M. del Castillo (1828-1863), estudió también medicina. Fué *El Mártir de Ulúa*. Durante la guerra con los franceses cayó prisionero de éstos y fué enviado intencionalmente al castillo de San Juan de Ulúa donde la fiebre amarilla acabó con él. Don Ignacio M. Altamirano se expresa en estos términos acerca de este autor: "Florencio del Castillo es, sin duda, el novelista de más sentimiento que ha tenido México, y como era además un pensador profundo, estaba llamado a crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelación de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, o el estudio de los caracteres, o la exquisita ternura que rebosa de sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, o bien el estilo elegante y flúido del diálogo: o la verdad de las descripciones, que son fotografías de la vida de México". (32) Romántico "por los cuatro costados" fué el más prolífico de los tres novelistas, pero carecía de vena novelesca razón por la cual no sobrepasó a los pocos novelistas de su época. En su tiempo se le llamó el Balzac mexicano, cosa errónea. Nos dice don Carlos González Peña de este autor que "su instinto dramático ahógase en lamentaciones sensibleras. Todo lo idealiza sin medida. Es insufriblemente pedantesco en sus digresiones y metafisiquos de mal gusto". (33)

---

(32).—Altamirano, Ignacio M., *La Literatura Nacional*, T. I, México, Ed. Porrúa, 1949, pág. 46.

(33).—González Peña, C., *Op. cit.*, pág. 261.

Con toda premeditación hemos dejado para cerrar este capítulo al autor que ha sido el tema de este ensayo. Nos referimos al malogrado poeta y novelista Juan Díaz Covarrubias, en cuya persona se perpetró uno de los crímenes más repugnantes de la historia de México. Nos concretaremos a analizar el aspecto romántico de su producción novelesca y además el costumbrismo como una modalidad de este momento estético.

### CAPITULO III

## EL ROMANTICISMO EN LAS NOVELAS DE JUAN DIAZ COVARRUBIAS

#### *Aclaraciones:*

Antes de proseguir con el análisis de la producción novelesca del autor arriba citado, a saber: *La Sensitiva* (1859), *Gil Gómez el Insurgente o la Hija del Médico* (1859), *La Clase Media* (1859) y *El Diablo en México* (1860), creemos oportuno hacer algunas advertencias pertinentes, para mayor claridad del trabajo.

El análisis que nos proponemos hacer no es puramente crítico o de carácter literario, sino un análisis con el propósito de determinar el contenido romántico de las obras arriba mencionadas. Personas de reconocida solvencia literaria se han ocupado de aquilatar el carácter literario del joven mártir de Tacubaya. Don Ignacio M. Altamirano nos brinda esta estampa del joven escritor: "Aquella vaga tristeza que no parecía sino el sentimiento agorero de su trágica y prematura muerte, aquella inquietud de un alma que no cabía en su estrecho límite humano, aquella sulevación instintiva contra una sociedad viciosa que al fin había de acabar por sacrificarle, aquella sibila de dolor que se agitaba en su espíritu pronunciando quién sabe qué oráculos siniestros, aquella pasión ardiente y vigorosa que se desborda como lava encendida de su corazón: he aquí la poesía de Juan Díaz Covarrubias, he aquí sus novelas". (1)

---

(1).—Altamirano, Ignacio M., *La Literatura Nacional*, T. I, México, 1949. Ed. Porrúa. Pág. 50.

Ya hemos mencionado en el primer capítulo de este trabajo los géneros literarios que Juan Díaz Covarrubias cultivó. Vamos a oír un corto juicio crítico de este autor, emitido por don Carlos González Peña. Dice así: "la prosa de Díaz Covarrubias es flúida y amable; sus impurezas compénsanse con espontaneidad y simplicidad. Dialoga ágilmente. Sus narraciones son por lo común amenas, y sus descripciones vívidas. Tiene interés y emoción. Influido por Lamartine y muy particularmente por Jorge Sand en su manera socialista, aparece ser dentro de la incipiente novela mexicana de entonces, el más genuino romántico. Advertimos, además, en su obra, una cordialidad, una efusión, que robustece el concepto que acerca del autor de *La Clase Media* estampó Altamirano: "tenía una inmensa bondad, un corazón de niño y una imaginación volcánica". (2)

Es verdad que en los novelistas de los alrededores del 1830 no se encuentran en ellos impreso el sello de un buen gusto. Los caracteriza un rasgo común, el de ser excesivos y redundantes, el de una marcada propensión a exagerar las pasiones hasta rayar en lo ridículo. Sus obras están saturadas de una melancolía espiritual tan arraigada, que a veces agobía el espíritu del lector. Están "cargadas de negras tintas y así resultan cuadros sombríos, agobiadores que estrujan el corazón y convierten en desalentador pesimismo el ímpetu creador del artista". (3)

Notamos en su estilo y en la expresión de sus infortunios, una marcada similitud con sus congéneres especialmente con Fernando Orozco y Berra. Juan Díaz Covarrubias igual que Florencio María del Castillo se preocupaba y amaba al pueblo, y por éste se sacrificó.

La vida aciaga y azarosa de esta pléyade de escritores que florecieron durante la tempestuosa década de 1853 a 1863, durante la cual sucede la dictadura de Santa Ana, la rebelión de Ayutla, el gobierno de Comonfort, las revoluciones, la guerra de Reforma

---

(2).—González Peña, C., *Op. cit.*, pág. 259.

(3).—Jiménez Rueda J., *Historia de la Literatura Mexicana*, 4a. ed., México, Ed. Botas, 1946, pág. 199.

y la invasión francesa, está íntimamente vinculada con la creación de sus obras. El talento de estos vates brilló en medio de las negras nubes de la política. De un carácter patriótico y liberal se hallaban en una lucha tesonera, en una pugna encarnizada contra un ambiente hostil, perseguidos por sus enemigos políticos. Sus escritos son el reflejo de sus impresiones sentidas, henchidas de ideas patrióticas y de un odio y una saña terrible contra la tiranía y el fanatismo.

Después de haber ofrecido el fondo histórico-literario en los dos capítulos iniciales de nuestra tesis, procedemos ahora con el propósito primordial. Haremos un análisis particular de cada una de las novelas del autor extractando el contenido romántico y a la vez daremos parcialmente las conclusiones a que llegaremos en nuestro trabajo.

Una vez hechas las advertencias o aclaraciones que queríamos hacer, pasamos al análisis de las obras.

## LA SENSITIVA (4) (1859)

### *Argumento.*

Luisa es una joven pura, tierna y delicada que ha cumplido ya diez y seis años, los que ha vivido todos al calor de su buena madre. El cultivo de las flores y sus excursiones por los campos han constituido hasta esta edad sus únicos placeres. A pesar de su constitución enfermiza, Luisa es afable y cariñosa e incapaz de exhalar una queja o una blasfemia.

Le preocupa profundamente su porvenir y el desamparo en que quedaría si su madre ya anciana le faltase y así pasa la ma-

---

(4).—Díaz Covarrubias, Juan. *Obras Completas de Juan Díaz Covarrubias*, México, Tip. de Manuel Castro, Escalerillas Núm. 7, 1859, pág. 3.

Para nuestro análisis nos atendremos a esta edición. Todas las citas y páginas se refieren a esta edición de las obras del autor, de la cual poseemos un ejemplar.

yor parte de las horas del día sumida en la incertidumbre de estas contemplaciones.

Una tarde Luisa sale al huerto y al reclinarsé bajo uno de los sauces cercanos a la tapia escucha ensimismada las dulces vibraciones de un arpa y una voz que canta unas estrofas. La canción va dirigida a ella y al cesar el canto emprende pausadamente el camino hacia su habitación. Esa noche no puede conciliar el sueño.

Al siguiente día se dirige instintivamente al mismo sitio que el día anterior y a la misma hora, y de la misma manera oye otra vez la voz del trovador. Apenas termina la canción, cuando cae a sus pies un billetito cerrado con esmero. No se atreve a recogerlo; su corazón palpita apresuradamente y echa a correr hasta su habitación donde cae casi desfallecida, por la violencia de la carrera, en un sofá de su recámara.

Después de una lucha entre su corazón y su voluntad sale a buscar el billete que estaba en el mismo sitio. Lo toma y vuelve a su cuarto donde permanece largo rato sin atreverse a abrirlo. Al fin se acerca a la luz de la bujía y al leerlo ve que es una ardiente declaración de amor que dice así:

“Luisa: ¿Se puede veros sin amaros? Yo os he visto y os he amado. Yo soy el que hace más de dos meses os sigo a todas partes. ¿Me amaréis? ¡Ah! si no fuese así, dentro de una semana estaré lejos de aquí”.

*Fernando.*

Entonces Luisa se acuerda de un apuesto joven que hace algún tiempo la sigue a todas partes y cuando va al templo sus miradas la persiguen.

Por fin se realiza el noviazgo y Luisa por primera vez ama apasionadamente. Fernando correspondiendo a esta prueba de cariño se muestra cada vez más ardiente y consecuente. La pareja es feliz amándose mutuamente.

Pero sucede que esta mutua comprensión, este lazo amoroso que vincula a estos dos corazones, es amenazado por la llegada del marqués X que viene a pasar en compañía de su única hija Isabel, una temporada en el campo en busca de nuevos placeres. El dicho marqués es uno de esos ancianos mariposas, que después de haber apurado la copa del placer durante su juventud, aún le gustan los goces palpitantes de la sociedad y habiendo perdido todo el brillo de antaño, ha concentrado todo su cariño en las personas más allegadas a él, especialmente su hija Isabel, hija única que atrae a su casa una pléyade de jóvenes y éstos arrastran consigo una infinidad de placeres. Es Isabel una joven de una belleza extraordinaria, y por lo tanto es admirada y adulada por todos los hombres. En cada hombre ve ella un amante y en cada amante un juguete.

Sucedió lo aborrecible. Fernando se prenda de la belleza de Isabel y de la pasión que le brindan sus labios. No ha olvidado a Luisa y reconoce su pureza e inocencia. Siente un remordimiento espantoso y quiere huír, implorar el perdón de Luisa, pero se siente impotente ante una mirada o una sonrisa de la encantadora cortesana.

El marqués decide volverse a la corte y Fernando, ciego de pasión, abandona el hogar para seguir a Isabel.

Mientras tanto, ¿qué es de Luisa? Al principio extraña las visitas de Fernando y su marcada indiferencia y acaba por comprenderlo todo. Su único lenitivo es llorar. Se ha tornado melancólica, abatida y al parecer resignada. Durante las altas horas de la noche, corre por el jardín y se detiene en aquellos parajes donde alguna vez estuvo al lado del ingrato y les demanda a las flores y a los árboles recuerdos de su amor. Se abraza a ellos murmurando palabras incoherentes.

Su rostro ha adquirido una expresión de angustia y se siente ser una mujer abandonada con sus recuerdos, que ni goza de un presente y desconfía del porvenir.

Una noche sale a vagar por el huerto llorando su desgracia y oye el eco de una música lejana. Guiada por los acordes se detie-

ne delante del piso bajo de una quinta brillantemente iluminada de donde proceden los acordes. Se acerca a una de las ventanas y ve pasar un tropel de mujeres elegantemente ataviadas danzando en los brazos de gallardos jóvenes. De repente Luisa alcanza a ver a Fernando e Isabel en medio de aquella confusión de parejas, enlazados dulcemente, y cae desmayada exhalando un débil quejido.

Dos días después de ocurrir esta escena, Fernando abandona su casa en pos de Isabel.

Ha pasado un año. El invierno está en toda su plenitud. Luisa está recluida en cama víctima de una afección mortal en el pecho. Aún se observa en su rostro vestigios de aquella hermosura de sus años juveniles. Su respiración es penosa y agitada. A su lado está su madre que la contempla entristecida. La joven presente que la muerte está cercana y le pide a la madre como último favor que la lleve a contemplar por última vez las flores de su jardín, mudos testigos de su desventura.

Madre e hija se estrechan en un abrazo de despedida final y la primera toma a su hija en los brazos y envuelta en sus frazadas la coloca sobre sus rodillas en el vestíbulo que da frente al jardín. La luz del crepúsculo imparte a las flores una apariencia de tristeza que se refleja en los ojos de la enferma. La madre lleva luego a la enferma a la cama y empieza a percibirse levemente el estertor de la agonía. De repente se incorpora en su lecho y le dice a la madre con voz débil y entrecortada que quemee las cartas de Fernando y que le ponga el vestido blanco que tanto usaba en días ya pasados y que al morir lleven su féretro al camposanto sin pompas, acompañado solamente por aquellos seres que la han amado. Le pide además a la autora de sus días, que si alguna vez después de que su cuerpo se haya convertido en ceniza, algún hombre preguntase por ella, le enseñe su sepultura y le diga que murió amándole y que su último pensamiento fué para él. De repente se abre la puerta de la habitación violentamente y entra Fernando con el rostro pálido y avanza hacia el lecho de la joven, quien al verle se pone de pie y cae en los brazos del recién llegado y reuniendo todos sus esfuerzos exclama: —¡Fernando!

Los dos amantes se estrechan mutuamente sin decir una palabra y Fernando arrepentido llega a tiempo para ser testigo ocular de la agonía de Luisa y para recibir el último beso. Este se aleja del recinto y algunas tardes se le ve volver al camposanto a llorar sobre un sepulcro cercado de sensitivas donde sólo hay esta inscripción: ¡Luisa!

### *Contenido romántico*

Iniciamos el análisis del contenido romántico de esta obra con el estudio del personaje femenino más importante en la novela que se llama Luisa y su afinidad con el título. Surge inmediatamente a través de la descripción del autor el arquetipo de la mujer idealizada por los románticos. Al describir el personaje arriba citado, nos traza la silueta femenina soñada por el autor. Es Luisa producto de la circunstancia del autor que anhela que sea una proyección de su espíritu, como podría ser un paisaje o la sociedad. Nos la describe como “una niña pura como la gota de rocío”, rasgo de la belleza moral, “inocente y sencilla como la primera sonrisa del niño, tierna y delicada como esa planta que los poetas llaman Sensitiva, ese vegetal siempre enfermo que parece llevar en su misma organización un germen de muerte”. (5) Estas últimas líneas nos indican una de las características principales del romanticismo: afición a lo morboso con cierto ambiente fúnebre.

Otra de las características del Romanticismo que se manifiesta en la obra, es la combinación de la prosa y el verso en la misma obra. (v. g., *Don Alvaro*, que a partir de la quinta escena de la jornada primera, se entrelazan el verso y la prosa). La soledad una de las constantes de todas las épocas barroco-románticas se vislumbra también en el siguiente pasaje. Luisa una tarde “que adormida en sus meditaciones se hallaba reclinada bajo uno de los sauces cercanos a las tapias de su huerto, interrumpieron instantáneamente la calma de aquellas soledades las dulces vibraciones de un arpa, y se confundieron con el murmullo de las hojas que el viento del otoño arancaba de los árboles.

---

(5).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 3.

“Después una voz dulce y armoniosa moduló estas estrofas que Luisa escuchó con avidez:

*Abre las rejas de tus balcones  
Oye los ecos de mi cantar,  
Y de mi lira los dulces sonos  
Ven un momento, ven a escuchar*

*¡Nivea paloma de mi cariño  
Por quien suspiro, lánguida hurí,  
Con talle de hada y alma de niño,  
No sé qué siento desque te ví”. (6)*

La voluntad de gloria que en la temática del romanticismo no es otra cosa que la proyección del yo en la vida social, se vislumbra en la siguiente estrofa:

*“Yo soy el bardo de los festines,  
Canto las glorias, canto el amor,  
Recorro a veces bellos jardines  
Con mi arpa dulce de trovador”. (7)*

Las alusiones al nocturno en que la luna y la noche cobran valor por sí mismas, constituyen otro tema que se repite copiosamente entre los escritores románticos. Notamos a prima facie cierta tangencia entre Juan Díaz Covarrubias y Gustavo Adolfo Bécquer al tratar este tema. Para este último la luna es un “astro tan bello, tan puro, tan melancólico que ha inflamado la imaginación de los más grandes poetas”. (8) Juan Díaz Covarrubias al cantarle a la luna la llama “tímida y dudosa entre nubes argentaba dulcemente las copas de los sauces y de los sicomoros del jardín”. (9)

La pasión por lo nocturnal y funéreo; el espectáculo de la naturaleza dormida con todos sus elementos, la noche, ruidos ex-

---

(6).—*Op. cit.*, pág. 4.

(7).—*Ibid.*, pág. 5.

(8).—Bécquer, Gustavo Adolfo., *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, S. A., de Ediciones. 1950, pág. 1091.

(9).—Díaz Covarrubias, Juan., *Op. cit.*, pág. 5.

traños que en el silencio se magnifican y nos hacen ver visiones fantasmales. He aquí un pasaje que nos recuerda *Las Noches Lúgubres* atribuidas a Cadalso: "Era cerca de media noche; reinaba un silencio profundo, interrumpido sólo alguna vez por uno de esos ruidos vagos y lejanos que parecen suspiros exhalados por la naturaleza dormida, ruidos insólitos y sin nombre que en esas altas horas de la noche nos hacen estremecer involuntariamente trayéndonos a la memoria esas viejas leyendas que en horas más serenas de tiempos que ya fueron, hemos oído relatar". (10)

Notamos la tangencia aludida en el párrafo anterior en la noche primera de *Las Noches Lúgubres* que empieza así: "Tedia-to —. . . ¡Qué noche! La oscuridad, el silencio pavoroso, interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazón. El cielo también se conjura contra mi quietud, si alguna me quedare". (11) En ambos pasajes es romántico el sentimiento del autor, romántico el escenario con su telón de fondo de soledad en la noche.

Ubicado dentro de la temática del romanticismo se encuentra lo sentimental amoroso que los románticos elevan a un primer plano de interés, característica ésta del Romanticismo literario. Siendo así, la constante del amor y su interpretación es tema predilecto. Oigamos a Juan Díaz Covarrubias interpretando este sentimiento:

"En el amor hay miradas, hay palabras, hay confidencias que forman la vida mística de un ser, que nunca la pluma de un escritor puede llegar a describir. Cada mirada es la historia de un poema de delicia. Cada palabra encierra todo un mundo de ilusiones, cada confidencia hace nacer un paraíso dentro de un corazón. El amor es el lazo que une los eslabones de la cadena social: tal vez será palabra que se escribe en el agua, acaso tempestad de verano que se lleva el viento; pero único ropaje que cubre y

---

(10).—*Ibid.*, pág. 6.

(11).—Cadalso, José. *Noches Lúgubres*, en Díaz Plaja, Guillermo, *Op. cit.*, pág. 252.

engalana la momia de la vida". (12) Bécquer nos dice que "es la suprema ley del universo: ley misteriosa por la que todo se gobierna y rige". (13)

¿Es que no podría decirse que en Juan Díaz Covarrubias encontramos un romanticismo de lamentación? Oigámosle en este canto de desaliento cuando dice:

"Hay en la vida una enfermedad incurable que se desarrolla en el corazón cuando la sociedad se burla de nuestras creencias; cuando habiéndole dado cariño e ilusiones, nos vuelve odio y desengaños, mal espantoso que presenta diversos períodos. En el primero lloramos mucho al ver burladas así nuestras esperanzas, y dudando aún de tanta ingratitud, se conserva una ilusión vaga en medio de esas lágrimas: ése es el sufrimiento. En el segundo, cuando perdemos ese último destello de fe, se va concentrando en nuestro corazón toda la hiel que el mundo nos ha dado a probar, y le volvemos odio por odio, sarcasmo por sarcasmo". (14) Palpa la realidad, siente las ingratitudes de la sociedad que lo arrastra al dolor, a la amargura y a la frustración. "Entonces, caído ya el ropaje del esqueleto de la existencia, lo mismo da ser o no ser, vivir hoy que morir mañana". (15)

Hemos dado por terminado el análisis del contenido romántico de la novela *La Sensitiva*. Procederemos a hacer un resumen de nuestro análisis para establecer con brevedad y la mayor claridad posible, las conclusiones particulares a que nos ha llevado dicho análisis.

### Resumen

En su novela *La Sensitiva* (1859) el autor se nos revela como un auténtico romántico, prototipo del escritor del ambiente literario de su época. Como en toda novela romántica predomina el sentimentalismo que satura el ambiente y a los personajes prin-

---

(12).—Díaz Covarrubias, Juan., *Op. cit.*, pág. 6.

(13).—Bécquer, Gustavo Adolfo. *Op. cit.*, pág. 691.

(14).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 9.

(15).—*Ibid.*, pág. 10.

cipales, a Fernando y a Luisa. Esta última muere de amor por Fernando y tiene la dicha de que él llegue a tiempo para ser testigo de su agonía y recibir el último beso. He aquí el sello indeleblemente romántico: la idealización del amor, luego el desencano, el dolor y la desesperación, y como final, la muerte.

Dista la obra de ser una novela en toda la acepción de la palabra. Es más bien un boceto novelesco, de tema sencillo, con sus personajes debidamente ubicados dentro del ambiente que el autor quiere proyectarnos, ambiente fácilmente perceptible para el lector de aquella época. El autor descuida algunos de los elementos integrantes de la obra. Por ejemplo, nos referimos al predominio excesivo de lo sentimental amoroso que en este caso vendría a constituir el elemento de ideas y sentimientos. Este descuido ocasiona un desequilibrio en la obra que se acentúa más por la brevedad de la misma.

Tanto el estilo como el lenguaje es fácil y corriente y con cierta tendencia al cuadro. El sentimiento del paisaje por lo nocturnal es de carácter emotivo.

## C A P I T U L O I V

# GIL GOMEZ EL INSURGENTE O LA HIJA DEL MEDICO

(1859)

*Novela Histórica*

*Argumento*

### *PRIMERA PARTE*

En las inmensas llanuras que se hallan hacia el sur en el Estado de Veracruz, está situada la pequeña aldea de San Roque con una población de seiscientos a ochocientos habitantes, la mayor parte labradores indígenas y media docena de acomodados labradores, antiguos guardias de las milicias del Virrey, retirados ya del servicio, "restos de la aristocracia de segundo orden, cuya decadencia comenzaba ya en aquella época".

Reside en este aislado villorrio un anciano doctor que después de haber ejercido su profesión por largos años en Europa y la Nueva España, se ha recluido en este lugar hace poco tiempo con su única hija, hermosa criatura de diez y siete años de edad, llamada Clemencia, fruto de su amor con una joven inglesa ya muerta.

Gil Gómez, protagonista de esta novela, camina en dirección de una calle sombría de árboles donde ésta situada la residencia del doctor. Su misión es la de entregar una misiva que le envía Fernando, hermano de Gil Gómez, a su novia Clemencia, la hija del doctor.

Esta toca el piano y el doctor estudia en su gabinete. Se acerca Gil Gómez pausadamente para no atraer la atención de Leal, el perro de la familia, y al asomarse por la ventana puede admirar el interior de la estancia, muy sencilla y ordenada. La joven está sentada al piano preludiando la música de una melancólica balada inglesa que una joven dirige al amado de su corazón, en el momento en que éste parte a lejanas tierras, en busca de fortuna y gloria en la guerra. Cada estrofa termina con un "Farewell, forget me not".

Gil Gómez se queda extasiado contemplando aquel cuadro de belleza y al querer avanzar protegido por los sonidos del piano, causa un leve ruido que despierta al perro y éste empieza a ladrar. Resuelve alejarlo de la estancia y se interna en un bosquecillo que queda en uno de los costados de la casa, produciendo un ruido en una de las vidrieras que sólo el animal percibe. Leal se aleja ladrando fuertemente hacia el interior de la casa. Aprovechando la ida del can, Gil Gómez atrae la atención de la joven con leves golpes en el cristal de la ventana y le entrega la carta de Fernando, que dice así:

"Clemencia:

"Mañana debo partir, hoy, como ya acaso sabrás por el doctor que ha hablado con mi padre, ha llegado el despacho y la orden del señor Virrey Venegas.

"Tenemos muchas cosas que decirnos por última vez.

"Si me amas, espérame esta noche al dar las doce junto a la puertecilla del jardín que da a los campos, donde podremos hablar libremente, porque esta noche no debe ir mi padre a visitar al doctor.

"¡Ah! ¡Por qué triste motivo nos juntamos!

"Adiós.

"Fernando".

¿Cómo había nacido este amor entre los dos jóvenes en esta aldea solitaria? Veamos. Fernando es hijo de un noble y honrado plantador de tabaco y hacendado de aquella provincia que ha pasado una gran parte de su juventud en un colegio de la Puebla de los Angeles y ha vuelto a su hogar a vivir al lado de su padre. Muchacho de nobles sentimientos, instruído, respetuoso, de finos modales y con un aire de melancolía y distinción aristocrática. No solamente estas cualidades adornan la persona de Fernando; es artista por inspiración y nacimiento.

Dotado de tantos atributos personales y espirituales, sucedió lo que era natural. Fernando al volver del colegio conoce a Clemencia. Esta hace cuatro años que habita en la aldea. Entre ellos brota una mutua comprensión al calor de la íntima amistad ya establecida entre el doctor, padre de la joven, y Don Esteban el padre de Fernando. Estos se visitan mutuamente acompañados de sus hijos.

La semejanza de edad, de carácter, de costumbres, de inclinaciones, de pensamientos une a estos jóvenes en una vida común de pura amistad, primero, luego degenera en un tierno noviazgo y los enamorados acaban por no poder vivir sin verse. Pasan ambos el día en una inquietud propia de los enamorados, esperando que llegue la hora de las ocho, hora en que el padre de Fernando, acompañado de éste, acuden a la acostumbrada visita. Al llegar, los jóvenes se aíslan de los viejos y el amoroso coloquio se prolonga hasta las diez de la noche, hora en que se despide el hacendado del doctor y de su hija.

Los padres de éstos parecen regocijarse de los amores de los jóvenes y del resultado que vendría a estrechar más los lazos de amistad entre las dos familias. El doctor, que no ve mal la amistad que reina entre su hija y el hijo de su antiguo amigo, les proporciona todas las oportunidades para que se vean. Los domingos y días festivos son para los jóvenes motivo de placer. Asisten a misa en la que Gil Gómez oficia de sacristán. Al terminar los servicios Fernando los acompaña hasta su casa y

muchas veces pasa el resto del día junto a ellos a instancias del doctor.

El padre de Fernando, como todo padre provinciano, cree que su hijo no puede labrar fortuna sino lejos del hogar, estudiando una carrera o trabajando. Una circunstancia viene a convertir en realidad el pensamiento del hacendado.

El Virrey Venegas desembarca en Veracruz con su séquito, con toda la pompa de la época colonial y entre su escolta militar llega un hermano menor de don Esteban con el grado de Brigadier. Tres días después del desembarco del Virrey se presenta el militar a visitar a su hermano después de una ausencia de treinta años.

La alegría de los hermanos es indescriptible y hablan de sus vidas y de sus familias. Don Rafael, que así se llama el militar, está ansioso por conocer a su sobrino Fernando. Al verlo tan gallardo y tan apuesto hace la observación de que un uniforme de teniente de la guardia particular del Virrey le cuadraría muy bien. Se dibuja en el rostro de Fernando un leve gesto de contrariedad.

Antes de proseguir con nuestra narración, daremos a conocer el pasado de Gil Gómez y cómo llegó a formar parte de aquella familia honrada.

Una tarde, al regresar don Esteban de un viaje, lo reciben los criados con la noticia de que esa misma mañana encontraron debajo de los árboles de la huerta una cuna con un niño de un año, poco más o menos, y una carta rogándole se hiciera cargo de la criatura.

El hacendado, hombre de noble corazón, se alegra del hallazgo y ve un compañero para su hijo. Le asigna una nodriza y le bautizan con el nombre de Gil Gómez, apellido éste de don Esteban. Crece el muchacho con muy poco apego al estudio; pero es muy diestro montando a caballo y cazando. Los dos muchachos se quieren entrañablemente; uno, tímido, estudioso y

melancólico y el otro, travieso, alborotador y alegre, pero ambos tienen buenos sentimientos.

Cuando Fernando cumple los quince años su padre le envía a Puebla de los Angeles a un seminario de la Compañía de Jesús a estudiar. Gil Gómez se empeña en acompañar a su hermano como criado, pero el padre decide que estudie también. La llegada de Gil Gómez, muchacho flaco, largo y huesudo, causa una gran sensación en el colegio. Al cabo de cuatro años, regresan al hogar y como Gil Gómez ha aprendido un poco de latín, es solicitado por el cura de San Roque para ayudar en los oficios de la iglesia. Además, desempeña el oficio de practicante de medicina, ayudando al doctor Fergus el padre de Clemencia.

El Brigadier Don Rafael, el tío de Fernando, envía un despacho al Virrey don Francisco Javier Venegas a favor de su sobrino, solicitando su asignación como teniente en el cuerpo de dragones de la reina. Al saber esto Fernando y Gil Gómez van esa noche a darle la noticia a Clemencia y ésta la recibe con lágrimas en los ojos. Dos días después de esta entrevista regresa el emisario que el Brigadier había enviado con el nombramiento al Virrey. Trae una comunicación urgente para el militar pidiéndole se una inmediatamente a él, ya que las circunstancias así lo requieren. Se ha descubierto una conspiración en Querétaro, con extensas ramificaciones en las provincias de Guanajuato y aquella región. Teme el Virrey un alzamiento en toda la Nueva España. Además recibe la confirmación del nombramiento de su sobrino con instrucciones de apersonarse inmediatamente en San Miguel el Grande, en la provincia de Guanajuato e incorporarse a la compañía de guarnición que está bajo el mando del capitán don Miguel de Allende. Se suscita una alarma en la estancia con las órdenes que dicta el Brigadier, quien se dispone a partir no sin antes ~~de~~ enterar a su hermano, a Fernando y a Gil Gómez, de los pormenores.

Don Esteban se dirige a la casa del doctor Fergus a comunicarle la noticia, que la recibe con tristeza por el sufrimiento que

esta separación le va ocasionar a su hija. Le promete Don Esteban al doctor que si la joven sufre demasiado, hará que su hijo regrese a casarse con Clemencia.

Al principio de nuestra narración, como debe recordar el lector, Gil Gómez logra entregar la carta de Fernando a Clemencia, enterándola de su partida y su deseo de despedirse de ella esa noche. La entrevista se efectúa a altas horas de la noche en el jardín donde los jóvenes, entre besos y caricias, sellan su amor con un beso silencioso. Tiernas lágrimas ruedan por sus mejillas.

Fernando regresa a su habitación a terminar de hacer su equipaje y a las seis de la mañana su padre llega a avisarle que es hora de partir. Le pregunta por su hermano Gil Gómez y el padre le dice que lo ha enviado a hacerle una diligencia. Se abrazan padre e hijo y éste monta su caballo y se aleja haciendo un pequeño desvío del camino real, para pasar por detrás de la casa de su amada y verla por última vez. Ella estaba oculta y lo siguió con la vista hasta que se perdió en la lejanía.

## SEGUNDA PARTE

Gil Gómez es víctima de un ardid ingenioso por parte de su padre. Este, temeroso de que Gil siga a su hermano, lo envía al pajar por un objeto. Entonces echa la llave por fuera. Pero ya él tiene formado su plan para sentar plaza de soldado en la misma compañía de su hermano. El amor que siente por Fernando lo incita a realizar sus propósitos. Además cuenta con un caballo ciego, de su propiedad, y algunos reales que son sus ahorros de un año.

Permanece encerrado todo el día. Al anochecer, su padre abre la puerta y ambos regresan a la casa. Después de dar las buenas noches a su padre, Gil Gómez se retira a su habitación, hace la maleta y le escribe una carta pidiéndole le perdone su fuga.

Se cala dos pistolas viejas a la cintura y una espada. Ensilla el caballo y después de montarlo pica su cabalgadura y desaparece en la oscuridad al sonar la una de la madrugada.

Galopa toda la noche y todo el día, camino a San Miguel el Grande. Al caer la tarde se detiene en un mesón para comer y pasar la noche. Ordena comida y el posadero le dice que lo que había de comer se le ha servido a un fraile. Ordena pastura para su caballo y se dirige al cuarto del religioso con la esperanza de que comparta con él la comida. Mientras tanto ha observado el caballo del cura e inmediatamente concibe un plan para negociar su caballo ciego por el del sacerdote.

Llega al cuarto del franciscano que está sentado frente a una mesa con algunos platos de alimentos, una verdadera torre de tortillas y un enorme vaso de pulque. Lanza Gil Gómez algunas indirectas encaminadas a conseguir que el cura comparta con él la comida y en vista de que no consigue nada, le pide abiertamente que le dé por lo menos una tortilla, frijoles y un poco de mole, para confeccionar un taquito y calmar su hambre, pero el cura se lo niega rotundamente. Al ver tal crueldad decide vengarse y consigue que el religioso le ceda su caballo y ochenta pesos por la ciega cabalgadura. Bien temprano sale de la posada montado en su nuevo caballo.

Hagamos un paréntesis aquí y tendamos nuestra mirada al estado de la Nueva España en el 1810. Tres siglos han pasado desde que el Anáhuac pasó a poder de la Corona de España. Sólo quedan ruinas de la nacionalidad de los aztecas. Reina un estado social caótico alimentado por una espantosa diferencia de razas. El español europeo acumula inmensos tesoros y el mexicano llora sus angustias y el porvenir de servilismo y esclavitud que le espera. El clero, órgano de los virreyes, se apodera de los secretos de las familias y especula con su llanto y proclama una obediencia ciega al rey. Los privilegios y las concesiones son para el español bien nacido; y el tributo y la extorsión, para el nativo. La Inquisición, con sus sombras, sus venganzas y sus martirios; una falsa casta de nobleza en una nación inerte, sin comercio, una nación que no progresa, porque no comprende ni anhela comprender el espíritu civilizado del siglo; un estado funesto de despotismo con aspecto de convento, todo esto crea una situación inestable e in-

segura, de desequilibrio político, social y económico. Los mexicanos al ver este estado de incertidumbre y aun de temor del mismo gobierno, comprenden que es necesario que se opere un cambio y el más remoto es el de sacudir el yugo de la Península.

Poco antes de llegar el Virrey Venegas se descubre la conspiración de Querétaro, en la que están interesados Domínguez, el Corregidor de la ciudad, y su esposa, mujer varonil, emprendedora, que aborrece a los españoles y ama a los criollos y que sostiene estrechas relaciones con personas eminentes de todas las clases sociales, con militares, sacerdotes, grandes empleados y aún con hombres del pueblo. Se trata de dar un golpe. Este consiste en apoderarse de todos los empleados de categoría de la ciudad, en la noche del 22 de agosto y sobornar a la guarnición, muchos de cuyos oficiales están comprometidos en la conspiración; luego que se cuente con todos estos elementos, pedir un cambio completo en el personal del gobierno. Los conjurados acostumbran reunirse en la casa del Corregidor y por torpeza de ellos la conspiración es descubierta.

Uno de los principales caudillos es don Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores en la provincia de Guanajuato, que está, además, de acuerdo con la mayor parte de los oficiales del regimiento de dragones de la Reina y principalmente con los capitanes don Ignacio Allende, don Juan Aldama y don Mariano Abasolo y el paisano don José Santos Villa que vive con el cura.

Hidalgo es un anciano de más de sesenta años, de genio afable aunque naturalmente melancólico. Hizo sus estudios con muy buen provecho en el Colegio de San Nicolás de Valladolid; y luego pasó a servir al curato de Dolores por muerte de su hermano Don Joaquín. Dedicó sus ratos libres en proyectos de mejoras materiales en el pueblo. Hace frecuentemente viajes a Guanajuato a visitar a su amigo Riaño, el Intendente de esa provincia. Don Miguel sólo piensa al principio en la felicidad de la clase indígena a quien él ama; después, cuando puede notar el efecto que su movimiento produce en todo el país, piensa en legar a la futura ge-

neración una libertad que él no gozará porque presente lo que le aguarda. Hace el sacrificio de su vida en aras de la patria. Hidalgo es fusilado en Chihuahua.

Tomemos de nuevo el hilo de nuestra historia. A las doce de la noche llega Gil Gómez al pueblo de Dolores ignorando el sitio donde se halla. Alcanza a ver una tenue luz en el edificio del curato y se dirige hacia allí a preguntar dónde está. De repente oye el ruido del galope de un caballo que se acerca. Se desmonta el jinete y el preguntar con acento de cólera quién es el que está a aquellas horas en aquel sitio, recibe la misma pregunta por respuesta. Se entabla una discusión que termina en una lucha con espadas. Gil Gómez recibe una herida en la muñeca derecha que lo imposibilita para seguir batiéndose y se le cae la espada quedando a merced de su adversario. Este, al darse cuenta de que su enemigo está indefenso, le pregunta otra vez qué le trae por aquel lugar y Gil le responde que está perdido y que va camino de San Miguel el Grande y que se detuvo allí a pedir hospitalidad.

Toça a la puerta el capitán Aldama que así se llama el que acaba de batirse con Gil Gómez y sale un anciano a recibirlos. Le presenta a Gil Gómez y le dice el motivo de su llegada. Este anciano es el cura Hidalgo quien le brinda hospitalidad dándole de comer y hace que le curen la herida.

El apuesto capitán viene a decirle al caudillo don Miguel Hidalgo y Costilla que la conspiración de Querétaro ha sido descubierta y que se ha expedido una orden de arresto contra él. Le pide que salga del lugar antes de que lleguen los soldados. El Padre Hidalgo reflexiona por un instante y le pregunta al capitán Aldama si está dispuesto a seguirle a dar un paso hacia la libertad. Le ordena despierte a don Ignacio Allende y a Gil Gómez que se encuentran durmiendo y les dice que piensa alarmar a todos los indios de la población y marchar a Celaya y de allí a Guanajuato a manos limpias. Aldama cree esto una locura, pero obedece la orden.

El cura Hidalgo le pregunta a Gil Gómez si está dispuesto a prestar un servicio eminente a la patria y a la causa de la justicia y la religión. Este contesta afirmativamente y el caudillo le hace saber que lo va a nombrar capitán de una compañía en las milicias de San Miguel el Grande, pero que antes Gil debe alar-  
mar a los habitantes del pueblo y reunirlos en la plaza.

Esta empresa le pareció poco, ante la idea de reunirse con su hermano en este pueblo y más aún con un grado de capitán. Se sube al campanario de la iglesia y empieza a repicar las campanas y a disparar sus pistolas. Acude la gente y el cura Hidalgo los exhorta a sacudir el yugo que pesa sobre ellos desde tres siglos y se oyen gritos de: «¡Viva la América! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!»

Los soldados del Intendente que vienen a prender a Hidalgo se unen al movimiento. Gil Gómez marcha al lado del cura conduciendo un estandarte de la Virgen arriba citada. Aquel huracán humano sigue con dirección a San Miguel el Grande y a su paso se unen nuevos combatientes armados de palos, flechas y hondas. Llegan a este pueblo y Gil Gómez pregunta por el teniente Fernando Gómez, pero nadie sabe darle noticias. Cuatro días después parten hacia Celaya, en la que esperan encontrar fuerte oposición. El cura le dicta a Gil Gómez una orden intimo-  
mando al Ayuntamiento a unirse a la sublevación. Este se ofrece como voluntario a entregar el despacho. Los habitantes de Celaya deponen su actitud hostil y la ciudad es ocupada en buen orden.

Al tener conocimiento el Virrey Venegas de la insurrección comprende que el grito de libertad lanzado por un párroco puede encontrar un eco de aliento en todos los mexicanos y el 25 de septiembre, mientras los insurgentes se dirigen sobre la ciudad de Guanajuato, lanza una proclama con toda la autoridad de su cargo en la Nueva España, en la que acusa a Hidalgo y a su estado mayor de asesinos, ladrones, profanadores de templos, y ofrece diez mil pesos por su captura vivo o muerto.

Mientras esto sucede en la capital, otros acontecimientos tenían lugar en Guanajuato. Riaño, antiguo amigo de Hidalgo, es

el Intendente de este pueblo. Magistrado íntegro y caballero a toda prueba, a pesar de simpatizar con la causa de los insurgentes, se dispone a fortificar la ciudad lo mejor posible y a resistir el ataque. El cura Hidalgo le envía al coronel don Mariano Abasolo, al teniente coronel don Ignacio Camargo y al capitán Gil Gómez para que deponga las armas y entre en arreglos pacíficos, para evitar un derramamiento de sangre. La respuesta que recibe de Riaño es que defenderá o perecerá defendiendo al gobierno español.

Se acuartela el valiente Intendente con un gran número de acaudalados españoles, en un edificio llamado la Alhóndiga de Granaditas, y almacena allí las barras de plata, el azogue de las minas y todos los víveres, hombres y armas que consigue reunir. Una turba de quince mil hombres del ejército de Hidalgo se arrojó sobre la hacienda de Dolores y la Alhóndiga, y la matanza fué salvaje. Más de mil cadáveres de ambas partes se encuentran esparcidos por todas partes. La ciudad de Guanajuato presenta un aspecto desolador. Gil Gómez, montado a caballo, trata de acuartelar a los soldados, ebrios por el vino y la victoria.

Mientras tanto, en la suntuosa y sombría calle de las Capuchinas en México, habita una mujer de una belleza extraordinaria cuyo nombre es doña Regina de San Víctor, descendiente de la Casa de Austria. Su amante es asesinado por razones políticas y decide venir a México donde vive un hermano, el único que le queda. Dicho hermano es asesinado en Guanajuato, por las huestes de Hidalgo, y se despierta en ella una insaciable sed de venganza. Un viejo admirador de ella, don Juan de Enríquez, con un nombre distinguido e inmensos bienes de fortuna, hastiado de las orgías de la sociedad, la sigue a México. Despreciado por ella, lo manda a buscar un día para proponerle un plan maquiavélico: ella se entregará al hombre que asesine al cura Hidalgo.

El ejército insurgente se lanza hacia el Valle de México y derrotado en las montañas de Las Cruces a las tropas del Virrey cuyo comandante es el jefe español don Torcuato Trujillo. En vez de continuar su avance hacia la capital, se lanza Hidalgo rumbo al

Bajío. El anciano no puede ser apóstol de la libertad y general, y es derrotado completamente en Aculco, por el jefe español Félix María Calleja, quien comete horrendos crímenes contra los infelices insurgentes.

Gil Gómez no se ha separado ni un solo momento de Hidalgo. Comprendiendo la imposibilidad de encontrarse con su hermano Fernando y hallándose por otra parte comprometido en una causa noble, determina seguir la bandera del caudillo insurgente.

Después de la derrota de Aculco y Calderón, el ejército se dirige a Aguascalientes, desde Guadalajara. Al llegar a Aguascalientes se le presenta un personaje a Hidalgo suplicándole militar a sus órdenes, para defender la "noble causa de la libertad". El recién llegado es un hombre de treinta años, que viste modestamente, de porte distinguido, con un marcado acento español y cabalga en un magnífico caballo negro.

El astuto Hidalgo duda de la sinceridad del incógnito y le encomienda a Gil Gómez vigile sus pasos. El primero contesta en términos muy severos y enfáticos al manifiesto, lanzado por el virrey Venegas y le dice que el indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria, cuando éstos son superiores en fuerzas. A la vez lanza una proclama a los mexicanos incitándoles a que gustosos sacrifiquen sus vidas en aras de la patria.

Una mañana le encomienda Hidalgo a Gil Gómez que en la primera venta a que lleguen les preparen un almuerzo. El ejército sigue adelante y Gil Gómez se adelanta a una venta, para cumplir la orden, y al llegar sale al galope de allí el recién llegado insurgente de quien Hidalgo tiene sospechas. Le pregunta al hostelero qué buscaba por allí el oficial que acaba de salir y le dice que éste quería probar los platos y acaba de pagarle de una manera espléndida y adelantada el almuerzo de unos viajeros que no deben tardar en llegar, entre los cuales, le dice, viene un anciano muy desgano.

Al llegar los oficiales, Gil Gómez llama aparte al cura Hidalgo y lo conduce a la pieza donde está la mesa. Le hace saber que no debe tocar ninguno de aquellos platos porque están envenenados. Al preguntarle Hidalgo por el autor de aquel hecho, le informa que éste es el sospechoso desconocido, recién incorporado a las fuerzas. El anciano abraza a Gil Gómez. ¡Dios le ha deparado en su persona un ángel de la guarda sobre la tierra! Al salir del mesón, le dice Gil Gómez al posadero que los platos están envenenados y le aconseja tenga más cautela con los viajeros. Hidalgo no quiere que se tomen represalias contra el desconocido, por no haber prueba evidente, y aconseja lo vigilen muy de cerca. El incógnito, al ver su intento frustrado, jura en su interior vengarse de Gil Gómez; la traición seguía y aguardaba al noble anciano.

Una tarde Gil Gómez se adelanta al ejército por un estrecho sendero, para buscarle alojamiento a Hidalgo. Al llegar a una enrucijada suena un disparo a su espalda y la bala se clava en un árbol, muy cerca de donde está parado. Suena un segundo tiro y oye el silbido tan cerca de su cabeza que el proyectil atraviesa de lado a lado su sombrero lanzándolo a veinte pasos de distancia. Sabe quién es el autor del atentado.

Una noche acampa el ejército, y el caudillo acompañado de Allende y Gil Gómez se dirigen a una casita, a solicitar alojamiento por esa noche. Hidalgo y Gil Gómez ocupan un cuarto. Escala la ventana del aposento a las dos de la mañana, protegido por la oscuridad y la lluvia el impertérrito asesino, con un puñal en la diestra y dos pistolas. Se acerca al lecho del anciano; pero súbitamente se siente cogido por la garganta y se entabla una feroz lucha entre Gil Gómez y don Juan de Enríquez, que así se llama el asaltante. Sólo se oye el esfuerzo titánico de ambos combatientes. . . Ruedan al suelo y Gil Gómez cae encima agarrado al cuello de su enemigo. Le dice que le perdona la vida, si jura no volver a atentar contra la vida del noble caudillo. En un descuido el asesino se desembaraza de su adversario y sale por la ventana como un rayo, sin haber hecho juramento alguno. Se despierta sobre-

saltado Hidalgo, pero Gil Gómez le dice que es él que tropezó con un mueble. Esta es la segunda vez que nuestro héroe le salva la vida a su jefe. Al día siguiente el desconocido desaparece del cuerpo de oficiales.

Atraviesan un lugar deshabitado que se llama *La Punta del Espinazo del Diablo* y sospecha Hidalgo una emboscada y así se lo comunica al capitán Gil Gómez. Pide éste permiso para adelantarse a explorar el camino y se aleja del ejército. De repente oye un ruido a su lado y se le aparece Don Juan, el presunto asesino de la noche anterior, el terrible amante de la subyugadora Doña Regina, la dama que entregará su cuerpo al que asesine al cura Hidalgo. Maquinalmente Gil Gómez lleva su mano a una de sus pistolas, pero al ver la serenidad del aparecido la retira. Este le da las buenas tardes y nuestro héroe no responde. Una vez más se pone de manifiesto la hombría de Gil Gómez al lanzarle pródigos epítetos a Don Juan. Sin embargo, éste que quiere que le escuche, le dice que hace tres meses prometió a una persona la muerte del cura Hidalgo, pero que el único obstáculo es él, un miserable hijo del pueblo, en lucha con un noble. Le dice además que ya ha hablado con el jefe español Elizondo y le ha dicho que las fuerzas de Hidalgo son pocas y que puede atacar y hacer prisionero al cura, sin dificultad. Gil Gómez echa mano a su espada, pero Don Juan se adelanta y a boca de jarro le dispara con su pistola y cae el primero del caballo, de cara contra el suelo. Don Juan cree haber vencido el obstáculo primordial para lograr su fin inmediato, la muerte del Padre Hidalgo.

### TERCERA PARTE

Han transcurrido dos años desde aquel día en que hemos visto alejarse al joven Fernando de Gómez de la pequeña aldea de San Roque, para dirigirse a su compañía en San Miguel el Grande. Deja su aldea llorando por Clemencia. Como recordaremos, Gil Gómez sale en busca de su hermano quien se desvía un poco del camino real, y el futuro insurgente le deja atrás muy pronto.

Mucho antes de llegar a Guanajuato, se entera de lo sucedido en San Miguel el Grande, y aunque simpatiza con la causa,

crea su deber volver a México para presentarse al Virrey Venegas, por medio de su tío el Brigadier. Fernando es incorporado a la guardia particular de palacio.

Como todo mal de amor tiene un consuelo que es la inconstancia, Fernando se olvida un poco de Clemencia que sigue amándole. Con respecto a Hidalgo, ya sabemos lo que le aconteció. Fue hecho prisionero en las Norias de Baján, conducido a Chihuahua, insultado, escarnecido, degradado, fusilado por <sup>la</sup> espalda, procurando conservar la cabeza para exponerla en una escarpia en Guanajuato, al público, para escarmiento de los traidores.

Hace seis meses que el amor de una hermosa cortesana trae loco a Fernando. El Virrey da en la corte un suntuoso baile, al que asiste dicha cortesana, cuyo nombre es Doña Regina, "el angel demonio", acompañada de don Juan de Enríquez, el traidor que ya conocemos. Se acerca Fernando a la hermosa dama y ésta, abandonando el brazo de su compañero, se apoya en el del joven, y se alejan ambos a un paraje solitario. Doña Regina hace pasar a su amante don Juan de Enríquez por su hermano. Finge sentirse triste y al preguntar Fernando cuál es la causa de su aflicción, le dice que guarda un secreto terrible que quisiera descubrirsele, pero teme la aborrezca. El joven quiere que le haga partícipe del secreto y le jura perdonarla.

Empieza Doña Regina por manifestarle que el que la acompaña no es hermano suyo, y sí su burlador. Procede a contarle su vida desde su infancia en un pueblecito en Francia y cómo fué secuestrada de su casa bajo los efectos de una droga, para conducirla a una casa, donde al despertar se vió víctima de impuras caricias y deshonrada por don Juan de Enríquez a quien ha tenido que seguir a América, para evitar caer en la prostitución y la miseria. Dice, además, que éste la rodea de un lujo verdaderamente regio que ella aborrece.

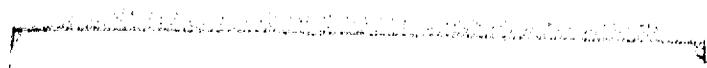
Al pintar un cuadro tan siniestro e inverosímil, se da cuenta de que el joven cree sus falsedades y buscará un pretexto cualquiera para matar al infame seductor que constituye un estorbo

para ella. Al regresar al salón de baile Fernando llama aparte a Don Juan, quien ya le esperaba. Le dice éste muy serenamente, que en la comedia que acaba de presenciar, Doña Regina hace el papel de víctima, él el de verdugo y Fernando el del amante vengador. Con profunda seguridad le dice que todo es una fábula inventada por ella, para armar su brazo contra él. Fernando arroja a la cara de Don Juan el guante que tiene en la mano, lo que significa un duelo entre los dos amantes.

Después de una prolongada conversación entre ambos, Fernando comprende la amarga realidad y un doloroso remordimiento le atormenta. Le dice Don Juan que para más prueba de su indiferencia acerca del fingido amor de Doña Regina, él parte para Veracruz y le deja el campo libre a su pasión, si es que aún insiste.

El dolor punzante del desengaño le hace salir de aquel lugar y se dirige a su habitación. En el camino oye las campanas de la iglesia de Santa Inés y entra en el templo y a solas con Dios y su conciencia, toma una resolución inalterable: la de arrojar de su corazón aquel amor por la cortesana, y reconquistar el amor perdido de Clemencia. Le escribe una carta a ésta y una a su tío renunciando su carrera militar, y si no es aceptada su renuncia se irá como desertor.

Clemencia, víctima de una clorosis, complicada con una grave afección en el pecho es trasladada por su padre el doctor Fergus a la ciudad de Jalapa, donde el clima es más benigno. La enfermedad ha cambiado notablemente su fisonomía; está pálida y sin apetito, pero no deja de ser bonita. Un día le pide a su padre que, antes de meterse en cama para siempre, quiere contemplar un rosalito que ella le había dado el nombre de Fernando. El doctor se opone al principio, por el frío del jardín, pero luego accede a la petición de su hija y la lleva apoyada de su brazo. Al ver las flores rompe a llorar con la cabeza reclinada sobre el pecho de su padre. Ambos se abrazan confundándose sus lágrimas. Al regresar a la habitación, la joven vuelve a su lecho, y el padre comprende que no volverá a levantarse más.



Este le escribe una carta llena de desesperación a Don Esteban, padre de Fernando, en la que le relata el estado moribundo en que se halla su hija y sus vanos esfuerzos por devolverle la salud. Le pide venga a su lado para que le brinde consuelo y le ayude a soportar las tribulaciones.

Fernando parte de México rumbo a Jalapa. Cerca de Río Frío se detiene a pasar la noche. Le parece reconocer entre los viajeros a uno que oculta su rostro debajo del ala de su sombrero, pero no le dió importancia al incidente. Al caer la tarde del siguiente día, se acerca a Puebla de los Angeles, donde pasa la noche, y al amanecer sigue su marcha. Al medio día decide detenerse en Nopalucam, para dormir y sólo otro viajero duerme en aquella solitaria venta. Este último es un hombre muy pálido, rubio; pero oculta su rostro con una especie de chal y lleva dos pistolas ceñidas a la cintura y una espada. Fernando no se percató de que el viajero lo sigue sin perderle de vista. Ya sabemos poco más o menos quién es y cuál es su propósito. El amante de Doña Regina, como ya sabemos, había salido para Veracruz en asuntos de negocios y ahora se topa con Fernando su rival, quien lo ultrajó.

Al caer la tarde ya se encuentran ambos viajeros cerca de Perote, y allí duermen. En el pueblecito de Las Vigas se nota gran agitación. Acaba de pasar por allí violentamente una partida de insurgentes a ocultarse entre las peñas, para atacar un convoy español destinado a México. Fernando se estremece al oír el nombre del capitán, y le pregunta a un soldado dónde podría encontrar a su jefe. El primero le señala el sitio donde está apostado el jefe de la partida. Fernando lanza su caballo en la dirección indicada, pero en un recodo del camino, al pie de las tapias a que el joven se dirigía, está oculto un hombre con su espada desenvainada suspendida de su puño, y en cada mano una pistola. Es Don Juan, que anhela vengarse de un insulto inferido hace seis días. Espera la llegada de la víctima, para hacer fuego sobre él dos veces y luego rematarle a estocadas.

Pero de una de las ventanas rotas del edificio le observa un hombre medio oculto entre el yerbaje. Este al oír los pasos del jinete se pone a observarlo y le cree un espía español. El joven que observa es de veinte a veintidós años de edad, alto, delgado, pálido, con el rostro curtido por el sol. Luce con cierto desenfado las insignias de su grado de capitán, un par de magníficas pistolas ceñidas a su cintura y un enorme sable.

De repente reconoce la cara de Don Juan y le vienen deseos de abalanzarse sobre él, pero se detiene. De donde el joven capitán está, puede distinguirse a los que avanzan. Se aproxima Fernando y se prepara el traidor a asestar el golpe de gracia. El capitán reconoce a su hermano Fernando. Lanzar un grito de horror, dar un brinco al suelo desde la ventana y ponerse de un salto al lado de Don Juan, con la espada desnuda en la mano derecha y una pistola en la izquierda, fué para el joven capitán obra de un segundo. No puede evitar el atentado porque el traidor asesino le dispara a Fernando a boca de jarro hiriendo el flanco del caballo, y el muslo de Fernando. El animal se encabrita, relincha y se lanza desenfrenado por el campo y arrastra consigo a Fernando por un trecho, entre las piedras.

Don Juan se acerca a Fernando, para rematarle; pero oye un grito terrible a su espalda y al volverse se encuentra frente a frente con el capitán. El primero deja escapar un grito horrible, histérico y su rostro se le descompone al creer estar ante un fantasma. No puede moverse, parece estar clavado sobre su silla.

—“¿Conque al fin nos volvemos a hallar después de dos años y cuando usted, ¡infame! me creía muerto? —le dice el capitán a Don Juan que no puede moverse. Empieza éste a recobrar su serenidad y cruza por su mente un siniestro pensamiento al verse a caballo, con una espada y una pistola cargada y su adversario a pie. Antes de que el capitán se lance sobre él, le dispara su pistola a la cabeza. Falla el golpe, el joven se deja caer y ligeramente se levanta, se apodera de las bridas del caballo del traidor y antes de que vuelva de su sorpresa, o trate de huir, apoya su pistola contra su pecho y le dispara. Don Juan lanza un rugido y se desploma de su caballo, y muere.

El capitán se dirige al sitio donde Fernando está tendido en el suelo y ve que éste trata de incorporarse. Fernando y Gil Gómez se confunden en un abrazo y este último ordena a uno de sus soldados que entierren el cadáver de Don Juan. Le pregunta Gil Gómez a su hermano para dónde va, y éste le dice que a Jalapa, a unirse con Clemencia para no separarse más. Le informa el insurgente que Don Esteban debe encontrarse allí también. Se cuentan mutuamente la historia de sus vidas, desde que se alejaron de su hogar, y prosiguen camino a Jalapa.

Esa misma tarde recibe Clemencia la carta que Fernando escribió de México y al leerla se desmaya. Al volver en sí la lee de nuevo y le dice al padre que aunque tarde, llega al fin. A las diez de la noche llegan Fernando y Gil Gómez y Don Esteban los recibe en sus brazos. Al cabo de un instante, el doctor lleva a Fernando hasta la estancia en donde está Clemencia postrada. Al ver aquel rostro querido, que para él es la expresión de una esperanza y el signo de un remordimiento, se arrodilla al borde del lecho y toma sus manos entre las suyas.

Al oír el gemido que lanza Fernando, se despierta Clemencia y reuniendo todas sus fuerzas como una flor que brota de un sepulcro, cae en brazos de su amado. Este le implora perdón y arrancándose de los brazos de Fernando, cae pesadamente sobre el lecho. Una hora después empieza la agonía tranquila de su vida. De cuando en cuando abre sus ojos y los vuelve al sitio donde está Fernando pálido y llorando en silencio. Clemencia expira en presencia de su amado.

### FONDO HISTORICO

Antes de dar comienzo al análisis del contenido romántico de esta novela creemos conveniente ofrecer el fondo histórico sobre el cual descansa la trama. Nos referimos al *Grito de Dolores*.

Corría el año de 1810. El dieciséis de septiembre de aquel año en el pueblo de Dolores, un pequeño núcleo de hombres arro-

jados, sin una idea clara sobre la emancipación de las colonias, sin un plan definido, en completa desorganización, acaudillado por un humilde párroco de la iglesia de Dolores, Don Miguel Hidalgo y Costilla, determinaron sacudir el yugo español que les oprimía y crear una nación soberana, desgajada del imperio que quería establecer Bonaparte; porque más bien fué un movimiento contra Napoleón Bonaparte que contra España. La invasión napoleónica ponía en peligro el reinado de Fernando VII; de ser substituído en el trono español por José Bonaparte, se cernía sobre las provincias del reino español una seria amenaza para la fe católica. El Padre Hidalgo quería poner en marcha las ideas enciclopedistas. Conocedor del idioma francés, se había empapado de estos preceptos y los difundía entre sus feligreses, diseminaba la semilla con la esperanza de que algún día germinase. El Grito ocurrió en la madrugada del glorioso día 16 de septiembre de 1810. La rebelión de Dolores repercutió en todos los ámbitos del país y su trascendencia no podía dejar de llegar hasta la capital del virreinato.

Dejemos que la autorizada pluma del ilustre historiador y hombre de letras don Julio Jiménez Rueda, nos dé una visión panorámica de este período.

“Los conspiradores de principios del siglo pasado eran lectores asiduos de los filósofos franceses. La Enciclopedia se comentaba sigilosamente en todos los círculos sociales. Las tertulias eran frecuentemente, cátedras de ideas filosóficas contrarias al pensar y sentir castizo del pueblo español. En los rincones de las sacristías de los pueblos del interior, en los bufetes de los abogados jóvenes, se hablaba con interés de las doctrinas humanitarias de Juan Jacobo Rousseau, sonreían los concurrentes con la sátira envenenada de Voltaire, se entusiasmaban con los discursos inflamados de Mirabeau, comentaban las páginas de la Enciclopedia, aplaudiendo lo escrito por Diderot, Condorcet y se

dejaban seducir por la idea de Raynal. Silenciosa pero seguramente, se preparaba el momento de la emancipación política". (1)

### CONTENIDO ROMANTICO

Habiendo ofrecido el argumento y el hecho histórico que motiva la novela, pasamos al análisis de la misma. Esta obra que estudiamos lleva un título y un subtítulo: *Gil Gómez el Insurgente o la Hija del Médico*. El autor escribió su obra en una época en que empezaban a gozar de popularidad los dobles títulos en las novelas y en las obras teatrales. Ya tenemos conocimiento, desde luego, que con el romanticismo, tal costumbre alcanzó su máximo florecimiento. El subtítulo generalmente era explícito en su relación con el argumento de la obra. Por lo tanto, esto es consecuencia del romanticismo y nuestro autor Juan Díaz Covarrubias no se libra del influjo de la época. La obra es de carácter histórico y por consiguiente romántica, ya que entre las formas literarias especiales que trajo esta escuela, se halla la novela histórica y "la leyenda, en prosa o en verso (variedad de la novela histórica)". (2)

Una vez más encontramos en esta obra del autor las hondas raíces del romanticismo, es decir las alusiones al nocturno, a la luna, a lo crepuscular. Oigamos: "así es que, el joven se quedó parado y afectó mirar a la luna, que por uno de esos cambios tan comunes bajo el cielo de los trópicos, en que el crepúsculo dura un instante y en que la noche sucede casi sin interrupción al día, comenzaba ya a mostrarse en el firmamento, todavía medio confundido con las últimas inciertas tintas crepusculares". (3)

Al igual que en la obra anterior, el ideal femenino es la pura proyección espiritual del autor, el producto de su creación subjetiva. A través de la descripción de la heroína de esta novela,

---

(1).—Jiménez Rueda, J. *Historia de la Literatura Mexicana*, 4a. ed., México, Ed. Botas, 1949. págs. 123-124.

(2).—Hurtado Palencia J. y J., *Historia de la Literatura Española*, sexta Ed., Madrid, Talleres Gráficos Montaña, 1932, pág. 771.

(3).—Díaz Covarrubias, J., *Op. cit.*, pág. 12.

podemos ir dibujando un bellissimo perfil femenino que acusa una viva predilección por los ojos azules, “de ese azul oscuro particular que dejan transparentar los niños y que lanzan una mirada prolongada, adormecida, silenciosa”; nariz recta y fina, boca diminuta como la de una criatura “que nunca se entreabre para dejar caer un sarcasmo, que sólo parece formada para exhalar plegarias o palabras de amor”, el cabello terso de color castaño oscuro.

La belleza de su ideal femenino se aureola de todas las gracias cuando prosigue de esta manera: “un óvalo de cara, un tipo peculiar, un cuello, una estatura, altiva y sencilla a la vez, modesta y aristocrática, como la más hermosa de las mujeres de la Biblia, *Ruth la espigadora*”. (4)

Ahora ocupémonos de la figura romantizada de Fernando, el amante de Clemencia. No es la figura tétrica, siniestra e inanimada que nos pinta Ramón de Mesonero Romanos, de su sobrino “como la estampa más romántica de todo Madrid, luciendo un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él, descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un doble bucle convexo, se introducían por bajo las orejas, haciendo desaparecer éstos de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío, una frente triangular y fatídica”. (5) No, Fernando es un joven de una “fisonomía hermosa, melancólica y agradable de contemplar, con un porte simpático y distinguido, con un alma llena de pensamientos nobles, de espiritualismo, de amor, de poesía, dejándose arrebatarse por todos los buenos instintos, su vida era incesante aspiración a todo lo bello, cada pensa-

---

(4).—*Op. cit.*, págs. 18-19.

(5).—Mesonero Romanos, R. de, *Escenas Matritenses*, Espasa Calpe (Col. Austral, T. 283), Argentina, S. A., 1945, pág. 87.

miento una ilusión, cada esperanza una fantasía, cada palabra una estrofa de la poesía del corazón". (6)

Encontramos en esta obra lo que llamaremos atisbos costumbristas que muy acertadamente se puede denominar costumbrismo romántico, huérfano de lo sentimental amoroso y de lo pasional. Nos estamos refiriendo a los amores del héroe de la novela Gil Gómez con Manuela hija del tío Lucas, "linda, robusta y colorada moza". Amores estos poco espirituales, que murieron al nacer. Nuestro galán pinta dos corazones inflamados en una hoja de papel azul subido, atravesados por una flecha y escribió la siguiente misiva:

"Señorita Manuela:

"Nadie diga, "de esta agua no beberé" como dijo el otro, pues no sé que fué primero, si verla o amarla como el chupa-mirto a los mirtos. Es usted más hermosa que una mazorca en sazón, dígame si por fin me ha de querer de veras, o si nada más hemos de estar embromando. Mañana en la noche vengo por la respuesta. Piénselo usted bien antes de resolverse, no luego salgamos con un domingo siete y...

*Yo le juro amor eterno  
Sin andarme con rodeos  
Pues si son así los diablos  
Aunque me vaya al infierno.*

Quién usted sabe".

"Posdata.—No se le vaya a olvidar a usted que a las diez de la noche he de venir a recoger la razón.

El mismo".

Sigamos el desenlace de estos amores. Hemos visto cómo Gil Gómez ha agotado su rústica elocuencia y poética en su misiva

---

(6).—Díaz Covarrubias, J., *Op. cit.*, pág. 23.

que fué entregada aquella misma noche; a las diez de la siguiente noche recibió la siguiente contestación:

«Señor Don Gil Gómez:

«Si lo que dice es cierto, me alegro mucho; pero siempre como luego ustedes son tan malos, no le quiero responder si “sí o nó”. A la otra si ya le digo con seguridad lo que haya. Viva usted mil años como lo desca su criada.

María Manuela Tiburcia de la Luz Sánchez”.

La segunda carta de Gil Gómez, contenía tan sólo estas palabras:

“Señorita Doña Manuela:

«¿Qué hay por fin del negocio que traemos entre manos? Lo que ha de ser mañana que sea de una vez.

El mismo”.

La réplica fué muy lacónica:

“Señor Don Gil Gómez:

Muy señor mío y de todo mi aprecio. Pues siempre me resuelvo que “sí” pero no se lo vaya usted a decir a nadie porque donde lo sepa mi padre, quedamos frescos y es muy capaz de darle una paliza.

Quien de veras lo quiere”.

Gil Gómez decide romper estos amoríos prosaicos y le escribe en estos términos:

“Señorita Doña Manuela:

«Pues si de veras me quiere usted, deme una prueba como un mechoncito de su cabello, una tumbaga, o lo que fuese más de su gusto. Cuando veo a usted todo mi corazón late, porque me parece que veo a la burra de Balam.

El de siempre”.

Esta actitud tan antirromántica de parte de nuestro héroe, vino a dar al traste con aquellos amores. Solamente hemos que-

rído hacer resaltar el cuadro costumbrista, con su lenguaje, su nota campestre, su fraseología huérfana de todo sentimiento amoroso. Sin embargo, lo creíamos atractivo.

Con la aparición del fenómeno romántico que ya sabemos no se circunscribe a una forma de expresión literaria, se actúa, se siente y se piensa a lo romántico, y como resultado surge la exaltación del yo. “La proyección de este predominio del yo, nos dice Guillermo Díaz-Plaja, en la vida social es la voluntad de gloria”. (7) Covarrubias, como todo escritor romántico, “sueña con ser el centro de la sociedad en que vive”. (8) Fernando, al pensar en que va a separarse de Clemencia, experimenta cierta tristeza que se disipa ante la perspectiva de un porvenir tan brillante, tan de color de rosa como su tío le presenta. En su corazón de amante, la vanidad y la ambición del hombre había encontrado siempre eco. Si perdía a Clemencia luchando con las seducciones del mundo, iba a hacerse más digno de ella, iba en pos de un nombre, de distinciones, de méritos y de gloria. Vemos, pues, en Fernando ese egocentrismo característicamente romántico.

“El romanticismo no se define, se siente”, palabras lapidarias pronunciadas por Sebastián Mercier en 1801, en su *Neología*. Con estas palabras comienza Roger Picard, profesor de la Universidad de París, su estudio o examen del contenido social en la obra de los románticos. Lo que matiza la obra de los románticos de una profunda validez humana es indiscutiblemente su sincera y profunda adhesión a los problemas sociales. Nuestro autor se identifica a través de su obra como un romántico preocupado por las aflicciones sociales. Oigámosle aquí en este corto pasaje cuando pone en labios del doctor estas sentenciosas frases al saber éste que su viejo amigo Don Esteban se ha decidido a enviar a su hijo en pos de gloria o de fortuna. Dice el doctor: «¡Necia humanidad! ¡A la calma del placer le llamas ociosidad, te hastía que los pesares del mundo, no hayan desgarrado tu cora-

---

(7).—Díaz Plaja, Guillermo., *Op. cit.*, pág. 66

(8).—*Ibid.*, pág. 92.

zón, dejas el fértil vergel y corres alegre a precipitarte en el abismo!

“¡Miserable humanidad! ¡Mal te comprendes todavía!” (9)

El eminente crítico y poeta español doctor Guillermo Díaz-Plaja, en su obra *Introducción al Estudio del Romanticismo Español*, nos dice lo siguiente sobre el yo romántico y su circunstancia: “Acaso la característica más radical del Romanticismo consiste en el choque dramático entre el yo (subjetivo) poético y el mundo (objetivo) que le circunda. Es conocida la trayectoria —iniciada por la filosofía: de Descartes a Kant— que tiende a valorar el yo espiritual como medida del universo. Como consecuencia de ello, el romántico proyecta sobre su alrededor lo mejor de su espíritu. A esto se puede llamar, posiblemente, idealismo romántico. El artista sueña sus formas sin trabas ni restricciones: a esto suele llamarse libertad romántica. Pero téngase en cuenta que, en todo caso, habremos establecido los términos de la mitad ascendente de ésta actitud. Hay —tan característica como lo anterior— la otra mitad: la decepcionada, la que resulta del choque entre el mundo soñado y el mundo real. Para explicarse el Romanticismo hay que otorgar validez idéntica a estos dos aspectos capitalísimos. Y la solución sólo puede producirse por una evasión radical hacia la soledad o por un choque dramático con la vida que conduce a la desesperación y —tópico romántico— al suicidio...” (10)

Ahora tornemos nuestra atención hacia nuestro autor. Al escudriñar las doctas frases de la anterior cita, no podemos reprimir nuestros deseos de intercalar aquí un manifiesto poético de Díaz Covarrubias que al palpar el “choque dramático entre el yo (subjetivo) poético y el mundo objetivo que le circunda” lo hace con estas sentidas frases, poniendo en ellas toda su alma:

“¡Soñad y no despertéis, porque al fin sueño es la vida! Soñad y no despertéis, porque al despertar hallaréis la fría realidad,

---

(9).—Díaz Covarrubias, Juan., *Op. cit.*, pág. 66.

(10).—Díaz Plaja, Guillermo., *Op. cit.*, pág. 81.

el desengaño, la duda, la separación dentro de pocas horas, el olvido, el llanto, el adiós.

“¡Soñad y no despertéis, porque a la amarilla luz de la verdad, se desvanecerá el encanto de la ilusión y los recuerdos felices del pasado vendrán, torcedor del corazón, a escarnecerle con una perspectiva de amor que ya no existe, porque el cielo que creísteis hallar en el suelo se trocará en árido y oscuro yermo de pesar, porque las palabras de amor se trocarán en palabras de despedida, el silencio de la fruición, en el silencio del desconuelo y el marasmo, las esperanzas en dudas, los suspiros en que exhalábais el aliento aspirado del ser amado, en suspiros de despecho, las lágrimas tibias de entusiasmo y felicidad en lágrimas abrasadoras de martirio.

“¡Soñad despiertos a la ilusión y dormidos a la realidad”! (11)

Las luchas contra la opresión política —nacional o extranjera —propulsan el ideal de libertad. El romanticismo revolucionario es una protesta activa, y Covarrubias como auténtico romántico no pinta este cuadro desgarrador de la Nueva España del año 1810 en que su exaltación en torno a esta crisis no es escasa. Dice nuestro atormentado escritor: “Ruinas ¡ay! ruinas morales quedaban de la nacionalidad de los aztecas: ya no la alegría de la libertad, sino el silencio de la esclavitud, triste y espantador silencio sólo interrumpido de cuando en cuando por el sofocado gemido de la pesadumbre del esclavo! La diferencia inmensa de riquezas, estableciendo una diferencia espantosa de clases; el español acumulando inmensos tesoros; el mexicano empapando con el sudor de su frente y las lágrimas de sangre de sus ojos su profana tierra, la tierra de sus padres, y con el sentimiento de un pasado de libertad y un porvenir de servilismo, llorando; pero llorando con este llanto del hombre esclavo que ahoga sus sollozos y sus suspiros, que cubre la desesperación de su vergüenza con el manto engañoso de la conformidad; la hipocresía llevando su aliento de veneno hasta el rincón más apartado del hogar domés-

---

(11).—Díaz Covarrubias, Juan., *Op. cit.*, pág. 72.

tico; ahogando todos los sentimientos espontáneos del corazón, y marchitando en flor las esperanzas más tiernas de la vida; el sacerdote indigno, órgano de los virreyes, apoderándose de los secretos de las familias, especulando con su llanto, dominando con el poder de la conciencia, enseñando por credo una obediencia ciega al virrey; los privilegios y concesiones para el español bien nacido, el tributo y la extorsión para el indio, la Inquisición con sus sombras, sus venganzas y sus martirios; los fueros de una nobleza que no era nobleza; una nación inerte, sin comercio; una nación <sup>517</sup> que no progresa, porque aún no comprende ni anhela comprender el espíritu civilizador del siglo; una nación asida y arraigada a los ridículos fueros del siglo XV y a las viejas preocupaciones del XVIII; una gran nación, en fin, que parece un gran convento". (12)

El ideal femenino del autor se encarna en Doña Regina, figura celestial, producto incuestionable de su circunstancia, otra "proyección de su espíritu", (13) una de esas mujeres hermosísimas, dice Covarrubias, "a quienes es fuerza amar con fiebre al contemplarlas. . . , una de esas mujeres en quienes la combinación física y moral, produce una especie de ángeles-demonios, capaces de trastornar la cabeza de más sana razón, y de hacer condenar al filósofo más severo y más desengañado, con sólo una mirada". (14)

Solamente una imaginación tan volcánica como la de nuestro autor puede idealizar un tipo femenino y a la vez hacernos ver todos los matices de esa constante desesperación romántica que la tortura. He aquí cómo nos pinta a Doña Regina:

"Era una joven que representaba tener de veinte a veintidós años a lo más; la suave blancura de su tez, el brillo de sus divinos ojos, el dulce castaño de sus cabellos, el gracioso corte de su rostro, la pequeñez de su rosada boca, formaban una fisonomía

---

(12).—Díaz Covarrubias, Juan., *Op. cit.*, págs. 94-95.

(13).—Díaz Pleja, Guillermo., *Op. cit.*, pág. 164.

(14).—Díaz Covarrubias, Juan., *Op. cit.*, pág. 72.

imposible de describir por detalles, una de esas fisonomías de reina, que enloquecen al contemplarlas: lanzaba miradas, que hacían caer de rodillas a sus plantas, para suplicar se volviesen a lanzar; reposaba aquella cabeza artística sobre un cuello blanquísimo, con ese blanco particular que toma la nieve de los volcanes a la aproximación del crepúsculo, cuando el sol no la dora ya con sus rayos; sus manos parecían una de las muestras de escultura que presentó Benvenuto Cellini al rey Francisco I.

“Andaba con una oscilación tan majestuosa y tan suave al mismo tiempo, como la que toman a impulsos de los vientos, las anchas hojas de los cañaverales del valle de México, su cintura era tan estrecha que se hubiera podido abarcar fácilmente con sólo las manos, si aquella hermosísima y orgullosa joven hubiera permitido que algún mortal lo hiciera de esa manera. En efecto, a primera vista se leía en aquel sublime rostro una expresión de orgullo y altivez, que le daba un sello particular, muy semejante al de la estatua de la diosa Juno”. (15) He aquí la mujer elevada a categoría celestial, otro aspecto del Romanticismo.

Ahora bien, convertida la mujer en ángel y al surgir el choque con la realidad, se produce la desesperación. Veamos. Don Juan, hombre distinguido, con inmensos bienes de fortuna, hastiado de los placeres y orgías de la sociedad, noble por añadidura, se prenda locamente de Doña Regina que también odia a lo que ella llama el pueblo, y la sigue hasta la Nueva España. Al verse desairado, al palpar la realidad, este choque dramático, provoca en él un cúmulo de añoranzas, de angustias inefables, de arrebatos desesperados. La mujer por él soñada se transforma en un apetecido delirio sensual. Escuchemos su desesperación amorosa en este pasaje:

“Perdido ya para todo, fuera de vos en el mundo: dentro de tres meses habéis de ser mía de grado o por fuerza, ¿lo comprendéis? Hoy ya no tengo amor por vos, hoy lo que tengo es frenesí,

---

(15).—Díaz Covarrubias, Juan *Op. cit.*, pág. 146

son brutales deseos de poseeros, gozar de vuestra hermosura y morir después: porque, a vos sólo os lo digo como se lo diría a mi confesor, odio la vida, aborrezco a los hombres, sus glorias y sus placeres me hastían, necesito para no morirme las fuertes emociones; quisiera tener remordimientos, y procuro hacer todo el mal que puedo". (16)

En ésta, la tercera etapa de la obra de *Gil Gómez El Insurgente*, la que estamos analizando, vamos a extraer una alegoría, para anotar varias de las inquietudes románticas de nuestro autor. Esto es, al final de cada línea, frase a párrafo vamos a ofrecer a renglón seguido nuestro comentario pertinente. Dice el autor al empezar su alegoría:

"Figuraos que el mundo es un inmenso mar que vais cruzando en una leve barquilla.

"Apenas se ha perdido el eco de nuestro último vagido de niño, cuando abandonáis el modesto hogar por la playa.

"Ya vagáis en ese mar, el alma rebotando de ilusiones, la imaginación de deseos, el cuerpo de vida, el corazón de amor, el pensamiento de nobleza.

"El cielo esta hermoso y despejado; sopla suavísima la brisa en murmullo de música; la mar está tranquila; el oleaje acaricia en blandísimo contacto los costados de nuestra frágil embarcación; las aves marinas pasan cantando en alegres bandadas". (17)

Vemos en este pasaje la creación de un paisaje solidario, fundido a las emociones del autor, se percibe la "tendencia al cuadro", que cobra un sentido más hondo frente al paisaje. Además vemos la naturaleza en libertad: cielo hermoso y despejado, sopla una suavísima brisa que parece música, la mar está serena, etc.

Pero además de la naturaleza en libertad, nos dice Díaz-Plaja, "el paisaje ofrece al romántico otra capital posibilidad: el de ser

---

(16).—Díaz Covarrubias, Juan., *Op. cit.*, pág., 151.

(17).—*Op. cit.*, pág., 193.

la circunstancia de su yo. El constituir una aureola de su egocentrismo; el de que todo paisaje sea una proyección de la espiritualidad del poeta. He aquí por qué el romántico escoge su paisaje. El romántico necesita un paisaje en el que una atmósfera imponderable sirva de espejo a su tortura constante. Por ello su paisaje no es nunca un paisaje escueto: sobre él, alrededor de él, hay algo que el ojo no ve, pero que el corazón no puede dejar de adivinar: la tristeza, el misterio, la melancolía". (18)

El romántico siente la necesidad de fingir un mundo que se asemeje al de sus sueños. Continúa su alegórica peregrinación:

"La vista descubre en lontananza varias islas.

"Abordemos pues, a la más cercana.

"Es la isla del amor.

"A medida que a ella nos vamos acercando, llegan a acariciar nuestros oídos los acentos de una música que adormece.

"Una beldad nos aguarda en la orilla, que es un jardín.

"Con ella realizamos una especie de fantasía o sueño que se llama "primer amor" y que se parece mucho al amor de nuestra madre, a quien hemos dejado llorosa en la ribera.

"Pero este amor sólo nos parece hermoso al través del tiempo, cuando recordamos en medio del mar que amenaza sumergirnos: por consiguiente, pronto nos cansa y buscamos otro más agitado". (19)

Covarrubias no puede encontrar en sí mismo el ideal que persigue y por consiguiente se revela, como todo romántico, como un ser insatisfecho, dispuesto a la evasión en el tiempo y en el espacio.

Ya hemos hecho alusión en otra parte de nuestro trabajo a voluntad de gloria como una de las constantes de la temática del

---

(18).—Díaz Plaja, Guillermo., *Op. cit.*, pág. 115.

(19).—Díaz Covarrubias, Juan., *Op. cit.*, págs. 193-194.

Romanticismo. A lo largo de este viaje imaginativo en el que el autor da rienda suelta a su imaginación, se adentra más en la isla del amor; atraído por la música penetra en un lujoso salón donde se celebra un banquete. La mesa está cubierta profusamente de vinos exquisitos y flores de vivos colores. "Muchas mujeres hermosas; pero también con esa hermosura que consiste en la languidez de la voluptuosidad, coronan la mesa.

"Están cubiertas de pedrerías y no de flores.

"Se reclinan muellemente, casi dejando ver a nuestros ardientes ojos lo que tan mal ocultan sus flotantes velos". (20)

Apura el cáliz del amor y al poco tiempo las falsas caricias de aquellas mujeres le causan vergüenza, le ha embriagado el vino y deja aquel recinto en busca de una atmósfera menos impura. La orgía le parece deforme y repulsiva.

Se lanza de nuevo al mar y esta vez llega a la isla de la gloria. Dice el autor al hablar de esta última:

"El que a ella logra abordar, será escuchado y aplaudido por un pueblo entero, le llamarán poeta o sabio, cubrirán de lauros su frente.

"Luchemos, luchemos con la marea.

"¡Cuánto esfuerzo!

"Por fin moribundos náufragos ya pisamos sus arenas". (21)

Aquí desdora el autor la gloria alcanzada. Sufre y este sufrimiento se debe a la semejanza que halla entre su voluntad de gloria y la gloria que la sociedad le concede. Las siguientes frases, ¿no son acaso un síntoma romántico de insaciabilidad? Oigásmole:

"Mas ¡ay! ¡Dios mío! los aplausos del pueblo forman un irónico contraste con nuestra amargura interior, la corona de laureles lastima nuestra frente; daríamos todo ese nombre y esa

---

(20).—Díaz Covarrubias. Juan. *Op. cit.*, pág. 194.

(21).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 195.

gloria de poeta, por tornar a la ribera natal a ver a nuestra aflijida madre, a quien tal vez ya no encontraremos, porque la amargura de nuestra ausencia la habrá hecho morir.

“Es que todo puede abandonar el hombre, hasta sus remordimientos; pero nunca sus recuerdos.

“Entonces, ¿dónde hallar la calma, sino la felicidad?” (22)

Hemos dado por terminado el análisis del contenido romántico que nos propusimos hacer de la novela *Gil Gómez El Insurgente*. Procederemos a hacer un resumen de nuestro análisis, para dejar breve y claramente expuestas las conclusiones particulares a que nos ha traído dicho análisis.

#### *Resumen.*

En *Gil Gómez el Insurgente o la Hija del Médico*, aunque de carácter histórico, el autor se mantiene fiel a su tema favorito que es el amoroso y por consiguiente romántico. Alrededor de un tema épico como es el de la guerra de Independencia, teje una historia henchida de exaltación amorosa y con un desenlace patético que en nada difiere de la anterior titulada *La Sensitiva*. Se reflejan en esta obra las mismas características románticas de la obra anterior, aunque a veces más acentuadas. Es decir, el autor dotado de más madurez literaria satura la obra de un romanticismo tanto amoroso como a veces social. Debemos elaborar más sobre este último tema. En otras palabras, Covarrubias en esta obra, construye, reflexiona, expone mejor sus ideas y luego pone toda su alma en ellas. Domina mejor sus pensamientos y a la vez se ve dominado por sus sentimientos.

En el contenido de la obra encontramos un triple aspecto: lo social, lo histórico-político y lo literario. En lo social lo vemos preocuparse por los problemas que agobian a la sociedad. En lo histórico ya sabemos que la afición a la historia es una de las características más vivas del movimiento romántico. Esta

---

(22).—*Op. cit.*, pág. 195.

obra, a nuestro humilde juicio, fluctúa entre la historia pura y la novela. A pesar de que el autor reclama que el hecho histórico se escribió a base de una sólida documentación, evade la fría objetividad de los estudios históricos. Queremos decir con esto, que al engarzar la historia de amor se inclina más hacia lo sentimental amoroso, hacia la melancolía, hacia la ensoñación y a veces añora el encanto del pasado.

De un ambiente realista los personajes de esta novela se mueven dentro de él con bastante soltura. El tipo femenino está elevado a la categoría de ideal, como en el caso de todas las obras de los buenos románticos.

Esta novela, la más extensa, y a nuestro juicio la más acabada, está saturada de un romanticismo tétrico, melancólico y a veces lastimoso. Trascienden a su obra de una manera muy marcada sus infortunios, sus decepciones que lo persiguen durante toda su vida. No podemos dejar de admirar y aquilatar su ascendrado amor por la autora de sus días y su fe inquebrantable en Dios como lenitivo a sus sufrimientos. Oigámosle:

—“¡Oh! ¡Dios mío! ¡Tú eres el único confidente del pasado! ¡Tú eres el refugio, el amparo de los que no son comprendidos en la tierra!” (23)

---

(23).—Díaz Covarrubias, Juan *Op. cit.*, pág. 226.

C A P I T U L O V

LA CLASE MEDIA

(1859)

Novela de Costumbres

*Argumento.*

Isidoro de San Román, joven perteneciente a la más distinguida sociedad mexicana, acaba de llegar de París. Al encontrarse con tres de sus amigos deciden trasladarse al hotel la *Gran Sociedad*, a festejar el encuentro. Instalados en uno de los gabinetes, proceden a libar varias copas de champagne, y los cuatro calaveras medio embriagados se enfrasean en una íntima conversación en la que salen a relucir nombres de mujeres, entre ellos el de Amparo y el de una belleza llamada Eulalia de Guzmán, a quien Isidoro piensa cortejar.

Rompamos el hilo de esta reunión y ocupémonos de los personajes principales de la novela que responden al nombre de Amparo y Román, pertenecientes a la clase media, en contraste con Eulalia e Isidoro de la esfera aristocrática. Amparo era una mujer joven de veinte años, pálida, delgada, que se crió en el campo, en compañía de sus padres, en el pueblo de Jalapa. Los negocios de su padre y la política, lo retenían largas temporadas en México y por consiguiente la madre había concentrado en ella todo el amor debido a su aislamiento. Educada en un ambiente religioso había desarrollado un carácter meditativo y la tranquilidad en que vivían había hecho de ella una niña apacible, obediente y humilde.

*Así como* El gobierno en el cual su padre ocupaba un puesto elevado, fué derrocado y él tuvo que abandonar el país. Desde ese día la salud de la madre de Amparo empezó a desmejorar y al regresar su esposo de su destierro murió ella. Se trasladaron a México y se instalaron en una elegante habitación, en la calle de Cadena; pero aquella suntuosidad, aquellos ricos muebles, aquella vida tan distinta a la de Jalapa, produjeron una desagradable impresión en el alma de Amparo. Su padre procuraba rodearla de lujo, pero nada de esto la halagaba, y sentía esa triste y nostálgica languidez moral que se llama "mal del país". (1)

El padre de Amparo, al cabo de pocos meses, contrajo nuevas nupcias con una antigua amante de él, mujer ésta que pertenecía a una distinguida familia de la capital. Amparo nos brinda esta descripción de su madrastra:

"De elevada y elegante estatura, con aire de reina, con una mirada altiva y penetrante, con un acento dulce, pero imperioso, era una hermosura muy diferente de la de mi madre, que consistía en la afabilidad, en la mirada dulce, en el aire resignado.

"Una hermosura como la de una diosa; la otra, como la de una santa.

"Una era altiva, prostituída, orgullosa; la otra era humilde, virtuosa y sufrida". (2)

Dicha dama había amado al padre de Amparo con una pasión tan ardiente como impura, y sin haber conocido a la madre de ella, la había aborrecido. Todo su odio había recaído sobre Amparo y la vida de ésta se hacía cada día más insoportable. He aquí cómo la joven nos pinta un cuadro de su atormentada existencia:

"Yo, pobre joven tímida, casta, recogida. Ella, mujer sensual, elegante y amiga del estruendo.

---

(1).—Díaz Covarrubias, Juan *La clase media*, pág. 48

(2).—*Op. cit.*, pág. 49.

“Nuestros aposentos participaban de esa misma diferencia. “El mío pequeño, adornado sólo por un lecho modesto, un armario y mi labor, con algunos cuadros representando las escenas de Pablo y Virginia.

“El suyo, extenso, adornado con un lecho, un tocador y muebles bastante lujosos para la posición que guardábamos, un amplio ropero lleno de elegantes trajes, encima de las mesas estatuas de mujeres desnudas, reclinadas voluptuosamente, y decorando las paredes, cuadros con pinturas francesas que me hacían ruborizar”. (3)

La madrastra de Amparo había hecho de su casa el emporio de lo más florido y a la par de lo más impuro de la sociedad mexicana. Dos veces a la semana durante la noche daba tertulias y entre los concurrentes más constantes había uno que se llamaba Isidoro de San Román, el joven calavera que presentamos al principio de nuestra narración.

El padre de Amparo murió repentinamente, y quedó ésta a merced del odio de su repulsiva madrastra y con el porvenir espantoso de la miseria. Al no poder continuar llevando aquel tren de vida, tuvieron que vender los dos carruajes y las alhajas que poseían. Se ahuyentaron las visitas y los tertulianos, y tuvieron que recluirse en una pobre casa del Puente de San Dimas.

El único de los tertulianos que seguía visitando la casa era Isidoro de San Román, que había desarrollado una pasión voluptuosa hacia Amparo y se desató una enconada lucha entre la virtud débil y desamparada y el vicio altanero y protegido.

La madrastra en vista de que no cedía a los impulsos de Isidoro le dió a beber un narcótico, en una taza de leche, y así consiguió Isidoro mancillarla. Al verse deshonrada y próxima a ser madre pensó en el suicidio, pero la idea de tener un hijo dulcificaba un tanto la amargura de su infortunio. Vino al mundo una niña y al año de nacida se enfermó Amparo de la fatiga que

---

(3).—*Op. cit.*, págs. 56-57.

había experimentado para criarla. Estando en cama en lucha entre la vida y la muerte, su madrastra le arrebató a su hija y se la entregó a personas extrañas, para que la cuidaran, pero antes de que ésta muriera hizo que llevaran a la niña a la casa de las Hermanas de Caridad. Había escrito una carta a Isidoro incluyendo en ella el papel con el cual podría Amparo, cuyo paradero ignoraba, reclamarla. Isidoro por otra parte había pagado la pensión que la superiora había demandado por cuidar a la niña.

Trasladémonos ahora al escenario donde se desarrollará lo más interesante de la obra. Nos referimos a la casa de vecindad, situada en el barrio de San Salvador el Verde, finca que está medio arruinada, compuesta de cinco viviendas en el piso superior. Ocupaba la primera habitación una viuda de un militar, la cual tiene una hija adoptiva, llamada Guadalupe, de catorce años, huérfana. En la vivienda contigua habitaba un joven estudiante de abogacía, del Colegio de San Ildefonso, llamado Gabriel. En el tercer cuarto vivía Amparo, que ya era una joven de veinte años de edad, "pálida, delgada, con una fisonomía doliente, con una estatura graciosa, con una hermosura perfecta, meditativa, espiritual, hermosura impresa por intuición en cada rasgo de su fisonomía: en la mirada triste, cubierta por un velo de lágrimas, en la frente pálida como de marfil, en la boca pequeña que se entreabre por una sonrisa de dolor, en la estatura nerviosa y delicada como la sensitiva. Estaba vestida pobremente de luto, con un vestido de lana y una mascarada de seda". (4) Los vecinos ignoraban su procedencia y vivía entregada a sus labores de costura.

Habitaba el cuarto aposento un joven médico llamado Román, que guardaba la misma reserva que Amparo. Era hijo de una familia acomodada de Veracruz, y había hecho sus estudios profesionales en Europa y durante su estadía en París la muerte acabó con sus pocos parientes; y al recibirse, supo la muerte de su padre. Al regresar a su patria para arreglar los pocos intereses

---

(4).—*Op. cit.*, pág. 21.

con que contaba, halló que éstos eran disputados por acreedores, y en vez de seguir un pleito, resolvió trasladarse a México para solicitar el empleo de médico de la marina.

En el último aposento vivía un anciano militar paralítico y medio loco, con su familia, cuatro hijos y su esposa. El hijo mayor Víctor, era el sostén de esta pobre familia y estaba dotado de un temperamento artístico; era poeta, literato y músico por añadidura. Había concebido una pasión ardiente por una joven de la alta aristocracia, cuyo nombre ya conocemos, Eulalia de Guzmán. Más tarde, nos ocuparemos de esta joven dando más detalles.

Una noche Román, el joven galeno, oyó gemidos de dolor en el aposento contiguo al suyo, donde vivía Amparo. Corrió a prestarle auxilio y la halló tendida en el lecho, con el rostro desfigurado por el dolor. Llamó a sus vecinos, doña Paula y Guadalupe, quienes acudieron solícitas. Amparo padecía de ataques de nervios y Román después de apelar a todos los recursos de la ciencia, y en vista de que la enferma no recobraba el conocimiento, le pidió a Guadalupe que tocase en el piano algunas selecciones musicales. El joven médico quería curar el alma, ya que el cuerpo no respondía. Se basaba en esta pregunta: “¿Quién puede negar la influencia sobre las organizaciones nerviosas de cierta clase de medios extraños morales y físicos, como los consuelos, el amor, la música?” (5)

Había visto emplear la música contra las afecciones nerviosas; y, en Suiza, hizo volver a la razón a una demente, tocándole en el clavicordio los aires de su país natal. Trajeron el piano a la habitación y al tocar una melodía de Beethoven y Thalberg, cesó la convulsión y Amparo despertó de su peligroso letargo. Este incidente trajo un acercamiento más íntimo entre los vecinos y mucho más acentuado entre Amparo y Román. Existía entre éstos cierta semejanza de carácter, y aquel aislamiento común, aquella triste hermosura de Amparo, su aire de melancolía y su vida de misterio, hicieron despertar en el corazón de Román un senti-

---

(5).—Op cit., pág. 28.

miento nuevo, un anhelo vago de comunión de almas, una corriente de simpatía tierna hacia aquella joven que vivía casi a su lado.

Hemos dicho que los vecinos se reunían en una amena charla en el aposento de la señora Paula. Allí escuchaban de labios de Gabriel, la música de las estrofas de Zorrilla, o los cantos de Espronceda. Estrofas estas impregnadas de amor y de sentimiento. Amparo escuchaba silenciosa y meditabunda, Guadalupe recibía estas impresiones emocionada y Román meditaba. Este ansiaba saber el misterio que encerraba la vida de Amparo.

Una tarde se hallaban los dos jóvenes enfrascados en una íntima conversación, y Román consiguió al fin que la joven le refiriese la historia de sus dolores y de su deshonra, cuyo autor era Isidoro de San Román, y sobre el cual dimos amplios detalles al principio de nuestro resumen. Amparo sólo anhelaba volver a ver a su hija. Oigamos su desesperación de madre cuando le dice a Román:

“Si yo pudiera volver a ver a mi hija, si yo pudiese decirle alguna vez cubriéndola de besas y lágrimas, ¡hija!, ¡hija!, ¡hija!, de mi corazón!, deja que te estreche en mis brazos y contra mi seno, porque yo soy tu madre, porque has nacido por un crimen, sólo por otro crimen más horrible han podido arrebatarte de mi lado, porque tú, pobre niña, no tienes padre, no; pero tienes una madre que te idolatra, con un infinito amor. ¡Oh! si tal sucediera, entonces volvería yo a ser casi tan feliz como lo era en la infancia, de mi desdicha sólo me quedaría el recuerdo, trabajaría doble de lo que hoy trabajo para mi hija, no me apartaría un momento de su lado, le daría en amor cuanto yo recibí en «odio». (6)

Trasladémonos ahora a una suntuosa mansión en la calle de los Donceles, donde reside Eulalia de Guzmán. Con estas frases nos la describe el autor:

“Eulalia era una joven bella, como la inspiración de un artista; pero con esa belleza especial y terrible, por decirlo así, que

---

(6).—Op cit., pág. 63.

parece obra sublime de un genio malévoló, el genio de la tentación, una de esas jóvenes que a los hombres más fríos y que han formado más teorías acerca del amor y la hermosura, les arrebatan con un estremecimiento nervioso y les trastorna la cabeza con una pasión violenta que se parece mucho a un deseo: envidia de las otras mujeres, objeto codiciado por todos los hombres, aunque no sean muy codiciosos.

“En efecto figuráos una frente tersa, unos ojos ardientes y que no se sabe de que color son verdaderamente, porque nunca se les puede ver sin sentirse deslumbrado y abrasado, una boca ni muy pequeña ni muy fina, pero entreabierta por una sonrisa fatal, algo sarcástica, un tanto desdeñosa, muy bella, para dejar ver dos hileras de dientes blanquísimos, parejos, bellos, dos hileras de perlas como diría el galante poeta Luis Ortiz, o flores del café como ha dicho Plácido; una barba con un hoyito pequeño, nido de amores; un rostro en fin, que estudiado detenidamente no presenta tal vez nada de hermoso y hasta llega a ser feo; pero todo el mundo opina que esta hermosura que consiste en el conjunto y no en los detalles; esta bella fealdad, permítasenos la expresión, es la que más atrae y enamora. Figuráos un cuello blanco-rosado con el color de la primera tinte de la aurora, un seno redondo, túrgido, palpitante como si estuviese fatigado o excitado, una cintura delgada como la de una avispa, unos pies pequeños que conociendo su valor se calzan con primoroso lujo, una estatua *souple*, como diría un francés, elegante, más bien alta que mediana, unos brazos redondos, unas manos no muy pequeñas, pero tan bellas, tan perfectamente torneadas, que hubieran causado admiración y servido de modelo para una escultura”. (7)

Se celebraba un baile en esta regia mansión. Lo daba Isidoro a la familia de Eulalia que dentro de pocos días debía ser su esposa. Mientras esto sucedía, en la mente de Román fermentaba una idea, y ésta era la de ir personalmente a la casa de Isidoro y preguntarle por el paradero de la hija de Amparo. Así aconteció, pero Isidoro creyó que Román venía como acusador o a obligar-

---

(7).—*Op. cit.*, págs. 66-67.

le a dar una satisfacción como autor del crimen y se lanzan insultos el uno al otro. Sacaron a relucir sus pistolas y después de dilucidar el asunto de la niña, faltaba por arreglar el falso asunto del honor ultrajado y se retaron a duelo a pistola, para el día siguiente a las cuatro.

Román hizo los preparativos para el duelo y se dirigió al edificio de las Hermanas de la Caridad y le presentó el papel que su adversario le había dado a la superiora. Esta le preguntó si él era el padre a lo que contestó afirmativamente, después de un momento de vacilación e hizo traer a la niña. Esta creyó que Román era su padre y le preguntó si la iba a llevar a ver a su madre.

Acordaron que volvería por ella al día siguiente o sea el día del duelo, por la mañana. Román envió a Gabriel como padrino, quien trató de arreglar el asunto y evitar el encuentro, pero le fué imposible. Informó a Román acerca del sitio y de las condiciones. Se verificaría esa misma tarde con pistolas, una de las cuales estaría cargada y la otra descargada, para que la suerte se encargara de la víctima.

Escribió Román una carta dirigida a Amparo, y le pidió a Gabriel su amigo que en caso de que él muriese en el duelo, le entregara la misiva. Luego se dirigió al centro de la ciudad, y después de oír misa en la catedral, tomó un coche y fué en busca de la niña, para llevársela a la señora Paula. Había notado, como médico al fin, que María que así se llamaba la niña, mostraba las señales del veneno de una enfermedad.

A las tres partieron los dos amigos en un coche hacia Tacubaya y llegaron a las cinco en punto al sitio indicado. A poco andar distinguieron a Isidoro y a Enrique que caminaban hacia ellos. Gabriel y Enrique se adelantaron a un lado del camino, para cargar una de las dos pistolas. Isidoro y Román se quedaron de pie. Sus padrinos escogieron el sitio y contaron exactamente treinta pasos. Los duelistas tomaron sin ver cada uno su pistola y fueron a colocarse en el sitio que los padrinos les designaron a su lado.

Román apuntó como se había convenido e hizo fuego, pero el tiro no salió y sólo se oyó el choque de la llave. Isidoro extendió el brazo y apuntó. El tiro salió e hizo blanco en el pecho de Román que cayó herido en los brazos de Gabriel. La ofensa estaba vengada. Este último y el cochero, acomodaron a Román en el carruaje y le condujeron a una casa donde le prestaron los primeros auxilios hasta que consiguieron a un médico.

Veamos ahora lo que pasaba en la casa donde vivían sus vecinos. Al no regresar ni Román ni Gabriel, la señora Paula, cerca de la media noche, le va a comunicar a Amparo sus temores sin revelarles, sin embargo, la existencia de su hija tan cerca de ella. Acudieron las dos al cuarto de Román, que estaba abierto, y encontraron la siguiente misiva:

“Amparo:

“He muerto, puesto que Gabriel entrega a usted este papel; pero he recobrado a María, la hija de su corazón. Está en los brazos de la señora Paula, y ya no se separará de su lado de usted. ¡Adiós! La amaba yo a usted con toda mi vida, y muero tranquilo y contento, puesto que al morir le dejo la felicidad.

“Al estrechar contra su corazón a esa niña, acuérdesse usted de mí.

Román”. (8)

Al día siguiente día del duelo Gabriel le escribió una carta a la señora Paula, para tranquilizarla lo mismo que a Amparo y a Guadalupe.

Es imposible poner en palabras cómo recibió Amparo a Román. Ya ella sabía cómo él la adoraba, pero no se sentía merecedora de su cariño. La enfermedad de María vino a lastimar de nuevo su corazón. Román sabía que la enfermedad era mortal, pero, sin embargo, puso todo su empeño en curar a la niña quien murió días más tarde.

---

(8).—*Op. cit.*, pág. 18.

Román después que Amparo hubo recobrado un poco la calma le anunció a ésta que partía para Europa y América en calidad de médico con una firma francesa, y que quería casarse con ella y llevársela. Amparo se negó a aceptar, y con lágrimas en los ojos le dijo que un hombre honrado y noble no debía unirse a una mujer proscrita como ella. Sus insistencias por convencerla, fueron vanas y Amparo acabó por sepultarse en un convento a llorar su infortunio, tal como lo hizo Doña Leonor en el famoso drama *Don Alvaro o la Fuerza del Sino*, del Duque de Rivas.

El epílogo de esta historia fué el siguiente: Ya sabemos que Amparo tomó los hábitos en el convento de Santa Brígida, Gabriel le declaró su amor a Guadalupe y Víctor, al saber que Eulalia e Isidoro se casaban, se suicidó. Román partió para América y Doña Paula se retiró a vivir plácidamente con Guadalupe y Gabriel.

### *Contenido romántico*

Una vez ofrecido el argumento de la obra, pasamos ahora a reseñar el contenido romántico de la misma.

Al concluir la lectura de la novela *La Clase Media*, observamos a prima facie que el autor no sólo acentúa el tema del amor pasional, primera característica romántica que salta a nuestra vista, sino que pone de manifiesto sus protestas contra la injusticias y abusos de la alta sociedad para con la clase media. Así pues, podemos comprobar o a lo menos evidenciar que nuestro autor muy bien podríamos ubicarlo no sólo como un romántico sentimental, sino como un romántico social.

Para hacer resaltar esos abusos a que ya hemos aludido, nos presenta el autor a las dos parejas de enamorados, Román y Amparo, pertenecientes a la clase media, clase ésta donde el autor sólo encuentra virtudes y buenos sentimientos, y la otra pareja, Isidoro y Eulalia, representativos de la clase acomodada que el autor llama "parodiaristocracia" mexicana de aquella era, clase inútil y corrompida.

El amor puro y verdadero sólo puede germinar en lo que él insiste en llamar la clase media, porque en la esfera alta de la sociedad los convencionalismos se anteponen a los sentimientos del alma.

Generalmente casi todos los personajes románticos tienen características afines, es decir son tristes, buenos, sensitivos, desprendidos y caritativos. El reverso de la medalla lo son los personajes de la élite social y sus cualidades que casi siempre son aborrecibles. Estos resaltan más ante la vista del lector, cuando los delinea el autor en sus novelas. Los románticos del tipo de Covarrubias, no conciben gente buena en esta clase acomodada. Esto es en cuanto al tipo masculino. El tipo femenino es siempre ambicioso, lleno de una presunción o vanidad infundada y ridícula, amante del lujo y la ostentación. En suma, podemos ver en estos contrastes, repercusiones roussonianas, ya que para éste lo bueno que existe en la naturaleza, contrasta con lo virulento de la sociedad. Insiste el autor en la contraposición de personajes, especialmente en el tipo femenino de la alta sociedad, al que llena de defectos sin duda alguna para hacer resaltar el tipo romántico que retrata en la esfera opuesta.

Ilustremos con algunos pasajes de la obra la actitud de la mujer sensual, ambiciosa y vana, en contraste con la pura y sentimental que constituye el arquetipo de la mujer romántica de Covarrubias. Román le pide su mano a Amparo, hombre pobre como ella, y a Eulalia le declara su amor un hombre, pobre, artista desdichado, llamado Víctor. Notemos la actitud de ambas ante sus pretendientes, y así podrá el lector captar el tipo de mujer romántica que encarna Amparo.

Al final de la obra, después de la muerte de María la hija de Amparo, cuando Román le promete a ella un mundo de felicidades, responde ésta:

—“!Ay, no lastime usted mi corazón con el aspecto de una felicidad con que tantas veces he soñado, si yo no estuviese manchada, si yo pudiera tener derecho para idolatrarle, para ser su

esposa, para amar y morir. . . habría encontrado en ese amor todo un cielo en el mundo; pero mi deshonor, mi afrenta es una barrera que se levanta para siempre entre nuestros corazones". (9)

Y al finalizar la obra nos brinda el autor esta escena:

"Era un espectáculo conmovedor el de aquella desdichada joven dando su última despedida al amado de su corazón, y rehusando su pasión que era su vida, por un sentimiento exquisito de nobleza, de abnegación sublime. . .

"Media hora después, Román loco, delirante, sollozando como un niño, se precipita fuera de aquel aposento. Amparo se quedó de pie, y cuando el ruido de sus pasos se hubo perdido completamente; tendió los brazos en la dirección que seguía el joven, y cayendo de rodillas, golpeando su rostro contra el suelo, con las manos elevadas en su pecho, exclamó entre dolorosísimos gemidos:

"—¡Adiós, amor mío! ¡Alma de mi vida! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós para siempre!" (10)

Se refleja en esta despedida el alma de esa mujer henchida de amor por aquel hombre, resignada a renunciar a todo, por considerarse indigna de él. ¿No es ésta una clásica encarnación de la mujer romántica que el autor nos quiere brindar?

Fijémonos ahora en Eulalia, incapaz de considerarse inferior a nadie, feliz, alegre, obsequiada, cubierta de oro y adulación. Esta joven hermosa la vemos aquí en el papel de una heroína de una historia de llanto. Veamos:

"Un día Víctor, el desdichado artista que le daba lecciones de piano, había dejado caer de sus labios algunas de esas palabras que apenas alcanzan a revelar un átomo de la pasión infinita en que se abrasa un corazón lastimado, un corazón que no vive más que por esa llama que al par que le da vida, le consume. Pero Eulalia, que no podía menos de conocer la pasión que en silencio le profesaba desde hacía algún tiempo el infeliz poeta, se llenó de indignación al escuchar sus palabras.

---

(9).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 105.

(10).—*Op. cit.*, pág. 107.

“¡Atreverse a amarla, a ella, rica, hermosa, seductora, un artista, un poeta cuyo caudal está sólo en la imaginación y en el alma, y que en vez de producir el dulce retintín de las monedas de oro, produce los sonidos del cielo y habla en el idioma con que Dios habla a los bienaventurados en esas regiones en que todo es luz!

“¡Fuera un hombre rico, tal vez, pero un poeta o un artista mexicano, uno de esos judíos de la actual sociedad! ¡Un hermano de Setán que murió de hambre en Guadalajara y de Rodríguez Galván que murió de pesares!

“El enojo de Eulalia había producido la expulsión de su casa al desgraciado Víctor”. (11)

En cambio ésta cayó en las redes que le tendiera Isidoro, el calavera recalcitrante que además de ser opulento, hermoso, vestía con suma elegancia y conocía el lado débil del bello sexo. Además se mostraba muy enamorado, como lo podía estar un hombre de sus antecedentes morales y se había forjado el capricho de poseer aquella mujer que tantos se disputaban.

La encarnación del prototipo romántico masculino del autor lo hallamos en la persona de Román. Alto, pálido, dotado de una fisonomía interesante a la par que distinguida. “Aquella frente pálida por el estudio, aquellos ojos hundidos por las vigili-  
as, aquella boca recogida por la meditación, daban al rostro del joven un aspecto de nobleza y de triste ciencia de la vida. Parecía que su pasado había arrojado una sombra de amargura sobre su presente”. (12)

Concluimos aquí la presentación de los personajes de la obra, los que hemos colocado en funciones antitéticas para hacer resaltar los rasgos románticos de cada uno y podemos aseverar que en nada difieren de los personajes delineados por el autor en sus novelas, que ya hemos analizado. Creemos innecesario puntualizar

---

(11).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 68.

(12).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 23.

en el análisis de esta obra las mismas características románticas que hallamos en las otras novelas, ya tratadas por nosotros. Nos referimos a *La Sensitiva* y a *Gil Gómez el Insurgente*.

En la obra *El Romanticismo Social*, de Roger Picard, cita este autor a G. Brandés definiendo “las tres dimensiones” del romanticismo, las que él considera, la belleza, la verdad y el bien y, en esta última categoría, que es precisamente la que atañe a lo “social” menciona el entusiasmo de los románticos por los grandes pensamientos políticos, religiosos y sociales, y su propensión a darle al arte una orientación moral.

No nos sería muy difícil, después de leer las obras de Juan Díaz Covarrubias, aplicarle esta misma fórmula. Es decir, el autor se sitúa a nuestro juicio dentro de “las tres dimensiones” ya citadas. En primer lugar siente, como todo romántico, el amor a lo bello que se manifiesta de una manera tan obvia en la pintura de sus tipos femeninos y al pintar la naturaleza. Ama la verdad, la que le sirve de guía y de emblema.

Su yo romántico no es enteramente egoísta, sino que es un yo social. Las lacras sociales laceran su corazón y prorrumpe en lastimeras quejas como éstas:

“¡Ya se ve! La igualdad no puede existir en México. Bastante había hecho Isidoro con desafiarse en vez de hacerle despedir a palos por sus lacayos o hacerle poner preso. ¡Famosa nobleza! ¡Nobleza de caricaturas! ¡Aristocracia arlequín! ¡Aristocracia pulichinelli! —¿De qué estás formada?— ¡Dios mío! ¡Vergüenza causa decirlo! Jovencitos parodias de los salones de París; mujeres hermosas sin afecciones patrias y sin sentimientos. —¡Ejército corrompido! ¡Bonaparte de procesión! ¡Apóstatas del presidio! Cuyos méritos son diez pronunciamientos por hambre (pacte de famine) y que en vez de comer humildes el pan bendito del orden religioso y civil, habéis convertido la patria en ensagrentado teatro de vuestra ambición y vuestros crímenes. Por ceñiros una banda de general, por llegar a un ministerio, habéis caminado por una alfombra de despedazados cadáveres, sin ver los ríos de sangre que atravesábais y sin oír los lamentos desgarradores de las

familias de la clase media que vuestra rapacidad había dejado huérfanas”. (13)

La efusión romántica en Covarrubias se refleja no sólo en su gusto literario sino en su anhelo de mejoramiento para la clase media. Frente a la sociedad que él castiga sin clemencia, se pregunta:

¿“Y esos jovencitos, y esas bellas mujeres, y ese mal ejército, se llama aristocracia? ¡Dios mío! ¿Qué es lo que pasa? ¡Mas no! Ten fe y esperanza, clase media, clase inteligente, clase virtuosa, la democracia y la igualdad vienen, el siglo avanza arrastrando en su empuje a los malvados y a los traidores. ¡Fe y esperanza, si es tuyo el presente, tuyo es el porvenir!...”(14)

No sería tampoco muy difícil entrever en la última parte de esta cita otro de los “ideales románticos” a que alude el erudito escritor, investigador y maestro, Don Guillermo Díaz Plaja, en su obra *Introducción al estudio del Romanticismo Español*. Nos referimos a la idea del progreso, herencia neoclásica. El autor arriba citado alude a ese tema, en estos términos:

“El siglo XVIII da siempre la impresión de que tiene conciencia de su madurez mental: se nota a sí mismo término de una evolución. Se sabe a la vez sabio y escéptico. El siglo XIX por el contrario, está siempre poseso de un estremecimiento auroral. Se imagina en el principio de una era joven y fecunda”. (15) Repetimos otra vez la frase de Díaz Covarrubias, que a nuestro parecer puntualiza su actitud, su idea del progreso: “Ten fe y esperanza, clase media, clase inteligente, clase virtuosa, la democracia y la igualdad vienen, el siglo avanza, etc.”. (16)

---

(13).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, págs 95-96.

(14).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 96.

(15).—Díaz Plaja, Guillermo. *Op. cit.*, págs. 175-176.

(16).—Díaz Covarrubias Juan. *Op. cit.*, pág. 96.

## Resumen.

En *La Clase Media* nos brinda el autor un cuadro vívido de la sociedad mexicana del 1859. Esta novela, cuyo tema dominante es el amoroso como todas las del autor, nos presenta a Amparo la mujer caída, extremadamente romántica que se rehabilita. Como todas las heroínas de Juan Díaz Covarrubias es apasionada, melancólica, con esa melancolía que le imparte dulzura a su alma de mujer. Ella ama, sufre, lucha y llora en silencio, pero no llega a la desesperación ni se subleva contra el destino. Evade la realidad, lo cotidiano, y asume una actitud religiosa, rasgos éstos que llevan la huella imborrable del torbellino romántico.

Para complementar nuestro análisis y el resumen de esta obra, debemos hacer mención a otro tópico muy romántico que aparece en esta novela por primera vez. Nos referimos al suicidio, a "la pistola romántica" como alude Díaz Pflaja. El suicida en este caso es Víctor el artista que Eulalia desdenó. Oigamos su desamor cuando dice:

—“¡Oh! ¡Eulalia se ha casado y está por siempre perdida para mí, mi madre se ha muerto de pesares, mi hermana, después de haber sido abandonada por ese miserable, se ha prostituído, mi padre ha sido conducido al hospital de dementes, mis hermanos mendigan en la calle el pan! Estoy solo en el mundo, y no me resta más que morir. ¡Adiós, Eulalia de mi vida! ¡Adiós para siempre!

“Luego encendió una bujía, prendió con ella fuego al combustible y lo activó soplando con toda su fuerza. . .” (17)

Adolece esta obra del mismo defecto que *La Sensitiva*, es decir de cierto desequilibrio de elementos integrantes. El autor se deja arrastrar por lo sentimental amoroso, descuidando así otros factores.

---

(17).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 109.

Como en toda novela romántica, predomina el sentimentalismo que recarga el ambiente e impregna a los personajes. El estilo de la obra es familiar, la prosa es ágil y se refleja cierta viveza y concordancia del paisaje con las circunstancias. He aquí un ejemplo:

“En una vecindad se encuentra una joven que está a las puertas de la muerte y mientras tanto el viento azota las ventanas. Fuera de la habitación el viento se estrellaba contra las vidrieras y la atmósfera cargada de electricidad, era iluminada siniestramente de vez en cuando por un fugitivo relámpago, el viento seguía sollozando y las nubes cargadas y negras se entreabrían para dar paso a los relámpagos, la tempestad rugía sorpresivamente en lontananza”. (18)

Ahora bien, contrastemos el paisaje que nos brinda a continuación con el anterior y notaremos más colorido, más frescura, tranquilidad y ausencia de la nota melancólica. Oigámosle cuando nos describe a Jalapa en *Gil Gómez el Insurgente*:

“Jalapa es el Edén, de ese Edén que se llama México. Figuráos, los que no la habéis visto, una beldad con la frente coronada de flores y reclinada sobre un lecho de rosas a la falda de un cerro que se llama el Macultepec, ceñida y refrescada por un río, que después de haberle acariciado con suave rumor va a abismarse en el mar bajo el nombre de Río de la Antigua.

“Figuráos una ciudad donde en todas partes nacen flores que adormecen y embalsaman con su blandísimo perfume; donde acarician los oídos y estremecen las fibras del corazón, músicas de arpa o de un instrumento pequeñito y vibrador que se llama “requinto”; donde hay mujeres hermosas, con una hermosura popular en todo México; donde cada amor es un idilio de Homero o una confidencia de Lamartine, cada conversación un pro-

---

(18).—*Op. cit.*, pág. 28.

yecto de fiesta, cada fiesta un concierto del cielo". (19) Percibimos en este cuadro un hálito de frescura, de musicalidad, de reminiscencias de Homero y de Lamartine.

---

(19).—*Op cit.*, pág. 231.

## CAPITULO VI

# EL DIABLO EN MEXICO

*Novela de Costumbres.*

### *Argumento.*

Se celebra en la catedral de México una solemne fiesta religiosa y entre los feligreses se encuentra Elena, una bellísima joven perteneciente a una de esas familias que fundan todo su orgullo en la distinción de su clase.

Enrique, joven apuesto, pero sin ínfulas de aristocracia, de mediana posición, acaba de concluir brillantemente sus estudios teóricos y prácticos de abogado. Se enamora locamente de Elena y se ha colocado cerca de ella en el altar del Perdón, donde se celebra la misa. La intuición de mujer le hace volver el rostro a Elena y su vista <sup>va</sup> hacia donde está su admirador y surge el intercambio de miradas en el transcurso de los oficios.

Se termina la misa y Elena se dirige hacia la fuentecilla de agua bendita; pero ya Enrique está allí y humedeciendo sus dedos los ofrece a la joven y se tocan los dedos a través de los guantes. Al salir al atrio de la catedral se le aceerca a Enrique su amigo íntimo Miguel, joven alto, robusto, de fisonomía simpática, y le invita a seguir a la joven, ya que él también ha estado observando la escena que se acaba de desarrollar. En el camino cambian de impresiones; y la conversación gira alrededor del amor y de aquella beldad que acaban de admirar.

La impresión que recibe Enrique le hace sentirse indispuerto de la hipertrofia que padece y Miguel, que cursa el último

año de medicina, lo conduce a su casa y le aconseja que descanse un rato.

Esa misma noche se representa en el teatro *Iturbide*, recién inaugurado y por lo mismo en moda, un drama de Pantaleón Tovar. Ocupa uno de los palcos la familia de don Raimundo González, apoderado de Enrique, comerciante rico, de una probidad indisputable. Este caballero tiene una hija llamada Concha, joven de dieciocho años de edad; no es hermosa, sino bonita simplemente. Su madre, cuya cuna se meció entre la clase media, es una señora muy vanidosa y su ambición de soltera fué casarse con un hombre de familia distinguida, que la presentase en los elegantes salones de la aristocracia. Al no ver realizados sus propósitos, por haberse visto obligada a casarse con don Raimundo, sobrino éste de su padre, ha educado a su hija en esas convicciones y ha puesto sus ojos en Enrique, que gracias a sus estudios y al nombre de su padre, célebre abogado que había ocupado puestos elevadísimos en el gobierno, contaba con relaciones entre la gente más distinguida de la sociedad mexicana.

Al lado del palco que ocupa Enrique entra la familia de Elena. Componen ésta su mamá, un tío y un hermano, que esa noche no los acompaña. La joven, a pesar de la rancia prosapia, no ha heredado de su madre ninguna de esas mal fundadas ideas, quizás por una de esas rarezas tan frecuentes en las familias.

Al terminarse la función, Enrique se dirige a su casa y al llegar encuentra a su hermana Clotilde esperándole, un tanto intranquila por la indisposición sufrida por él esa mañana.

Se entera de este drama amoroso la madre de Elena y le prohíbe severamente que vuelva a ver a su novio, y para mayor precaución se la lleva a vivir a San Angel.

El joven también se ha trasladado a San Angel, porque como —¡está malo del corazón!— su médico amigo le ha recomendado el aire del campo. Allí se dan cita a escondidas la pareja, tar-

de en la noche, en el jardín de ella, y como es de imaginarse la escena es por demás romántica, dejando desbordarse el torrente de su amor, entre juramentos, promesas, suspiros, besos, etc.

Para festejar el santo de su hija Concha, se celebra un baile casero al que han sido invitadas las personas de más prestigio social en el pueblo, entre las cuales no pueden faltar Enrique, su hermana Clotilde y Miguel. Los convidados empiezan a llegar y al salir doña Cenobia de su cuarto, se topa con su hijo mayor, Guillermo, que acaba de cometer otra de las tantas calaveradas y la madre lo recrimina. Para apaciguarla le dice que cuando se anda con gente rica se contraen ciertos hábitos, ciertas necesidades, de las que es imposible prescindir y que va a presentarlas a ella y a su hermana en casa del señor X, que es ministro y recibe en su casa lo más granado de la aristocracia. Se calma doña Cenobia al oír las palabras de su hijo y con esto le da el dinero que le ha pedido para pagar la ropa que luce esa noche. Madre e hijo se dirigen al salón donde acaba de empezar el baile. La concurrencia es numerosa, compuesta, en su mayor parte, de familias de honrados comerciantes amigos de don Raimundo. Los jóvenes son casi todos empleados del gobierno, dependientes de los almacenes de ropa, pasantes de abogado, o licenciados recién recibidos y practicantes de medicina.

El salón está pintado de vivos colores, con una alfombra de un color verde y encarnado, y adornado con sillas, consolas y rinconeras de madera de rosa. Encima de éstas aparecen enormes candelabros y muñecos de plata maciza, y el candil suspendido en medio es de almendras gruesas de cristal, con cinchos de plata.

Llegan Enrique, Clotilde su hermana y su amigo Miguel, quienes fueron a presentar sus saludos a don Raimundo y a su esposa y a Concha y un minuto más tarde Clotilde bailaba con Miguel y Enrique con Concha. Este último se forja en la imaginación la idea de que danza con Elena y después de un breve cambio de palabras, Concha le pregunta por Elena. Le intriga la pregunta y termina pidiéndole a Concha que baile el resto de las

piezas con él; a lo que ésta accede gustosamente. Por consiguiente esto llena de alegría a doña Cenobia y de pesar a don Nicanor, empleado de confianza de don Raimundo, que está perdido por Concha, pero que no ha osado declarársele.

Por fin, a fuerza de intrigas, consigue Guillermo que Elena, de quien está enamorado pero no correspondido, invite a Concha a pasar una temporada en el campo con ella. Acepta ésta la gentil invitación y le escribe una carta casi ininteligible a Enrique, dejándole saber que va a pasar una corta temporada en San Angel.

Allí tendrá el placer de saludarlo, ya que no lo veía desde la noche del baile. Esta visita de su hermana a Elena, le proporcionará la ocasión más frecuentemente a Guillermo de visitar la casa de Elena; pero éste la encuentra siempre tan triste y pensativa, que se sospecha que está enamorada y su sospecha recae en Enrique.

Seis meses después, sin que el autor nos brinde un relato de lo que sucedió entre los enamorados, Enrique y Concha se casan y Elena trata de suicidarse, pero es salvada de la muerte por una de sus criadas y se casa con Guillermo, el hermano de Concha. Aquella Elena poética y sentimental se ha tornado prosaica. Enrique se ha aliviado del corazón y vive en unión de Concha y de su hermana Clotilde.

Doña Cenobia no ha realizado los deseos de asistir a la tertulia del ministro y su esposo está triste al ver que su hijo mayor sigue desperdiciando el tiempo y las utilidades de la tienda.

Don Nicanor, el frustrado adorador de Concha, se ruboriza cuando la ve; y Elena y Enrique se ríen y hablan de los problemas del matrimonio, cuando se encuentran en sociedad. En fin, dice el autor, en cuanto al diablo, parece que se ha radicado en México.

### Contenido romántico.

Esta obra, a nuestro juicio, es de un valor literario mediocre, pues apenas hallamos una aportación a nuestro propósito, que valga la pena repetir. Los mismos tipos románticos que se mueven en el mismo ambiente de las obras anteriores, las mismas tonalidades románticas, idénticas palpitaciones sociales, en fin, sólo logramos encontrar un nuevo detalle del que queremos hacer mención. Nos referimos a otro signo interesante de la voluntad de gloria. Al terminar la presentación en el teatro *Iturbide*, el público aclama al autor y éste sale tres veces a la escena a recibir aplausos.

El escritor que en el siglo XVIII desperdiciaba su tiempo en polémicas triviales entre ellos mismos, en el siglo XIX anhela la popularidad. Fué un romántico, como detalle interesante, Antonio García Gutiérrez, el iniciador de esta costumbre, cuando se estrenó *El Trovador*, drama caballeresco. Por primera vez salió un autor al escenario para corresponder a las ovaciones tributadas a su obra. Mariano José de Larra, "Fígaro", tiene estas palabras que añadir al final de su artículo *El Trovador*, en que analiza la obra arriba citada. Dice Larra:

"Felicitamos en fin, de nuevo al autor, y sólo nos resta hacer mención de una novedad introducida por el pueblo en nuestros teatros; los espectadores pidieron a voces que saliese el autor; levantóse el telón y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos bravos y nuevas señales de aprobación.

"En un país donde la literatura apenas tiene más premio que la gloria, sea eso siquiera lo más alto posible; acostumbrémonos a honrar públicamente el talento, que ésa es la primera protección que puede dispensarle un pueblo, y es la única también que no pueden los gobiernos arrebatarse". (1)

---

(1).--Mariano José de Larra, *Obras Completas*, T. II Artículos y Poesías, Barcelona, Biblioteca Sopena, pág. 133.

El asunto de la novela es muy sencillo. Enrique y Elena que se creían destinados a unir sus vidas eternamente, rompen las relaciones, contraen cada uno por su lado enlaces de mera conveniencia demostrando con esto que muchas veces un interés prosaico viene a dar al traste con las ilusiones forjadas.

En cuanto a la estructura, la arquitectura de la obra, resalta lo que nos atrevemos a llamar un ardid o artificio novelístico, que consiste en este caso en truncar, al final del capítulo tercero, la acción de la novela e intercalar un fragmento de un diario del mes de febrero de 1858, que a juzgar por el contenido es una página de la vida de Juan Díaz Covarrubias. Llegamos a esta conclusión, por las dispersas y numerosas alusiones que hemos encontrado en sus novelas acerca de la autora de sus días y de cierta joven que le desdeñó. Así se expresa el autor del fragmento:

“Mi madre, mi madre adorada, cuyo nombre no puedo pronunciar sin lágrimas, esa santa mujer que fué mi vida, estaba muerta... Una mujer indigna se había divertido durante mucho tiempo en arrojar mi corazón al lodo, jugando con él... y al recuerdo de otra que me había amado y para quien yo fuí un infame, se estremecía en mi corazón como un terrible remordimiento... Y, sin embargo, en aquel corazón lastimado, os reestratásteis vos como una flor pura... y os amé como nunca he amado en la vida, como os amo todavía a pesar de que hay un abismo de llanto que nos separa, y ese amor se ha convertido en una esperanza tan vaga, tan vaga como ese humo que al desmayar la tarde se ve flotar encima del techo de las cabañas luchando en vano, con el inclemente viento que lo disipa. Hoy ese amor, ya lo sabéis, se ha convertido en una resignación”. (2)

Al finalizar la novela nos sorprende de nuevo el autor al desmembrar la acción, una vez más, para ofrecernos una moraleja, que es otra queja. Quizás quiera el autor prepararnos para

---

(2).—Díaz Covarrubias, Juan, *Op. cit.*, pág. 34.

el final de la novela en que también nos sorprende al quebrar de nuevo la acción llevándola a un final abrupto, terminando por unirse los que más distantes se hallaban. No es un final lógico el que nos ofrece el autor alejándose de la misión de la novela, que es "causar placer estético al lector por medio de la descripción o pintura de sucesos o lances interesantes de caracteres, de pasiones y de costumbres".

En esta novela y en la anterior se nos revela el autor ensayando sus primeros vuelos en el costumbrismo. No queremos decir con esto que no haya producido sus mejores obras, sino que se le ve esta vez invadir el campo literario mencionado. No es la revelación de un costumbrista de la talla de Mesonero Romanos o Estébanez Calderón; pero sí la de un incipiente escritor costumbrista, huérfano de los rasgos más sobresalientes que debe tener uno acabado. Sobre este tema, oigamos la palabra autorizada del profesor Correa Calderón, que al hablar sobre el escritor costumbrista en su admirable obra *Costumbristas españoles de los siglos XVII al XX*, nos dice:

"El costumbrista suele poseer un temperamento ecuánime, ponderado, que procura evitar todo exceso. Frente a los barrocos, los neoclasicistas o los románticos, es un realista, que toma de la vida misma los elementos de su arte, sin que se le ocurra apelar a la fantasía y a la deformación como recurso. Su equilibrio es indicio de buena salud, de metódica templanza, de alegría vital que las más de las veces le hace ver el mundo con visión risueña y feliz" (3)

Encontramos en su obra evidencias de costumbrismo. A pesar de que siente amor por la vida que palpita en torno a él, eso no le venda los ojos hasta encubrir y disimular los defectos de lo que ve, y expone dichos defectos con vehemencia e intensidad. Anhela que su país sea irreprochable y al ha-

---

(3).—Correa Calderón, E. *Costumbristas españoles*, Madrid, Ed. Aguilar, 1950, pág. LXIX.

llarle el punto flaco de la sociedad, no se dilata en evidenciarlo, con la esperanza de lograr su perfección. He aquí un cuadro que pinta el autor de su país y de la sociedad:

“México es país eminentemente republicano por su forma de gobierno, y sin embargo, tal vez ni en la monarquía más absoluta de Europa, está establecida de una manera tan notable la distinción de las clases. Tres son las que predominan. La aristocracia, la clase media y el pueblo. Pues bien, cada una de ellas tiene su fisonomía, sus costumbres particulares, nunca se mezclan, por el contrario, están separadas por el odio, y ni la amistad ni el matrimonio, ni el pensamiento las han podido unir. ¡Oh! y el día en que las tres se confundan, en que la aristocracia dé su dinero, la clase media con sus virtudes y el pueblo con su trabajo, en que los lazos de familia unan con la otra, ese día tendremos una probabilidad más de conseguir esa paz anhelada por la que hace cincuenta años suspiramos”. (4)

Otro de los reflejos costumbristas del autor es el de recurrir frecuentemente a palabras, giros o frases francesas, inglesas, italianas y a veces alemanas. Ilustremos este rasgo con un pasaje de la obra, para luego entrar en más detalles, ya que a veces esta tendencia resulta contradictoria. Al describirnos el autor a la heroína de la novela, nos dice así:

“Un francés al ver a aquella joven hubiera exclamado con entusiasmo: *¡Oh! c'est une vierge*. Un inglés habría dicho muy serio y sin que contrajese un sólo músculo de su cara: *Indeed is the most beautiful woman that I have seen*. Un italiano la habría llamado *Sorella ángli angeel*, y un alemán: *Himels tochter*. En cuanto a un ruso habría proferido algunas palabras acabadas en *off* o en *owsky*. Nosotros únicamente lo que decimos es que era muy hermosa”. (5)

---

(4).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 25.

(5).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 10.

Es por demás interesante esta posición de algunos de los auténticos costumbristas, en arremeter contra todo aquello extranjero como elemento de corrupción del idioma y costumbres. Vemos, pues, que tal actitud, que a primera vista pudiera parecer paradójica, nos demuestra que los costumbristas tienen una visión imparcial, es decir, les da lo mismo elogiar lo extranjero que criticar acerbamente lo autóctono.

No queremos concluir nuestro análisis sin reiterar de nuevo el débil eslabón que une el título de la obra con el desenvolvimiento de la misma. La temática del diablo es romántica. Vemos la relativa importancia del diablo en el *Fausto* de Goethe, que es eje motriz de la obra, desempeña un papel cuando se consuma el pacto entre Fausto y Mefistófeles. (6) En esto encuentra Fausto una fuerza motriz inagotable y gratuita. Como el Hidalgo de la Mancha se imaginó haber encontrado en la Orden de los Caballeros Andantes el remedio contra los males, la piedra filosofal, de mágicas virtudes, así cree también el mágico de Goethe que había llovido del cielo para su servicio una máquina automática de funcionamiento eterno, que no es más que la renovación de otro ideal de la Edad Media.

Si nos hemos apartado un poco de nuestro tema, es para sustentar nuestra tesis de que no vemos la más remota afinidad entre el título de la obra y la trama. La novela, a nuestro humilde parecer, pudo haberse titulado, y vamos a enriquecer nuestro trabajo con una frase muy mexicana que nos ha cautivado, *La Chueca*, y dicho título hubiese estado más afín con la obra en sí. Ya hemos mencionado esto comentando la estructura de la obra al principio de nuestro análisis, cuando el autor rompe el hilo de la narración.

---

(6).—Monterde, Francisco, *Goethe y el Fausto*, Imprenta Universitaria, México, 1949, pág. 40.

### *Resumen.*

Esta obra póstuma se publica dos años después de su muerte y es entre sus novelas la más débil. Nos proponemos sustentar nuestra aseveración, haciendo un ligero análisis, según los elementos integrantes que la componen. La novela, como todas las demás, es romántica y románticos son también sus personajes principales. El tema o el asunto de la obra, ya lo hemos dicho, no guarda concordancia con el título. Este detalle, a nuestro juicio, es la primera falla de la obra, ya que el Diablo es un elemento que solamente se menciona como el responsable de las complicaciones que surgen, pero no de una manera directa. Es más bien un dicho que un hecho. El autor, al romper la continuidad de la acción, debilita grandemente la arquitectura de la novela y resultan meros cuadros aislados de ambiente realista, fácilmente perceptible para el lector de la época en que fué escrita la obra.

## CAPITULO VII

# EL COSTUMBRISMO EN LAS NOVELAS DE JUAN DIAZ COVARRUBIAS

Señalamos al final de nuestro análisis de *El Diablo en México* ciertos atisbos del autor, en el campo del costumbrismo, los que indicamos de una manera superficial. Ahora nos proponemos, en este capítulo, profundizar más el tema, con la esperanza de enriquecer nuestro trabajo. Empezaremos por establecer la tesis de <sup>que</sup> no es tarea fácil definir el costumbrismo, debido a su elasticidad y variedad. Al mencionar el vocablo, salta a nuestra mente la falsa idea de que se le puede definir como se define un fenómeno literario. No es un género con limitaciones sujeto a ciertas normas y la prueba más incontrovertible es su multiplicidad. El catedrático español E. Correa Calderón nos brinda su docta opinión, con respecto a una posible definición del costumbrismo:

“Tan sólo podría intentarse una definición genérica de sus características a base de estudiar la obra de sus creadores representativos, especialmente los que vivieron en el siglo XIX, que siguieron con mayor fijeza una línea y un propósito comunes. Tanto sus predecesores como los que en la época actual cultivan esta modalidad literaria, actúan con irregularidad e independencia, sin atenerse a determinada preceptiva”. (1)

---

(1).—Correa Calderón, E. *Op. cit.*, pág. LVI.

Dentro de la definición genérica aludida encaja todo reflejo de costumbre bien sea un capítulo de una novela, o un pasaje de un drama, un sainete o una poesía descriptiva. La novela picaresca es indudablemente costumbrista, como lo son los entremeses de Cervantes, y, en sentido más amplio, los cuadros de Goya; pero se alude al costumbrismo como a un tipo de literatura menor, corto en extensión y que se abstiene del desarrollo de la acción o si la hay es muy escasa, limitándose a bosquejar un pequeño cuadro colorista en el que se pincele el modo de vida de una época, una costumbre o tradición popular o un tipo genérico representativo.

No es nuestro propósito establecer en este capítulo los antecedentes de este género cuyas primeras palpitaciones se remontan a los siglos XV y XVI, ni el desarrollo del mismo, pero sí debemos establecer superficialmente su génesis.

Tras el éxito inicial de *El Lazarillo de Tormes*, con el cual nace la novela picaresca, amarga representación de la vida popular, aparece casi cincuenta años después el *Guzmán de Alfarache*, que suma nuevos rasgos al prototipo inicial, tales como las reflexiones morales que se intercalan para suavizar las fechorías del pícaro. Con esto se ensancha el radio de acción y el pícaro no se limita a deambular por los pueblos y las posadas sino que traspasa las fronteras. Pero como los gajes del oficio del pícaro poco escrupuloso, son los mismos, no importa la ciudad o país en que se encuentre, el relato por necesidad se cubre de monotonía. El médico toledano Francisco López de Ubeda salva la situación al recurrir a un tipo femenino y redacta *La Pícaro Justina* (1605). Consta de tres prólogos de cuatro libros: *La Pícaro Montañesa*, dedicado a los ascendientes de Justina en las romerías de Arenillas y León; *La Pleitista*, en que cuenta la salida de la pícaro de su tierra y sus estancias en Medina de Rioseco y Mansilla; y *Novia*, que después de despreciar a varios pretendientes, termina casándose con un hombre de armas llamado Lozano. La segunda parte, en la que

el autor proyectaba casarla con Guzmán de Alfarache, no llegó a publicarse. (2)

Se quiebra luego el espejo de la novela y se convierte en segmentadas narraciones que se pueden leer separadamente, sin fijar el interés en el desenlace. La novela picaresca no es más que el diario de un vagabundo en que cada fechoría es un episodio independiente.

En la evolución del costumbrismo entran muchos de estos fragmentos de la novela que pinta un cuadro popular, un tipo o un confín de una ciudad o aldea. En síntesis, la unidad narrativa queda rota y cada segmento, que asume caracteres humanos, toma su propia categoría. Esta fragmentación es el costumbrismo, producto de las formas novelísticas a que hemos hecho alusión y que son consecuencias de la desintegración del género novelesco, especialmente en la picaresca y cortesana del siglo XVII.

En el siglo XIX surgen los fieles intérpretes de este género literario, Mesonero Romanos, autor de *Escenas Matritenses*, Estébanez Calderón, autor de *Escenas Andaluzas* y Larra que escribió *Colección de Artículos Dramáticos, Literarios, Políticos y de Costumbres*. Sobre estos tres autores, que son los auténticos cultivadores del costumbrismo, personas de más autoridad crítica se han ocupado, así como de su producción literaria. Solamente nos concretamos a mencionarlos en este trabajo.

Procederemos ahora al análisis de los rasgos costumbristas que aparecen en las novelas de Juan Díaz Covarrubias. Seguiremos el mismo orden cronológico que al determinar el contenido romántico, es decir: *La Sensitiva*, *Gil Gómez el Insurgente*, *La Clase Media* y *el Diablo en México*.

El primer reflejo costumbrista que hallamos en la novela inicial, es la pintura de un cuadro típico que en nuestros días

---

(2).—Hurtado-Palencia. *Historia de la literatura española*, ed. cit. pág. 466.

aún se repite. Además de ser un cuadro, es una costumbre que *no se hace* no hace pensar en nuestra patria, donde todavía goza de muchísima popularidad. Se conoce en Puerto Rico con el nombre de *Serenata* que concuerda muy bien con la definición que nos da el Diccionario de la Real Academia. Al iniciarse la novela *La Sensitiva* nos pinta el autor la silueta romántica de Luisa en el jardín de su casa, recostada bajo uno de los sauces, sumida en profundas meditaciones, cuando súbitamente las vibraciones de una arpa y una voz dulce y armoniosa rompen la calma de su soledad. Es un galán enamorado que le ofrece una serenata a su amada. Al siguiente día se repite la escena y esta vez vuela por los aires y cae a los pies de la joven un billetito. Bellísimo cuadro de costumbres que la marcha de los siglos no ha podido desvanecer.

En el capítulo segundo, nos ofrece el autor una mezcla de costumbrismo en el estudio de un tipo social, el marqués X, y de derecho consuetudinario. Aclaremos nuestra aseveración. Aparece el marqués como un anciano en cuyo rostro se refleja una vida mundana llena de pasiones desenfrenadas. A pesar de haber entrado ya en la senectud, aún gusta de los placeres y las orgías de la sociedad. Así pues el autor toma un elemento que la vida real le ofrece, lo observa y nos pinta un pequeño cuadro, dentro del breve boceto novelesco.

Al pasar a su segunda novela, que es la más acabada y en la que los elementos integrantes se hallan mejor equilibrados, nos encontramos con una modalidad de este género conocida por costumbrismo retrospectivo. Nuestro autor a veces añora el pasado, en relación con el presente. Este aspecto costumbrista tiene su base en el *Grito de Dolores*. Dice el autor en la página inicial escrita en forma de dedicatoria al lector:

“¡Cuántas veces siendo niño aún, perdido en los bosques y campos de mi país natal, o ya joven, confundido en el estruendo de la ciudad, he pedido a Dios con todo mi corazón, una

pluma para escribir mis sentimientos o las glorias de mi patria”  
(3) Y al proseguir con sus añoranzas, dice:

“Yo quisiera tener talento suficiente para escribir las costumbres de mi patria; yo quisiera poder referir con toda mi poesía, esas leyendas populares, que en otros días he escuchado de los labios de la sencilla gente del campo, confundido entre ella bajo el hospitalario techo de las cabañas; yo desearía tener un acento poderoso que pudiese expresar lo que he sentido al besar llorando nuestro desdichado pabellón de Iguala”. (4)

Un inequívoco rasho costumbrista nos lo ofrece el autor, en el capítulo inicial de la primera parte. Aparece el imprescindible lema, que esta vez es un refrán que reza: “A astuto, astuto y medio”. Esta costumbre de estampar al frente de cada capítulo una sentencia, refrán o verso en castellano, francés, italiano o latín, se inicia a partir del siglo XVIII. Queremos citar un ejemplo que aparece en *Antes, Ahora y Después* de Ramón de Mesonero Romanos en su obra *Escenas Matritenses*. Dice el epígrafe: “El tiempo se ve retratado con exactitud en las generaciones vivas, de suerte que los viejos representan el pasado; los jóvenes, el presente, y los niños el porvenir.—Addison”. (5)

Estébanez Calderón hace lo mismo en sus *Escenas Andaluzas*. (6) Esta costumbre del epígrafe se generaliza y llega hasta la novela de costumbres, como se observa en Fernán Caballero que no deja de colocar al frente de cada uno de sus capítulos un lema.

Percibimos otra pincelada costumbrista en los dos párrafos que inician la narración de la novela. Aquí se mezcla lo personal

---

(3).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 5.

(4).—*Ibid.*, pág. 6.

(5).—Mesonero Romanos, Ramón de, *Escenas Matritenses*, Argentina, Espasa Calpe (Col. Austral, T. 283), Argentina, S. A., 1945, pág. 89.

(6).—Calderón Estébanez, *Escenas Andaluzas*.

con lo objetivo tomando la forma de una peregrinación por el paisaje nacional. Nos brinda una minuciosa descripción de la aldea de San Roque, de la cual deducimos aspectos muy típicos de la región que le es conocida al autor, dada la circunstancia de que nació en Veracruz. El clima, los habitantes de la aldea, sus quehaceres y hasta un ligero toque de la vida social, nos lo pinta el autor de una manera muy clara.

Al describir la indumentaria que vestía el héroe de la novela, se convierte en un pintor y el Insurgente en un modelo. He aquí la pintura del tipo:

“Vestía el joven un traje medio campesino, medio hombre de la ciudad. Componíase de una especie de chupa o chaqueta de tela grosera, una corbata de color encarnado vivo, anudada sin orden a su cuello y cayendo sus puntas descuidadamente sobre su pecho, unos calzones anchos como ya entonces usaban los habitantes del campo, muy diferentes a los cortos y estrechos que vestían los de la ciudad, ceñidos con una banda de fino burato verde. Unos zapatos herrados y burdos de piel de gamuza de color amarillo, y un sombrero de la tela llamada “Vicuña” entonces muy en boga, cónico, color de canela, completaba este traje”. (7)

Podemos captar en el capítulo tercero, cuyo epígrafe lee: “Después de treinta años”, cierto maridaje del costumbrismo con la narración histórica. Dentro de la modalidad retrospectiva del costumbrismo que podemos palpar, se entrevera el cuadro típico que nos pinta la vida apacible de la provincia, de sus habitantes, sus costumbres, la campiña que emana frescura y el trajín de la hacienda. Lo histórico lo aporta la llegada del Virrey Venegas a Veracruz, con la que comienzan a palpitar en la atmósfera las ráfagas de la inquietud política en la Nueva España. Esta divagación de nuestro autor ayuda en este caso a la comprensión del relato.

---

(7).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, págs. 11-12.

Es por demás interesante y admirable, a la vez, el acendrado amor que siente el autor por su patria, rasgo este afín con los costumbristas. En su minuciosa narración del estado de la Nueva España en 1810, siente entrañablemente la caótica situación de la colonia. No disimula su patriotismo y cuando alude a las convulsiones políticas de aquel entonces, se hace más ostensible su exaltado amor al terruño.

No sólo proclama su patriotismo a través de toda su obra, ya sea en gemebundas quejas o en cálidas exaltaciones, sino que intercala la proclama que lanzó el cura Hidalgo a la nación acentuándose más el patriotismo que satura su obra. Escuchemos parte de la arenga del cura Hidalgo:

“En vista, pues, del sagrado fuego que nos inflama y de la justicia de nuestra causa, alentáos, hijos de la patria, que ha llegado el día de la gloria y de la felicidad pública de esta América.

“Levantáos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habéis estado sepultados, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro valor, haciendo ver a todas las naciones las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles.

“Abrid los ojos; considerad que los europeos piensan ponernos a pelear criollos contra criollos, retirándose ellos a observar desde lejos, y en caso de serles favorables, apropiarse ellos toda la gloria del vencimiento, haciendo después mofa y desprecio de todo criollismo y de los mismos que les hubiesen defendido; advertid que aun cuando llegasen a triunfar ayudados de vosotros, el premio que debéis esperar de vuestra inconsideración, sería el que doblasen vuestras cadenas y el veros sumergidos en una esclavitud mucho más cruel que la anterior”. (8)

¿No es acaso un denominador común que une a todos los costumbristas anhelar el bienestar de la tierra que los vió nacer?

---

(8).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 172.

Ahora bien, Covarrubias sigue a veces una línea que claramente nos deja ver que su máximo interés reside en la ciudad de México. Nos da la impresión de que la provincia para él apenas tiene atractivo. México, dice el autor, es una "palabra mágica que se escucha en provincia, como eco de placer, tendiendo hacia ella los anhelantes brazos y cerrando los ojos" (9) Trasciende en él ese amor hacia la patria de que ya hemos hecho mención, ensalza lo bueno y no atenúa ni oculta los males, pero la patria se reduce a las dimensiones de México, y de ésta, a manera de atalaya, pretende proyectar las costumbres del resto del país.

No es en la aristocracia, en su obra *La Clase Media*, donde el autor busca lo típico. Se adentra en el estado llano, si es que así podemos denominar a la masa. Los componentes de este estado llano son: el pueblo bajo de las ciudades que generalmente tiene un origen rural, receptivo a cualquier corrupción o influencia de las clases más elevadas y el campesino o el jíbaro, que viven aislados con gente de su especie e igualmente susceptibles a toda reforma. De este elemento campestre parte la etnografía y lo folklórico, y del primero se deriva el costumbrismo que viene a enriquecer la literatura. Lo que hoy denominamos la clase media, es la capa social de transición que viene a ser el tercer componente. Es esta clase la que preocupa al autor Juan Díaz Covarrubias, clase popular que es también receptiva y en su afectación imita no sólo lo bueno que tiene la aristocracia, sino los defectos. La aristocracia aquí, como en todo el país, se destaca por la frecuencia de los viajes, especialmente a Francia, por la educación esmerada que reciben los hijos de las familias adineradas y por implantar las modas en el vestir y en las costumbres. Si la primera está plagada de vicios, la clase media es virtuosa y es la que imprime al pueblo una fisonomía y un colorido particular. He aquí la estampa escueta de esta clase vista por el autor:

---

(9).—*Op. cit.*, pág. 173.

“Volvían a la ciudad al caer la tarde, y sin conocerlo sentían oprimir su corazón al dejar tras de sí aquellas hermosas perspectivas que por algunas horas les habían mentido una felicidad que nunca es verdadera en la clase media de la sociedad a que pertenecían, porque esa clase siendo honrada, es virtuosa y siendo virtuosa, tiene que llevar una vida de abnegación y martirio, porque esa clase colocada entre la alta y el pueblo no tiene los placeres de la primera, teniendo sus aspiraciones y sufre con los dolores de la segunda sin tener su ignorancia”.(10)

Nuestra labor en este capítulo quedaría inconclusa, si no analizáramos también los rasgos costumbristas de algunos de sus artículos y si es posible ofreciésemos <sup>la</sup> psicología del autor e <sup>o</sup> investigar <sup>o</sup> de una manera generalizada, a través de sus novelas, artículos y poesías, las motivaciones fundamentales que le impulsaron a escribir. Aquí surge la pregunta: ¿Cómo ha de ser el escritor de costumbres? Oigamos la estética de un auténtico costumbrista, D. Mariano José de Larra, en su artículo sobre el *Panorama Matritense*, artículo segundo y último, que al definir el costumbrismo nos demuestra ser muy exigente. Dice así: “Por lo que del género humano hemos apuntado en general, puédesse deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de literatura en que es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre, comunes a todas ellas, y donde empieza la línea que la educación establece entre unas y otros; que tenga, además de un instinto de observación certero para ver claro lo que mira a veces obscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas, cuyo velo no debe descorrer jamás la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte obscura del lienzo; ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las

---

(10).—Díaz Covarrubias, Juan. *Op. cit.*, pág. 35.

aristocracias todas reconocen el nivelador de la educación; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre". (11)

Una de las estampas de la vida de aquella época nos la ofrece Covarrubias en su artículo que lleva por título "Beatas", en que arremete contra esos seres que a nuestro juicio son inofensivos y a quienes llamaríamos sin recelos «pilares de la fe». Se refiere el autor a las beatas o mochas, en estos términos:

"Hay existencias en México, que por más que digan los filósofos, no tienen ninguna misión que cumplir, ningún vacío que llenar; no vienen a aumentar siquiera el flujo y reflujo social: existencias que no han recibido de la naturaleza más que el pedazo de cielo que pueden entrever desde su ventana: la tierra que pisan y el aire que respiran: existencias egoístas que al terminar no dejan ningún recuerdo, no arrancan una sola lágrima: seres a quienes la humedad de la iglesia enfría y apaga en ellos la lumbre del sentimiento; que no comprenden la religión en su sublime misticismo, sino en su *Padre Nuestro*, no en el Cristo, sino en el altar, no en el Dios, sino en el Crucifijo: seres que hacen del cielo una especie de monarquía contributiva, cuyo monarca es Dios y cuyos ministros, grandes señores y empleados de categoría, son los santos por orden de popularidad: hay también niños de casa grande como el de Atocha, y se valen de ellos para conseguir gracias y mercedes, creen que algunos hay privados o favoritos de Dios, y les hablan, no en el lenguaje del corazón purísimo y uncido, sino con la prosopopeya del cortesano que desea activar sus solicitudes". (12)

En este cuadro de costumbres que nos bosqueja, el autor peca a nuestro juicio de exagerado y brilla por la escasez di-

---

(11).—Larra, Mariano José de, *Obras Completas*, T. II, Artículos y Poesías, Barcelona, Ed. Sopena, pág. 171.

(12).—Díaz Covarrubias Juan, *Artículos*, pág. 16.

dáctica que lo inspiró a escribirlo. El escritor costumbrista, en estos sucintos cuadros, debe perseguir un propósito declarado, educativo, ajustándose a cierta ética, para que no resulte una exposición prejuiciada. Estamos totalmente en desacuerdo con él, cuando dice: "Tal existencia mezquina e inútil, que con nadie se asocia, que a nada contribuye, y que consideraría como un crimen socorrer la miseria de un desgraciado, privando de esa moneda al platillo del sacristán".(13)

---

(13).—Ibid., pág. 18.

## CAPITULO VIII

# CONCLUSIONES

Con la esperanza de haber realizado los propósitos que inspiraron nuestro trabajo de investigación sobre el contenido romántico de las novelas de Juan Díaz Covarrubias, llegamos a las siguientes conclusiones:

Su labor literaria abarcó la novela, la poesía, el cuento y la oratoria de carácter político; pero se destacó más en el primer género. Su obra se desarrolla durante la tempestuosa década de 1853-1863 en que se sucedieron la dictadura de Santa Ana, la revolución de Ayutla, el gobierno de Comonfort, las revoluciones reaccionarias, la guerra de Reforma, los dos años de administración constitucional y la invasión francesa. A esta generación perteneció nuestro autor, cuyo carácter es esencialmente patriótico y liberal. Otros vates fueron Manuel Mateos, su compañero de patíbulo; Leandro Valle, el héroe de la Reforma y mártir del Monte de las Cruces, víctima también del bando clerical, Juan Valle, el insigne ciego de Guanajuato; Vicente Riva Palacio, el general que trocó la lira por las armas, para defender a su patria, y varios otros.

Como ya hemos apuntado, su brillante carrera literaria empezó en 1855 y se prolongó hasta 1859. ¿Qué podía esperarse de una vida tan corta, nacida en tiempos de sangrientas luchas?

Al terminar de leer su obra, nos da el autor la visión de un meteoro fugaz que se desprende e inunda el espacio de luz y se apaga rápidamente en las tinieblas de una muerte prematura,

pero dejando tras sí un rastro luminoso, el que hemos contemplado con admiración.

Nació en la época de la escuela romántica y perteneció a ella, pero no por imitación, sino por vocación, porque sentía. Cantaba al dolor porque el dolor era su numen; porque su alma, como pitonisa angustiada, era presa de una agitación irresistible y hablaba como impelido por un impulso superior.

Los más acabados frutos de su talento malogrado fueron en el género novelesco, que nos ha servido de tema para nuestro humilde ensayo. En su novela histórica *Gil Gómez, el Insurgente o la hija del médico* es donde nos demuestra a toda claridad que su talento progresaba, como es natural, y su inspiración se hacía más robusta. En esta obra, más que en las otras, trasciende un patriotismo sincero, amor a la libertad, a la mujer que le amargó su vida, a la autora de sus días y a la clase media que inspiró una de sus obras, la que lleva por título *La Clase Media*.

El yo romántico de Juan Díaz Covarrubias no es en absoluto egotista sino social. Como todo escritor romántico, observa directamente la vida que palpita a su alrededor, y deja que penetre en él y luego se transmita, como “el eco sonoro” de sus aspiraciones. Víctor Hugo, en el prefacio de *Cromwell*, dijo: El poeta no debe tener más que un modelo: la naturaleza, y nada más que un guía: la verdad”, y luego añade más tarde, que no debe tener más que una finalidad: “guiar a los hombres hacia el bien”. Esto constituyó una de las aspiraciones irrealizadas de Covarrubias.

Existe una larga enumeración de temas comunes a la poesía de los escritores románticos y los pensadores sociales de la misma época. Empero nos bastaría citar algunos ejemplos, para evidenciar el romanticismo social del autor. Queremos aludir a la crítica de los maltratos sociales y a la denuncia de la miseria de los humildes. Ningún sufrimiento o miseria de su país le es indiferente, y pugna por consolar y rehabilitar a los que como él se sienten desamparados. Culpa a la aristocracia y le exige que se re-

forme, como único medio de sanar las llagas sociales que han brotado al calor de ella.

Amor a la libertad, a la justicia y al progreso, son temas afines a los románticos y a los pensadores sociales. “El liberalismo como resorte esencial del romanticismo debe trascender tanto la sociedad como la literatura, y el mundo moral tanto como el de los intereses materiales”. (1)

Tener fe en el progreso es ser optimista. El romanticismo, dice Guillermo Díaz Plaja, hereda del mundo neoclásico la admiración por el progreso humano. Juan Díaz Covarrubias cree en el progreso, y si a veces tiene accesos de pesimismo es porque como agudo observador tiene conciencia de la magnitud de la obra que quisiera ver realizada y de los obstáculos que hay que vencer.

Rara vez se da el fenómeno de que un hombre esté conforme con el tiempo que le deparó la suerte. Al contemplar la marcha ininterrumpida de las generaciones, que trae consigo alteraciones en las cosas, cambios estos que nos parecen tan naturales en la juventud cuando uno vive, pero que en el ocaso de la vida son tan difíciles de asimilar, irritan y desconciertan y es lógico que se vuelva la vista a un pasado inmediato. Surgen las añoranzas, la vida de nuestros antepasados, que habiendo perdido los matices anticuados se envuelven en una aureola poética. En Díaz Covarrubias este sentimiento se acentúa más en la etapa de su vida posterior a la muerte de su madre, en que añora el pretérito con más vehemencia y satiriza el presente. Este celo y alabanza del pasado y pesimismo por el futuro, adquiere en los costumbristas caracteres muy agudos. A veces el romántico es un costumbrista, aunque esto parezca paradójico. Veamos. El Romanticismo ya lo hemos mencionado en nuestro segundo capítulo, es un fenómeno literario hecho de contrastes, y entre otros postulados que acepta, vuelve los ojos con satisfacción a lo popular

---

(1).—Picard, Roger. *Op. cit.*, pág. 49.

que pudiera considerarse antitético. Covarrubias no es una excepción a esta modalidad y siendo un fiel guardador de la tradición y de lo autóctono, busca y encuentra que la corrupción de las costumbres proviene de influencias exteriores y arremete contra el extranjerismo y lo convierte en blanco de sus ataques. Esta actitud suya, a nuestro juicio, tiene dos aspectos: el romanticismo social y el costumbrista. El siguiente pasaje de un discurso cívico que pronunció en la ciudad de Tlalpam, en la noche del 15 de septiembre de 1857, lo comprueba. Hablando del caos político en que se hallaba México en aquel entonces y de la corrupción en la aristocracia y por ende en las esferas sociales, dice así:

“En vez de crear como en Europa la nobleza verdadera, la del talento, el valor, los antiguos servicios, la nobleza republicana, se ha erigido una aristocracia, nobleza de dinero, parodia de las aristocracias de Europa, clase inútil y ridícula que ni como parte de consumo sirve, puesto que emplea artesanos extranjeros; mujeres hermosas, sin afecciones patrias que sueñan con un título de damas de la reina, jóvenes sin creencias políticas que deliran con un nombramiento de conde o cortesano de rey. ¡Risible monarquía que no forma ni ciudadanía!

“Los artesanos se consumen sin trabajo, el pueblo no forma parte del pueblo. La lucha civil no ha dejado crear ni un carácter, ni unas costumbres nacionales, desarrollando una sociedad mixta de lo más extravagante, aristocracia arlequín, aristocracia “polichinela”, que en sus costumbres, su idioma, sus inclinaciones y hasta en su traje, imita o procura imitar a diferentes sociedades de Europa, sin dejar fijar un sello de originalidad que indique un existir político, apacible, uniforme y progresador. La diversidad de opiniones ha ido hasta el corazón de las familias a establecer la diversidad de costumbres, y no es raro encontrar una familia viciada, cuyos miembros difieren de la manera más extraña. Una madre que guarda aún y se arraiga a las preocupaciones del gobierno virreinal; un padre, que lanzado completamente al torbellino de las revoluciones, descuida la educación

de sus hijos; unas jóvenes que imitan el lujo y el desenfreno escandaloso de la sociedad parisiense; un joven que se concentra inútil en las excéntricas ideas de los ingleses; niños que con tan funesto ejemplo a los diez años ya tienen opiniones diversas y ya se inclinan a afiliarse en un partido de los que dividen al país; criados víctimas, que por el estado de servilismo en que se les tiene, no se diferencian de los desdichados hijos de Africa o de los salvajes de nuestros desiertos". (2)

La evasión romántica de Juan Díaz Covarrubias, que en escritores de la talla de Fernando Calderón es el producto de sus viajes y preferencias, se debe exclusivamente a sus lecturas. Si se refugia a veces en el pasado es para manifestar sus elevados sentimientos patrióticos. La obra de este mártir mexicano lleva impreso el sello de un talento embriónico, varonil y avasallador que caracteriza a los grandes hombres.

---

(2).—Discurso Cívico pronunciado en la ciudad de Tlalpam, el 15 de septiembre de 1857.

## BIBLIOGRAFIA

### DEL AUTOR UTILIZADA EN LA OBRA

Díaz Covarrubias, Juan.—*Obras completas*, México, Tipografía de Manuel Castro, 1859.

### SOBRE LA VIDA Y LA EPOCA, Y CRITICA SOBRE EL AUTOR

Altamirano, Ignacio Manuel.—*Paisajes y leyendas*, México, Clásicos y Modernos, 1949.

Altamirano, Ignacio Manuel.—*La literatura nacional*, T. I, México, Ed. Porrúa, S. A., 1949.

Altamirano, Ignacio Manuel.—*Historia y política de México, 1821-1882*, México, Empresa Editoriales, S. A., 1947.

Bécquer, Gustavo Adolfo.—*Obras Completas*, Madrid, Aguilar, S. A. de Ediciones, 1950.

Cadalso, José.—*Noches Lúgubres*. Apéndice No. 3. En Díaz Plaja, Guillermo, *Introducción al estudio del Romanticismo español*, 2a. edición Madrid, 1942.

Correa Calderón, E.—*Costumbristas Españoles*, Estudio Preliminar y Selección de Textos, Tomo I, Madrid, Aguilar, S. A., de ediciones, 1950.

Díaz-Plaja, Guillermo. *Introducción al estudio del Romanticismo español*, 2a. edición, Madrid, 1942.

Estébanez Calderón, Serafín.—*Escenas Andaluzas*, Buenos Aires, Argentina, Espasa-Calpe, 1943.

Fernández de Lizardi, José Joaquín.—*El Periquillo Sarmiento*, T. 1, México, Ed. Porrúa, S. A. 1949.

- García Díaz, Manuel.—*Cinco comedias originales de D. Manuel Eduardo de Gorostiza*, Tesis doctoral, México, D. F., 1951.
- González Peña, Carlos.—*Historia de la literatura mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días*, 4a. edición, México, Ed. Porrúa, S. A., 1949.
- González Peña Carlos.—*Páginas preliminares a la obra Herman o la vuelta del cruzado* de F. Caderón, México, Biblioteca Enciclopédica Popular, Sec. de Educación Pública, 1945.
- González Manuel Pedro.—*Trayectoria de la novela en México*, 1<sup>a</sup>. edición, México, Ed. Botas, 1951.
- Henríquez Ureña, Pedro.—*Las Corrientes Literarias en la América Hispana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Hurtado-Palencia, J. y J.—*Historia de la literatura española*, Sexta Edición, Madrid, Talleres Gráficos Montana, 1949.
- Jiménez Rueda, Julio.—*Letras mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Jiménez Rueda, Julio.—*Historia de la literatura mexicana*, 4a. edición, México, Ed. Botas, 1946.
- Larra, Mariano José de.—*Obras Completas, Artículos y Poesías*, Tomo III, Barcelona, Ramón Sopena, Editor.
- Larra, Mariano José de.—*Artículos de Costumbres*, Clásicos Castellanos, Madrid, 1934.
- Mercadal, J. García.—*Historia del Romanticismo en España*, Barcelona, Colección Labor, S. A., 1943.
- Mesonero Romanos, Ramón de.—*Escenas Matritenses*, (Selecciones y Prólogo de Ramón Gómez de la Serna), Buenos Aires, Argentina, Espasa-Calpe, 1945.
- Millares, Carlo A.—*Historia Universal de la literatura*, México, Ed. Esfinge, 1949.
- Monterde, Francisco.—*Cultura Mexicana*, Ed. Intercontinental, México, 1946.
- Monterde, Francisco.—*Goethe y el Fausto*, México, Imprenta Universitaria, 1949.

Picard Roger.—*El Romanticismo Social*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1947.

Spell, J. R.—*Rosseau in the Spanish World before 1833*, Austin, (U. S. A.), 1938.

Torres Riozeco, Arturo.—*La gran literatura iberoamericana*, 2a. edición, Buenos Aires, 1951.

Urbina, Luis G.—*La vida literaria de México*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1946.

Valbuena Prat, Angel.—*Historia de la literatura española*, Tercera Edición, Barcelona, España, Editorial Gili, S. A., 1946.

2197

# INDICE

	Págs
DEDICATORIA .....	5
INTRODUCCION .....	7
CAPITULO I.—Vida y Obra .....	9
1.—Padres. Nacimiento .....	9
2.—Estudios e inquietudes .....	10
3.—La batalla de Tacubaya. Epilogo de una vida .....	14
4.—Obra .....	19
CAPITULO II.—La Batalla Romántica en Hispanoamérica .....	21
1.—Ambiente político. Histórico .....	21
2.—Ambiente estético y literario .....	29
CAPITULO III.—El Romanticismo en las novelas de Juan Díaz Covarrubias .....	45
1.—Aclaraciones .....	45
2.—La Sensitiva (1859) .....	47
3.—Argumento .....	47
4.—Contenido Romántico .....	51
5.—Resumen .....	54
CAPITULO IV.—Gil Gómez el Insurgente o la Hija del Médico (1859) .....	57
1.—Argumento .....	57
2.—Fondo Histórico .....	75

	Págs
3.—Contenido Romántico .....	77
4.—Resumen .....	89
<b>CAPITULO V.—La Clase Media (1859) .....</b>	<b>91</b>
1.—Argumento .....	91
2.—Contenido Romántico .....	100
3.—Resumen .....	106
<b>CAPITULO VI.—El Diablo en México (1860) .....</b>	<b>109</b>
1.—Argumento .....	109
2.—Contenido Romántico .....	113
3.—Resumen .....	118
<b>CAPITULO VII.—El Costumbrismo en Juan Díaz Covarrubias .....</b>	<b>119</b>
<b>CAPITULO VIII.—Conclusiones .....</b>	<b>131</b>